

Inmaculada Lerma Lerma
Inmaculada Lerma Lerma

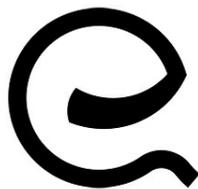
LLENA DE VOLUNTAD



Ediciones
Alfélzar

Llena de Voluntad

Inmaculada Lerma Lerma



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Autor portada: Enrico Pitton

Maquetación: Antonio Torres Rodríguez

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*A mis padres, que viven y sufren mis batallas
y mis ilusiones como si fueran las suyas.*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

Capítulo 1

Al ser yo misma la que cuente mi propia historia —aquel gran cambio que se produjo en mi vida y cómo se transformaron mis esquemas mentales, mis pensamientos, mis aspiraciones, en definitiva, mi propio estilo de vida— podría caer en la tentación del autoengaño, ya que éste es muchas veces una salida para nuestras frustraciones o, quizás, debilidades. No sé muy bien si fui una mujer débil, que se creyó fuerte y que pensó que su fortaleza radicaba en haberse lanzado a aquellos cambios tan drásticos, cuando lo que estaba haciendo era huir de su propia vida por miedo a enfrentarse a ella, o si fui una mujer fuerte afrontando aquella transición que me hizo evolucionar hacia otro estado, no sé si más o menos acomodaticio. A veces, la verdad se nos resiste como la urgencia por dar una solución inmediata a aquellos aspectos de nuestra vida que ya no funcionan o que ya han perdido su valor. Es difícil estar seguros de algo y, por aquel entonces, cuando las prisas y la aceleración, que transformaron mi vida, llamaron a mi puerta, de lo único que estuve segura fue de mi fuerza, o de mi debilidad, según desde donde se mire. En todo caso, aquella energía nacida de la fortaleza o de la flojedad fue mi salvación, un reino en el que la paz y la tranquilidad personales fueron llegando a mí poco a poco.

Para mí escribir sobre mi propia vida es una fórmula de autoconocimiento, de resarcir las asperezas provocadas por la pereza, la desidia o la resignación, o quizás por el miedo, para prepararme mejor ante mi inminente destino. Intento así interiorizar aquella metamorfosis tan radical como temible que tambaleó hasta destruirlos todos los cimientos en los que hasta ahora se había ido acoplado mi existencia.

Como pretendo ahondar en los hechos para realizar una ulterior reflexión sobre los mismos y llegar así a un estado de conformidad conmigo misma y de independencia personal, intentaré ser lo más fiel posible, relatando mi historia, a aquellos sucesos que tuvieron lugar en aquel excitante verano, cuando después de mucho tiempo —pues yo tenía una vida muy estable— la vida comenzó a ir por delante de mí y yo tuve que sobreponerme a ella.

Capítulo 2

Tras mi divorcio pude controlar de una forma tan rigurosa como espantosa todos mis sentimientos de ira, dolor, tristeza, desconcierto y humillación. Todos los que me rodeaban: mis padres, mi círculo de amistades más cercanas, creían o esperaban, como si de una obligación se tratase, que yo tendría que soportar todos aquellos resquemores, pero yo los eludí y aquel desasimiento dominado de mis pasiones para mí fue entonces todo un honor e hice lo que había estado anhelando durante años, que fue comprarme una casita en la playa, aunque al principio aquella adquisición la llevé a cabo no sin cierto despecho.

Lo había deseado durante mucho tiempo, como un vicio insatisfecho, pero mi marido, bueno, mi exmarido, decía que no era apropiado gastarnos ese dinero en ese estúpido capricho, que podíamos viajar a donde quisiéramos y a lugares distintos sin la necesidad de atarnos a un mismo destino. Él y sus ideas de no crearse más sujeciones, aunque lo que le ocurría es que había empezado a huir, a huir de mí. Y no me extraña, pues nuestro amor había sido de conveniencia, por comodidad. Éramos muy buenos amigos y acabamos haciendo lo que todo el mundo de nuestra edad hacía entonces, que era casarse. Pero siempre nos faltó la chispa, la emoción, el ardor, la ilusión. Yo estaba convencida de que todos esos sentimientos formaban parte de la fantasía y no los echaba de menos. Mi exmarido, al principio de nuestra relación, se sentía tan cómodo a mi lado que tampoco echó en falta esas sensaciones tan pasionales, pero el tiempo nos hizo crecer en direcciones opuestas.

Tras quince años de matrimonio y una buena convivencia, él acabó teniendo una aventura por Internet, que decidió llevarla a la práctica cuando me lo contó y me pidió el divorcio; sin embargo, yo me sentía muy cómoda en la relación que mantenía con él, aunque no tuviéramos sobresaltos emocionales ni estremecedores, nos queríamos y compartíamos la vida juntos, sin sentir la angustiosa sensación de la soledad y sin la necesidad de entretenerme buscando algo más. Estaba a gusto con él y punto. Era un hombre que me permitía hacer todo lo que yo anhelaba (todo, menos la adquisición de la casita en la playa),

que comprendía mis gustos y mis aficiones, mi dedicación al trabajo y yo hacía lo mismo con él. Pero el destino nos separó. Bueno, el destino y los papeles del divorcio que firmamos tan convencidos los dos. En tan solo tres meses ya estábamos divorciados. Entonces yo me pregunté: ¿y ahora qué voy a hacer con mi vida? Y decidí realizar el sueño que durante años había relegado por mi expareja: comprarme una casita cerca de la playa.

Compré aquello que mi presupuesto económico, que no era demasiado elevado, me pudo permitir, contando con la ayuda del banco, que me concedió un préstamo cuyas pequeñas cuotas mensuales podía ir pagando con suficiencia y adquirí una casita pequeña rodeada por un patio con amplios ventanales y un gran ficus, cuya sombra se extendía bordeando la casa, en Torre Vieja, en el interior de la ciudad pero cercana al mar, entre la playa del Cura y la playa de los Locos. La primera vez que la vi percibí un flechazo, una alucinación o un arrebató, pues su encantadora imagen y su aire orlado rezumando tranquilidad y sosiego me conmovieron y me poseyeron. Era justo lo que yo necesitaba, un tierno lugar donde cobijarme, donde acomodarme para sufrir aquella gran pérdida y volver a reencontrarme conmigo misma en soledad, alejada de todo mi entorno.

Era una casa vieja que necesitaba restauración, pero el gran ficus, cuyas hojas eran más grandes que la palma de mi mano, me hizo ensoñar con él y, por primera vez, desde hace mucho tiempo en mi vida, tendí un puente hacia el mundo de los sueños, sin exceptuar un sentimiento de pánico y de terror, pues, por primera vez, emprendía una empresa de tal calibre sola, sin la ayuda de nadie y dejándome llevar por algo a lo que había dado la espalda durante mucho tiempo: los sueños.

En enero, apenas comenzar el año, firmamos los papeles del divorcio, y un mes más tarde, en febrero, adquirí la casita de la playa, de tal modo que pude acondicionarla hasta la llegada del verano. Llamé a una empresa de reformas y me arreglaron el cuarto de baño y la cocina. Elegí los materiales más económicos que había en el mercado, no obstante, se quedó todo bastante bien, con un aire orlado que imitaba el estilo antiguo y rural. Me pusieron parqué en el salón y en las dos habitaciones, y me farraron la chimenea del salón con piedra envejecida. Después compré todos los muebles de la casa de pino blanco. Todo lo hice con urgencia, pero con una ilusión renovada. Aquel

berenjenal tan pragmático parecía sondear todo mi espíritu y mi estado anímico y me mantuvo ocupada todo el tiempo. A pesar de todas las incertidumbres por lo desconocido que mi corazón sentía, aquel enjambre de albañilería y fontanería me permitió mantenerme enérgica y poder mirar al mundo respirando con libertad, pues no había nada ni nadie que se resistiera u opusiera en la realización de mi nuevo proyecto.

Mientras la arreglaba seguía con mi trabajo y no me dio tiempo de pensar mucho en mi separación, por lo que eludí todos los sentimientos propios de una ruptura. Me sentía eufórica y decepcionada por un lado y nuevamente ilusionada por otro. La ilusión por la adquisición de la nueva casa y su acondicionamiento contrarrestaba el dolor que sentía por mi separación. Y no empleé nada de tiempo en lamentaciones, sino que me puse manos a la obra con aquel nuevo emprendimiento.

En Torrevieja, como en otros lugares de España, tras la gran crisis y la explosión de la burbuja inmobiliaria, los precios de las viviendas habían sufrido una bajada muy importante y así fue cómo pude hacer realidad mi gran sueño.

En julio, después de los exámenes finales y de las tediosas evaluaciones, me trasladé para pasar el verano en la casita de la playa. Me fui yo sola, sin buscar compañía, sin recurrir a viejas amigas o a mi hermana que, por su parte, ya tenían su vida organizada. Es más, me apetecía estar sola.

Mi exmarido y yo no habíamos tenido hijos, ese era un tema que solíamos sacar y lo solíamos postergar, pues siempre nos pillaba muy liados con el trabajo y no sabíamos cómo ni de dónde íbamos a sacar el tiempo para cuidar debidamente a los niños, por lo que, tras mi separación, me quedé completamente sola. Bueno, estaban mis padres, pero eran ya muy mayores y no entendieron muy bien lo de mi divorcio... bueno, lo entendieron a su manera y me consideraron una pobre desgraciada que había sucumbido a una gran tragedia. Yo, por mi parte, estaba viviendo un gran cambio en mi vida tras quince años de estabilidad, pero no entendía lo de “la pobre desgraciada” y tampoco veía lo de “la gran tragedia”. Pensaba que no era para tanto, pues no se había muerto nadie, tan solamente estaba ante una separación. Por otro lado, también tenía a mi hermana, pero ella estaba bastante ocupada con su vida, vivía lejos de mí, estaba casada y tenía un niño de un año, aunque

conversábamos mucho por teléfono, pues hablábamos a diario. Y también estaba Marta, una vieja amiga de la carrera que estaba soltera y que también era profesora como yo, pero ella todos los veranos estaba bastante ocupada, pues solía hacer dos viajes, uno por España con su familia y otro al extranjero con algún grupo organizado. Habíamos quedado en vernos unos días durante el verano, igual que con mi hermana, pero yo no quería sacarla de su vida para que prestara toda su atención en mí, y a mí tampoco me apetecía mucho unirme a su grupo de amigas solteras porque era como volver a pasar por una situación en la que ya estuve y que, por el momento, no me apetecía volver a vivirla; es más, todavía ni siquiera me había hecho a la idea de mi separación, era algo que tenía que asimilar y tragarlo yo sola, y era lo que realmente me apetecía, pero sin perder el contacto con Marta y con mi hermana, que eran mis confidentes.

En cuanto terminé mi trabajo en el instituto me trasladé con dos simples maletas, hice el trayecto en AVE hasta Alicante, donde cogí un autobús que llegaba hasta Torreveja. Aunque tenía carné de conducir hacía años que había dejado de manejar el coche, pues era mi exmarido el que se encargaba de conducir y durante ese tiempo yo le había cogido pánico al coche, pues casi todos los días en las noticias se hablaba de accidentes de tráfico... tan comunes ya, que empezaban a perder notoriedad y comenzaban a pasar desapercibidos, pero, por desgracia, eran tan frecuentes como las muertes por violencia de género, aunque estas últimas por su modernidad sí que causaban un gran impacto social.

El viaje resultó bastante bueno: en el AVE la gente adopta un gesto hogareño, como si estuvieran en el salón de su casa tomando café y pasando la tarde apaciblemente sentados, esperando a que el tiempo pase con cautela y resignación. Fui bastante entretenida, pues la comodidad del tren me hizo deslizar mi mente que se sumergió inconscientemente en la vida de las otras personas que viajaban conmigo.

Justo en frente de mí venían sentados una pareja de profesores: él era de inglés, bueno, supuse que sería de inglés, pues de vez en cuando soltaba alguna frase en inglés refiriéndose a sus dos hijas pequeñas, que viajaban sentadas encima de las piernas de sus padres. La mayor tendría tres años y se entretenía pegando unas pegatinas de dibujos en un pequeño librito y la más pequeña no

andaba todavía y apenas si se sostenía sentada sobre sí misma mientras mordía el reposabrazos del asiento. Por sus conversaciones supuse que venían desde Madrid y se dirigían a un hotel en la playa. La complicidad que mostraba la pareja me hizo recordar la afinidad que tenía yo con Pedro, mi exmarido, cuando batallábamos la vida juntos y en el mismo sentido, aunque fui todo el rato distraída con las monerías de las niñas y mi mundo perdió sentido y la noción del tiempo y del espacio, cuando mis ojos se posaban sobre esas niñas y mi mente se sugestionaba con el pequeño mundo de la infancia. Los niños son como pequeños duendecillos que elevan tus pensamientos por encima de las circunstancias.

El viaje en el AVE se me hizo bastante corto. Al llegar a Alicante pasé por una cafetería de la estación de RENFE y me comí con buen apetito un bocadillo de jamón y me bebí una botellita de Coca-Cola para refrescarme. Después cogí un taxi que me llevó a la estación de autobuses y allí cogí un autobús que fue bordeando la costa de Alicante, parando en Santa Pola y Guardamar del Segura, antes de llegar a Torrevieja. El trayecto duró aproximadamente tres cuartos de hora y esta vez me entretuve observando el paisaje por la ventanilla. Los grandes chalets que bordeaban los pueblos costeros deslumbraban como las pinceladas del cielo y el mar en el fondo dibujaba un horizonte terso y resplandeciente. Sin pensar en el pasado mi mente se ancló en ese horizonte que únicamente proyectaba visión de futuro sobre mí, preguntándome qué nuevas aventuras me depararían a partir de ahora y mi pensamiento se quedaba en blanco, como el brillo del mar.

Cuando llegué a Torrevieja, al bajar del autobús, un soplo de calor invadió mi cuerpo cansado por el viaje y rápidamente cogí otro taxi que me llevó hasta mi casa. Mi nueva casita de la playa. El gran ficus, que sostenía la casa, con sus hojas de ensueño, me recibió con recogimiento y una fina ironía, pues, mientras abría la puerta, parecía desprenderme una gran sonrisa, como si me estuviera diciendo: “¡Por fin! Has llegado”, como si en mi destino estuviera marcado llegar hasta aquella casa.

Por fin entré en ella, estaba a oscuras a pesar del sol que se imponía sobre mí en la calle y estaba fresca. Subí todas las persianas para que la luz me cobijara y encendí el aparato del aire acondicionado del salón mientras me tumbaba sobre aquel sofá de flores y de hojas verdes que me trajo el recuerdo

de las grandes hojas verdes del gran ficus de la entrada y cerré los ojos, soñando despierta con grandes hojas verdes. Como si su tez verdosa pudiera traspasar la tediosa bruma que se había instalado desde mi divorcio en mi cabeza, como si el tiempo estuviera siendo mi fiel aliado llevándome hasta el gran ficus, cuyas hojas eran las únicas que se atrevían a destapar todas las incógnitas que había en mi vida. Soñé despierta, un sueño dorado de verdes hojas, mientras resplandecían las piedras que adornaban la chimenea apagada delante de mí. Pensé que últimamente estaba concediendo demasiada importancia a los sueños, como si mi vida hubiera dado un vuelco y lo que antes no era tan importante ahora cobrara mucho peso. Tal vez todo esto estuviera motivado por el deseo inconsciente que latía dentro de mí de ser otra, de convertirme en otra mujer, como si mis armas no hubieran funcionado y ahora estuviera cambiando de estrategia.

Cuando desperté del ensueño cogí un taxi que me llevó a la zona de los grandes centros comerciales, allí me metí en los *100 montaditos* y me tomé una Coca-Cola con unos pequeños bocadillos y, después, me fui a hacer la compra. Pregunté antes en información si me podían llevar los productos a casa y me contestaron que sí, pero que ya irían al día siguiente. A mí me pareció perfecto; cogí un carro y lo llené: botellas de leche, botellas de agua, botes de Coca-Cola, detergente, suavizante, café, azúcar, aceite, sal, carne, pescado congelado, botes de verduras cocidas, paquetes de pasta, etc. Quería llenar la despensa para después irme a la playa tranquilamente, con la compra ya hecha, para tomar el sol.

Aquella noche no necesité infusiones para dormir en profundidad, pues el acarreto que había llevado durante todo el día me había dejado exhausta, y caí rendida en las redes del sueño, que parecía estar llamándome mientras mi cuerpo se desplomaba sobre el colchón y tuve una extraña pesadilla: me caía al río Nilo, un río marrón cuya corriente me arrastraba.

Desperté muy temprano, sobre las seis de la mañana, consciente del sueño que acababa de tener, y me sentí igual que en él, como si la corriente me fuera arrastrando por la vida. Miré por la ventana y escuché el canto de los pájaros, que ya despertaban, y atisbé unos tímidos brotes de luz tenue deslizándose por las hojas del gran ficus y no me sentí sola, en aquella casa parecía existir la vida.

No tenía nada para desayunar y tampoco ya tenía sueño, sentía una gran incertidumbre en mi interior, era un querer hacer algo y no sabía el qué; así que me puse las zapatillas deportivas, unas mallas cortas y una camiseta y me fui a andar para ver el amanecer y para sentir la playa de cerca. Los colores de la noche se iban difuminando y se iba colando la luz del día sobre las fachadas de los edificios y del horizonte, como un ovillo de lana que se va desenredando poco a poco. En el mar se reflejaban los colores del día y de la noche, como un extraño eclipse, y sus olas movían mi mente trayendo hacia ella de nuevo las hojas verdes del ficus, que parecían guardar, tanto las olas como las hojas, el mismo secreto, un secreto húmedo de alcoba vacía. En ese momento estuve a punto de estallar a llorar, pero en el último segundo contuve la respiración tragándome todas las lágrimas y continué andando, recorriendo toda la ribera de la playa.

Recordé entonces algo extraño y era que todavía no había llorado por lo de mi divorcio, no había echado ni una sola lágrima. Cuando Pedro, mi exmarido, me contó lo de su aventura por Internet, no me llevé ningún susto, pues en lo más fondo de mi ser presentía desde hacía tiempo que algo extraño estaba sucediendo en nuestra relación. Nos comportábamos, durante el último año de casados, como si fuéramos dos compañeros de piso. Tanto habíamos aprendido a respetar nuestros espacios que acabamos alejándonos. Cada uno de nosotros llevaba su vida y ya no hablábamos de temas importantes en una pareja, sino que manteníamos conversaciones cordiales, como dos extraños que se saludan en un ascensor. E incluso habíamos dejado, poco a poco, de mantener relaciones íntimas, siempre había alguna excusa para ello... llegábamos muy cansados ya a la cama.

Todas esas pérdidas que poco a poco fueron apareciendo me hacían intuir que algo andaba mal entre nosotros, pero era una intuición inconsciente, además, todo sucedió muy rápido, en tan sólo un año, y el tiempo, a veces, se hace eterno pero, en otras ocasiones, vuela sin apenas darte cuenta de nada.

Conscientemente, todo era inadvertido para mí, pero mi subconsciente ya iba asimilando que algo extraño estaba sucediendo, por ello, cuando me contó su aventura y me comunicó su intención de cortar nuestra relación, no eché ninguna lágrima, pues ya vivíamos distanciados, aunque sí que sentí una gran decepción y tristeza. Tristeza por el tiempo que llevábamos caminando juntos

en esta vida. Y, además, tuve miedo. Miedo por el futuro que me esperaba.

Al llegar a casa sentí el estómago vacío, no solamente porque todavía no había desayunado, sino que algo más se encontraba vacío dentro de mí y decidí ducharme para limpiar todas las asperezas que irritaban mi interior. El agua caía muy fuerte en aquella ducha nueva, las gotas golpeaban mi cuerpo turbulentamente... y eso me relajaba.

Como todavía era temprano y no me habían traído la gran compra que realicé el día anterior, marché en busca de una cafetería para tomar mi desayuno. La mañana todavía estaba fresca y me senté en una terraza de un bar, en cuya entrada, en una pizarra, estaba escrito: *desayuno más tostada y zumo: dos euros cincuenta*. El camarero hablaba español pero con acento extranjero. No pude averiguar el lugar de procedencia de ese acento, tal vez sería del este, porque no sonaba ni a inglés ni a francés.

Los sorbos de café con leche y zumo que caían sobre mi estómago vacío renovaron mi estado de ánimo, cargándolo de vitalidad. Y la suavidad de la tostada, sin saber por qué, me hizo recordar las manos suaves y viejas de mi abuela, ya fallecida hacía muchos años. La recordé cuando yo era niña, ella me preparaba desayunos con churros recién hechos. Eché de menos el azúcar de la visión de aquella escena, su delantal de cuadros y el amor con el que me preparaba sus deliciosas recetas. De súbito apareció la imagen de mis padres en mi mente y me emocioné, pero la certeza de su nueva concepción que se habían creado sobre mí, considerándome como una pobre desdichada, me molestó y me enfadó, tomando más fuerza la rabia que la tristeza y me pregunté qué hubiera pensado la abuela sobre mi nueva situación si todavía viviera. Quizás ella lo considerara como una nueva oportunidad de vivir, pues mi vida se había estancado en una posición muy acomodaticia, sin sobresaltos, sin emociones, sin esfuerzos por conseguir nada más, pues ya tenía todo lo que quería y todo era muy monótono.

Aquella mañana, una vez que ya me trajeron la compra, después de organizarla, preparé mi bikini, una sillita plegable y un libro de una autora extranjera, que adquirí por un precio muy barato en un quiosco donde vendían libros usados, y me fui a la playa.

Escogí la playa del Cura, pues la playa de los Locos, a pesar de que me pillaba más cerca, tenía muchas piedras y eso era bastante angustiante para

introducirte en el agua. Cuando llegué ya estaba casi llena, las filas de sombrillas, esterillas y hamacas ya sobrepasaban la mitad de la arena, así que me coloqué atrás, aproximadamente en cuarta o quinta fila. Desde allí podía ver a la gente que estaba sentada delante de mí: sus sombrillas de colores y flores y, al fondo, tan sólo podía advertir un pedazo de mar, azul y muy brillante que se confundía con la luminosidad del cielo.

Toda la gente formaba grupos de familias o amigos, o parejas, tan solo vi a una mujer que estaba sola, igual que yo. Desde mi sillita observé el panorama, no me sentía mal por ir sola, ya que durante mi matrimonio yo había seguido haciendo cosas sola; por ejemplo, solía salir a caminar sola y también fui a clases de zumba sola y, a veces, si me iba de compras yo sola, me tomaba un café también en soledad, por lo que estaba acostumbrada a ella. Además, cuando una llega a cierta edad, yo ya sobrepasaba los cuarenta, deja de sentir malestar por el qué dirán, se pierde timidez y se busca la comodidad, que era lo que yo buscaba.

Desde mi sillita me embadurné de crema protectora, pues estaba muy blanca y ya había recibido los mensajes de precaución por el cáncer solar que emitían los medios de comunicación. Y esperé hasta achicharrarme para introducirme en el agua. Cuando empecé a sudar, me fui andando entre las esterillas, toallas y hamacas hasta la orilla de la playa. De súbito, el mar tocó mis pies y no pude evitar hacer un ruido de espanto, estaba muy fría y yo muy caliente, por lo que la impresión era muy fuerte. Pero me gustaba sentir ese tipo de impacto, me hacía sentirme viva. Así que me fui metiendo poco a poco, recogiendo agua con las manos y echándomela por el cuello, el pecho, el vientre y andaba pisando la arena cálida y acolchada del fondo, mientras el mar iba cubriéndome cada vez más. Hasta que el agua me cubrió los hombros y paré de andar. Ahí me quedé quieta, me di un chapuzón y me puse a observar a mi alrededor. Había ancianitas con sombrero y gafas de sol, con el agua hasta el cuello, quietas y hablando entre ellas. Algunas mujeres aguantaban mucho tiempo así. Había pocos jóvenes a esa hora de la mañana, lo que más se veía eran viejos y padres con hijos muy pequeños.

Estuve un buen rato en el agua, refrescándome. Aunque sabía nadar, no me apetecía moverme, me apetecía estarme quieta, dejando que el mar hiciera conmigo lo que él quisiera y me dejé llevar por él, que, por cierto, estaba

calmado y la monotonía de su vaivén me relajó bastante. Aquellos movimientos eran como un baile lleno de fidelidad.

Cuando me cansé, salí despacio del agua y regresé a mi sitio, me dejé caer sobre la sillita que tumbé un poco hacia atrás, bajo la sombrilla de flores y me relajé mirando hacia el cielo con las gafas de sol sobre mis ojos. La pequeña brisa que se movía transportaba los rayos solares a través del aire y mi piel se doraba bajo la sombra de la sombrilla, mi cara y mi cuerpo comenzaron a almacenar poco a poco calor y noté cómo pesaban mis piernas estiradas, mis brazos, mis párpados, que se mantenía cerrados y por un instante mi mente se quedó en blanco, sin pensar en nada. Sentí paz y recordé las grandes hojas del ficus moviéndose al son de la suave brisa y pensé que quizás ya nada podría ir peor. Quizás ya habría tocado el fondo del pozo y ya no se podía bajar más. Quizás mi nueva vida no fuera un fracaso, sino una nueva oportunidad de volver a vivir. No sabía por dónde iba a empezar, aunque en realidad con la compra de la casita ya había comenzado a reconstruir un nuevo proyecto, pero no sabía qué pasaría a continuación, ni sabía cómo moverme en la reconstrucción de mi nueva vida, y pensé que lo mejor sería de momento dejarme llevar y disfrutar del sol, de la playa y del mar. Me aventuré a sentir simplemente mi propia complacencia, la de mi propio ser en soledad y me propuse quererme, sin exigirme ponerme a buscar compañía todo el rato, sino vivir la soledad, acostumbrarme más a ella. Me apetecía sentirme bien conmigo misma.

De vuelta a casa pasé por delante de una frutería desde la que sobresalía un perfume de melocotón. Parecía extenderse sobre la calle trocitos de melocotón, como semillitas desperdigadas por el aire, cuyo olor se esparcía en suaves ráfagas y no pude resistir la tentación de pasar y comprar unos cuantos. La mujer que me atendió parecía ser mayor que yo. A pesar de que se notaba que se cuidaba muy bien, no podía ocultar las arruguillas de su rostro que delataban su edad; junto a ella había un hombre despachando que intuí que sería su pareja, sobre el rostro de él también se dibujaban unas finas arruguillas, aunque parecía más joven que ella. Los dos tenían un acento asturiano y su frutería era inmensa en calidad, la fruta se veía muy viva y desprendía una fragancia llena de colores, aunque aquel día solamente compré unos cuantos melocotones.

Siguiendo la calle arriba pasé por una panadería-confitería que invadió mis ojos de hojaldre y dulces; pasé a comprar el pan. También aquí estaba despachando una pareja, la mujer era muy obesa y parecía ser de mí misma edad, el hombre estaba delgado, era muy alto y parecía ser algo mayor que la mujer. Éstos también tenían un acento de otra región, intuí que serían murcianos, pero más tarde me enteré de que eran hermanos y que procedían de Yeste, un pueblecito de Albacete.

Al llegar a casa me saludó el gran ficus y, antes de hacer la comida, me serví un vaso de vino blanco espumoso y corté trocitos de un melocotón, se los eché al vino y me senté a degustarlo tranquilamente en el patio de la entrada debajo del gran árbol. Pensé entonces en la gran cantidad de inmigrantes que estaban trabajando en esta ciudad: el camarero donde tomé el desayuno, los panaderos, los fruteros; y en todos los turistas que invadían la playa, tanto extranjeros como de otras regiones de España y sospeché que aquel lugar en el que no existían tantas raíces ancestrales y que se caracterizaba por la diversidad plural y regional podría ser un buen sitio donde comenzar una nueva vida, mientras mis sienas comenzaron a hacer círculos por los efectos del vino y del mar en movimiento sobre el que hace un rato me había estado balanceando.

Capítulo 3

Saltaba y volaba en la inmensidad de aquel espacio acolchado de azul, donde los deseos se anidaban tras las paredes de aquella casa con olor de azahar, mis ojos nunca habían estado más perdidos, ya que había convertido todas mis derrotas en desafíos y mis viejos sueños en aventuras inmediatas. Había sobrevivido a la desidia natural de esta crisis espiritual que nos aploma: subía y bajaba y no me detenía, inundando la carpeta de facturas con el aroma del mar, escarchando las frías noticias con el rocío de la mañana, abriendo mi corazón al viento para que saciara mi lengua perdida de nuevas y poderosas ilusiones. Me comía el instante y lo convertía en una flor eterna. Mis sonrisas irónicas desnudaban mi alma solitaria, ya no había más razón para existir que vivir con el gozo de vivir por vivir.

Conseguí liberarme de la angustia manteniéndome ocupada todo el tiempo, aunque la tristeza me devoraba cada vez que mi mente rememoraba mi pasado. Los recuerdos de una vida recién deshecha de solidaridad y unión junto a mi exmarido, se agolpaban de vez en cuando, como intermitentes *flashes* en mi cabeza y acababan por entristecerme, pero entonces buscaba algo para hacer y distraerme. Solía dar paseos por la mañana muy temprano y, por la noche, bordeando la costa de la playa. Me gustaba ver las diferentes tonalidades que adquiría el mismo paisaje en dos polos tan antitéticos. Por el día la imperiosa luz natural sorprendía mi mente llenándola de fantasías de azafrán y de sentimientos escondidos, por la noche eran las lucecillas artificiales de las farolas las que hacían resplandecer la belleza del brillo del mar bajo la luz de la luna y descubrían mis sueños tintados de melancolía.

También me entretenía mucho limpiando la casa y cuidando del más mínimo detalle. Todos los muebles eran de pino blanco, tanto los de la cocina, como los del salón, el baño y los dormitorios, y el color de la decoración que sobresalía en cortinas, visillos y tapicería era el verde, como el color del mar a mediodía. Me distraía manteniéndolo todo en orden y muy limpio. Otras veces, para eludir mi mente, buscaba recetas nuevas en Internet y me las hacía; otras, simplemente, leía una novela policíaca en la que investigaban un asesinato; y, en muchas otras ocasiones, solía ir de tiendas revisando vestidos

florales o estampados, bolsos de piel clara con bordados de rosados colores, perfumes frescos y alegres, cremas que dejaban la piel tan luciente como el brillo del amanecer o sandalias cómodas y planas. Aquel verano me propuse debatir solamente entre los pareo transparentes y las novelas de bolsillo. Otra cosa que me encantaba eran los refrescos: el granizado de limón, la horchata, el blanco y negro o la leche preparada. Al atardecer solía sentarme en alguna terraza y degustar alguno de estos manjares veraniegos. Y uno de los objetos que convertí en signo de mi bandera fueron las gafas, por comodidad dejé de usar lentillas y a todas horas llevaba puestas las gafas que solía variarlas entre las normales y las de sol. Las gafas eran el tolo de mis ojos y me servían para esconder algún atisbo de sentimiento mal enfocado. A veces, mientras paseaba, yo misma advertía la seriedad de mi rostro y, entonces, me esforzaba por sonreír. Intentaba aparentar normalidad, para conseguir ir recuperando poco a poco la paz perdida. Aunque dudaba si existía la normalidad, pues mi vida había sido un hervidero de cambios constantes: colegio, instituto, universidad, trabajo, matrimonio, divorcio... Cuando ya me estaba acostumbrando a una fase, algo ocurría que todo lo desbarataba y cambiaba de registro, con nuevos desafíos, ilusiones, metas, emociones. La única diferencia es que en el colegio sabía a lo que me enfrentaba: a leer, a escribir y a hacer cuentas; en el instituto, a averiguar el porqué de los conocimientos; en la universidad, a perderte con opuestas interpretaciones y una inmensa bibliografía; en el trabajo, a cumplir con la programación; en el matrimonio, a compartir tu vida; y en el divorcio, ¿qué me suponía el divorcio? La idea que yo tenía del divorcio es que volvía a existir en tu vida el desmadre emocional, volviendo a buscar pareja, ligando; pero en realidad, todo eso a mí no me apetecía.

Todavía seguía preguntándome: ¿qué fue de nosotros?, cuando el brillo de una moneda que había caído al agua deslumbraba mis ojos suaves, mientras la eternidad marcaba el ritmo de la vida con el paso tenue de las horas que, como las olas del mar, suspiraban un silencio doloroso de dicha, donde la maravilla de la inocencia brotaba con ternura, como sus ojos en las sutiles despedidas o como cuando me invitaba a un café melódico en la esquina de una antigua cafetería y tiritaban nuestras manos que querían imprimir el instante, de calor y de frío, de ardor y de hermosura, cuando brotaba la brisa que acariciaba nuestros cuerpos tibios y el desamparo por la angustia del paso del tiempo que

yacía latente en nuestras melancólicas sonrisas, surcaba el horizonte que se cernía sobre nuestras bocas. Así la gloria que subyacía por cada instante vivido suspiraba dichosa llena de paz, mientras nuestros ojos respiraban el sabor de nuestra cercanía.

Todavía lo recordaba, rememorando recuerdos, instantes fugaces, impresiones tenues, visiones desorientadas y un punzón clavado en mi corazón sentía con cada uno de esos *flashes* que me llevaban hacia atrás en el tiempo. Como cuando bajo los sueños que me engalanaban, caían las gotas de lluvia eternizando el instante donde florecía el sol, como sus sonrisas sobre mi piel desnuda o como los besos que no nos dimos y que quedaron perdidos en alguna laguna desierta. La lluvia eternizaba el instante cuando sus besos habitaban la zona más perpendicular de mi cuerpo, como el viento fresco o el instante florecido en una lágrima de sal y me perdía con la mente pulida de deseos, flotando sobre el mar silencioso, observando el vuelo circular de los pájaros del cielo y me bebía el agua del mar, me bebía la sal del mar, el instante, la arena, los pájaros, me bebía mi cuerpo solitario y el suyo derretido en la inmensidad del horizonte.

¿Qué fue de nosotros?, ¿qué fue de todo lo que quise hacer contigo yaciendo sobre aquel pañuelo de Bob Marley, con todos los sueños que traje después de aquel viaje a Ámsterdam, cuando la luna crecía?, ¿y los sueños?, ¿y los viajes?... ¿Qué fue de aquella fabulosa libertad perdida, cuando soñar era gratis y no pasaba factura?, ¿qué fue de los deseos desnudos bajo el agua del mar o en la arena de la playa, del libre movimiento de nuestras caderas volando a ras del viento, de las noches que eran días y de los días que eran noches? ¿Qué fue de nosotros?

Como un mensaje en una botella, el libro que leía aquella mañana me hablaba de él, de sus sueños y alegrías, de sus devaneos por la libertad perdida, de su manía por no nombrar las cosas por su nombre, de los besos y las caricias que nos dimos, de los besos y de las caricias que no nos dimos, de aquel verano que pasamos vencidos y derrotados al lado de aquella piscina de agua fría, de nuestros viajes y de nuestras noches, de nuestros lamentos y derroches, de los días de gozo y placer al lado de una vieja chimenea y del recuerdo del olvido desde donde resucitaba siempre vivo, en mi mente.

Es paradójico que a pesar de que nuestra relación había sido muy calmada,

llena de complicidad, de recuerdos compartidos, de intereses comunes, también de miedos y anhelos, estaba llena de seguridad y de estabilidad. Nos comprendíamos y nuestros días estaban inmersos de costumbres y rituales que siempre llevábamos a cabo, como leer antes de dormir, poner lavadoras, limpiar la casa, ir a un restaurante de moda los fines de semana o ver una película los sábados; pues a pesar de ello, yo recordaba en aquel entonces los momentos más exuberantes de nuestra relación, los más excitantes, los más poderosos, a pesar de que en nosotros estos alicientes no habían abundado y nos dejábamos arrastrar por la monotonía.

Yo creía en el amor eterno, duradero, en el amor para toda la vida. Mis padres llevaban juntos toda una vida y yo los admiraba por ello y me mantenía tranquila pensando que nuestra relación iba a ser igual, yo me fiaba de Pedro completamente.

Capítulo 4

Un día, Marta, mi amiga de la universidad, que siempre había tenido una gran habilidad para resolver y organizar su tiempo libre llenándolo de ocio y de aventuras, me llamó diciéndome que quería venir a visitarme y que no lo había podido hacer antes porque había estado de viaje en Grecia con una compañera de trabajo. Me mandó varias fotos por Whatsapp de ella en los templos de la Acrópolis de Atenas y me contó que los que más le había impresionado había sido el Erecteión, el Partenón, y el de Atenea Niké. Que es impresionante cómo en Grecia el cielo parece estar más cerca de la tierra que en ningún otro lugar, que su inmensidad contrasta con la del brillo de las arquitecturas que te acechan el corazón y te arrebatan todos los sentimientos sintiéndote después muy purificada. Que se había bañado en las playas de la isla de Santorini, donde sus aguas parecían cristalinas y la blancura de las fachadas de sus casas escalonadas, con grandes arcos en puertas y ventanas, esclarecía el cielo de una inmensa alegría y que sintió arder sus sentimientos en su interior. Parecía muy entusiasmada y, según me contaba, el viaje la había renovado, en definitiva, esa es la esencia ideal de los viajes, que te purifiquen tanto por fuera como por dentro.

Cuando todavía estaba envuelta en aquella melancolía por los recuerdos de mi pasado con Pedro la llamada de Marta me sacó de aquella postración animándome y llenándome de alegría.

Esa misma semana me ocurrió algo inesperado que no suele suceder en las grandes ciudades donde la mayoría de la gente suele pasar desapercibida. Como iba a comprar todos los días el pan a la misma panadería y siempre la mujer obesa que despachaba con una amplia sonrisa —una sonrisa de verdad, no impostada, ni falsa, aquella sonrisa parecía formar parte inherente de su carácter— me atendía desde detrás del mostrador, mientras el hombre que escondía un gran atractivo tras sus señaladas arruguillas se encargaba de colocar los dulces; me preguntaron, aprovechando que la tienda estaba vacía en ese momento, si yo estaba veraneando o me había trasladado a vivir a Torre Vieja y si vivía con mi familia. En otra ocasión habría contestado con monosílabos y habría zanjado pronto la conversación, pero tal vez la soledad

que me embargaba fuera la causante de que contestara con la máxima sinceridad y aportando informaciones muy completas y les conté que me había comprado una casita cerca de allí, que vivía yo sola, pues estaba recién separada, que mi exmarido me había dejado por una peluquera que había conocido por Internet y que tan sólo me encontraba de veraneo y que al final del verano tendría que volver a incorporarme a mi puesto de trabajo. Los dos, tanto el hombre como la mujer, se quedaron boquiabiertos mientras yo les daba toda la explicación bastante resumida de mi vida y, cuando terminé, —lo dije todo con tono y gesto impasible e indoloro, como si todo fuera fruto de la casualidad y yo no tuviera que ver en nada de todo aquello— los dos me expresaron sus condolencias, me dijeron que lo sentían mucho pero que se alegraban de que hubiera decidido comprarme la casita en Torrevieja, así me tendrían de vecina. Me explicaron que allí se vivía muy bien, que lo comprobaría por mí misma y que cualquier cosa que necesitase, allí estaban ellos. También me dijeron sus nombres: ella se llamaba Ángeles y él, Francisco, aunque le decían simplemente Francis. Yo les agradecí de corazón el gesto que habían tenido conmigo y me alegré de tener a alguien a quien poder acudir en caso de que necesitara ayuda. Entonces el hombre con un tono de voz más bajo de lo normal me contó que ellos también estaban atravesando un momento delicado, pues hace un año perdieron a un hermano que murió por un cáncer: en tan sólo tres meses, desde que se lo detectaron, se lo llevó. La vida es así. Un juego de ilusiones que en cualquier momento se puede zanjar. Por eso hay que disfrutar al máximo mientras sigamos vivos, decía Francis, porque no se sabe cuándo a uno le puede tocar. Yo asentí modestamente y también les expresé mis condolencias.

Ya había pasado algo más de una semana desde que estaba en Torrevieja y mi cuerpo se sentía muy relajado, notaba una pesadez en las extremidades y mi piel había adquirido algo de color. Mi mente, en algunos ratos, estaba muy despierta y activa, especialmente cuando leía, y, en otros, se nublaba, como si una bruma pesada se hubiera instalado en mi cabeza, cuando me despertaba después de las diez de la mañana o cuando me bebía una copa de vino blanco en el patio, conversando mentalmente con el gran ficus, que parecía un sabio anciano transportándome consejos mentales.

La llegada de Marta me producía alivio e ilusión. Iba a venir con su propio coche, pues ella sí que conducía y, además, se le daba muy bien. Había

adquirido experiencia conduciendo en los años en los que había estado trabajando de interina recorriéndose los pueblos de la región. Marta era una mujer muy experimentada y muy trabajadora; recuerdo los años que fuimos interinas, que ella siempre aprobaba con buena nota la oposición pero se quedaba sin plaza porque no teníamos los puntos suficientes, pero en cuanto adquirimos esa experiencia de trabajo y los puntos ella se sacó la plaza, justo el mismo año en el que cumplía los cuarenta años. Yo me la saqué dos años después, en el siguiente proceso selectivo. Marta era muy lanzada, siempre era la primera en todo: fue la primera en sacarse el carné de conducir, la primera en perder la virginidad, la primera en terminar la carrera y la primera en sacarse la plaza. Aunque no tuvo suerte con los hombres y no se había casado nunca, pero había tenido muchos novios y aventuras. Yo creo que la gran autosuficiencia que ella tenía y su gran fortaleza la hacía ser muy exigente con los hombres y no encontró al adecuado. Pero ella era una mujer muy alegre, se enorgullecía de todos los frutos que había conseguido con su gran esfuerzo, su trabajo le gustaba muchísimo y la satisfacía y en cuanto podía siempre estaba viajando, y nunca estaba sola, pues tenía un don para hacer y mantener amistades. Como amiga era muy sensata, sincera, sencilla, natural. Te explicaba sus preocupaciones más íntimas sin reparos, sabía hacerte cómplice de su vida y también sabía escuchar y le gustaba ayudar en todo cuanto podía. Por todo ello, yo me sentí muy aliviada cuando me comunicó que vendría a verme, tenía ya ganas de hablar con ella cara a cara y estaba muy intrigada por los consejos que ella me daría sobre mi nueva situación. Además, estaba segura de que su compañía iba a ser muy reconfortante.

Me gustaba ir a la playa por las mañanas, entre las diez y las doce horas, durante ese tramo de tiempo había mucha tranquilidad y el agua reposaba transparente y serena, sin olas y sin algas. Me ponía entre dos quioscos donde vendían refrescos, helados, golosinas y frutos secos, así a media mañana me compraba una bolsa de frutos secos y un granizado de fresa o de limón y en cuanto clavaba la sombrilla y abría mi sillita me iba directa al agua andando por las tablas que se extendían a lo largo de la arena para no quemarme los pies. La mar verdosa se extendía silenciosa hasta que rozaba con el azul celeste del cielo en el horizonte, me solazaba introducirme en ella lentamente para que la impresión del cambio de temperatura fuera menor y me quedaba quieta cuando el agua me había llegado hasta el cuello, disfrutando de su

aroma salado y de la suavidad de su tez que se resbalaba sobre mi cuerpo. Si miraba hacia sus profundidades veía las claraboyas y algún barquito velero blanco sobre el azul luminoso del mar y del cielo que me transmitían su complicidad y si miraba hacia la arena veía a toda la gente bañándose y tomando el sol, jugando con las palas o con un balón, con gafas de sol y sombreros, las sombrillas de colores diversos, y los altos edificios bordeando el mar, con sus fachadas doradas o rosadas y sus toldos azules, verdes y amarillos; un mundo que parecía conspirar ausente de mis más íntimas inseguridades.

Cuando llegó Marta venía tan elegante como siempre, llevaba una falda azul celeste de picos, una camiseta de tirantes blanca y su pelo largo rubio con unas gafas de sol. La alegría de su rostro me hizo recordar los buenos momentos que habíamos vivido cuando éramos universitarias y nos fundimos en un gran abrazo. Entonces Marta me preguntó que qué tal estaba, que me veía muy bien, a pesar de que había engordado unos kilos y tuve que renovar mi vestuario decantándome por vestidos anchos. Le dije que me encontraba bien, pero que íbamos a sacar algo de beber y ya le iría contando más despacio. Nos sentamos bajo la sombra del gran ficus, con una botella de Martini blanco, hielo y unas grandes aceitunas verdes. Y yo, resumiendo, le conté todo desde el principio, que Pedro y yo llevábamos un año bastante alejados el uno del otro, que ya no teníamos intimidad, ni ocio juntos, ni pasábamos mucho tiempo juntos, que cada uno hacía un poco su vida por su lado, pero que yo lo achacaba todo al exceso de trabajo y no le daba más importancia, pero un día Pedro me dijo que teníamos que hablar seriamente y me contó que durante ese año había estado chateando con una mujer que era cubana, que tenía un hijo de nueve años, que era peluquera y que trabajaba en un gabinete de estética en Guadalajara, que también hacía la depilación y que la había llegado a conocer, que habían tenido una aventura, que sus manos eran milagrosas, que cuando lo tocaba desaparecían todas sus tensiones y que se quedaba muy relajado. Y que lo sentía mucho, pero que nuestra historia había llegado a su fin, porque quería irse a vivir con ella, porque se había enamorado de nuevo, se sentía renovado con ella y, además de todo eso, porque la había dejado embarazada. Insistió en que lo sentía mucho por mí, pero que teníamos que divorciarnos, que iba a ser lo mejor para los dos. Yo me sentí decepcionada pero no extrañada porque ya llevábamos un año bastante alejados el uno del otro y decidí que sería mejor

realizar alguno de mis sueños, para emprender algo nuevo que me ilusionara tras aquel golpe. Así que me compré esta espléndida casita y aquí estoy. Después de explicarle toda la historia, Marta se quedó muda, sin saber qué decir y me preguntó que cómo me encontraba yo. Yo le dije que parecía que me costaba acceder a mis emociones, que me había quedado como estancada, entonces ella me contó que la compañera de trabajo con la que había hecho su viaje a Grecia también estaba separada y que tenía una hija que estaba estudiando Telecomunicaciones en Madrid y que tenía problemas de ansiedad, tal vez por la separación de sus padres, o tal vez por los estudios, o quizás por las dos cosas y que su madre se preocupaba mucho por ella.

Tras ponernos al día, nos pasamos a la cocina para hacer la comida. Hicimos un *risotto* buenísimo. Nos salió bastante cremoso. Y abrimos una botella de vino blanco muy fresco. Durante la comida, Marta me contó que su vida no era tan maravillosa, que a pesar del trabajo que tanto le gustaba, que a pesar de los viajes, de las buenas amistades y de las relaciones pasajeras que había mantenido, a pesar de todo ello, se sentía sola en muchos momentos de su vida, que por eso no paraba de hacer cosas y se mantenía muy activa, todo el tiempo ocupada, para olvidar ese sentimiento de soledad y de desolación. Había envidiado mi relación con Pedro, que era tan bondadoso, que le resultaba inimaginable el gran vuelco que había dado en su vida. Pero que la vida era una caja de sorpresas.

Al terminar la comida recogimos la mesa y nos sentamos en el sofá y en los sillones que estaban al lado de la chimenea para tomar café en la mesa baja y nos encendimos unos cigarrillos. Las dos fumábamos ocasionalmente y aquel encuentro merecía un cigarrillo. Entre el olor a café y el humo endiablado que se cruzaba entre nuestros cuerpos, Marta me contó con tono confidente que aquel año había tenido una aventura esporádica con un compañero de trabajo que estaba casado, que había sido una aventura muy emocionante, que no sabía exactamente si lo que había sentido por él era amor u obsesión, que sus encuentros sexuales habían sido muy satisfactorios y que sentía que aquello compensaba el poso de amargura que se le quedaba cuando se quedaba sola. Pero desde que habían comenzado las vacaciones no se habían vuelto a ver y él seguía con su mujer. Me contó que ella no se sentía decepcionada, puesto que cuando comenzó esa relación ya sabía que estaba casado, que no sabe cómo pudo aceptar meterse en ese lío, que todo empezó con una de esas

comidas de trabajo que se celebran antes de la navidad, que los dos habían bebido y que se dejó llevar simplemente. Y que ahora no esperaba nada más que la posibilidad de entablar otro excitante encuentro, quizás cuando comenzara de nuevo el curso, pero que no se podía ilusionar con algo más. Yo asentía en todo lo que me contaba, como siempre, pero no me extrañaba nada, ya que era propio de Marta meterse en esos líos. Parecía que era algo implícito a su carácter el hecho de liarse con historias poco prometedoras, como si le pidiera algo más a la vida, algo más que la gente normal que se estanca en relaciones monótonas. Pero Marta era toda una aventurera y, en cierto modo, yo admiraba su carácter.

Por la tarde fuimos a la playa del Cura. El agua estaba calentita, no daba impresión al introducirse en ella y no había nada de oleaje, todo estaba en calma y era muy relajante. Cuando acabábamos de salir del baño y nos estábamos tumbando en las hamacas, un hombre mayor que estaba en un corrillo de ancianitos a nuestro lado dijo: "si te vas y me dejas, hasta luego, Canalejas", al parecer estaban hablando de una mujer que la había dejado el marido; Marta y yo nos miramos y nos sonreímos.

Aquella noche cenamos en un chino frente al mar y bebimos sangría. El dulzor de la comida china más el de la sangría, más el sonido del mar, sumado a nuestros recuerdos que rememoramos de la universidad, aquellos viejos tiempos, provocaron que en un momento determinado se me saltaran unas lagrimillas entre nuestras risas. Marta se mostraba encantada pues sabía que me ayudaba a distraerme y eso era lo que se había propuesto.

Las dos madrugamos mucho al día siguiente y después de desayunar nos fuimos a andar por la ribera de la playa, luego nos estuvimos bañando y Marta dijo que le parecía una maravilla tener una casita al lado de la playa y poder bañarte a cualquier hora del día. Aquellos baños tan tempraneros la encandilaron, era delicioso introducirte en aquella agua tan transparente cuando amanecían los primeros rayos del sol.

A mitad de la mañana ya nos habíamos cansado y regresamos a la casa. Por el camino, yo le conté a Marta que iríamos a comprar el pan a una panadería de dos hermanos que eran de Yeste, muy agradables y simpáticos, que me habían ofrecido su ayuda en caso de que la necesitara. Ella se alegró de que hubiera empezado a conocer gente en aquel lugar tan nuevo como extraño para

mí. Al llegar a la panadería no tuve más remedio que presentarles a Marta, pues Ángeles y Francis me miraron con curiosidad e intriga. Después de las presentaciones cordiales, Marta hizo gala de su don de gentes y les preguntó por algún sitio para cenar y tomar copas en Torrevieja. Francis se sintió halagado por la pregunta y se ofreció para acompañarnos en la noche torrevejense. A Marta le pareció genial y quedamos en la puerta de la panadería a las nueve de la noche. Justo a esa hora llegamos al local y allí nos estaban esperando Ángeles y Francis. Los cuatro íbamos muy arreglados: Marta y yo optamos por unos vestidos de tirantes floreados, Ángeles llevaba unos pantalones y un blusón a juego, muy holgados y también de flores fucsia y negro, iba pintada y llevaba el pelo suelto. Francis estaba muy apuesto y atractivo, era muy alto y delgado y llevaba unas bermudas vaqueras, un polo en azul celeste y unos náuticos. Nos dirigimos entonces hacia el paseo marítimo de la playa del Cura y llegamos hasta un restaurante que se introducía en el mar, desde allí la panorámica era muy romántica, pues estábamos en contacto con el mar en calma, observamos la carta y Francis nos aconsejó que pidiésemos una mariscada que allí la hacían buenísima, así que la pedimos junto con una botella de vino blanco. Francis llevaba razón, la mariscada estuvo excelente. Recuerdo que llevaba gambas, tentáculos de pulpo, langostinos, buey de mar, bogavante, navajas, cigalas, carabineros... todo un manjar exquisito para nuestros buenos paladares. Nosotras lo degustábamos con gusto y Francis se sentía muy orgulloso de su propuesta. Durante la cena no faltaron las risas, pues Marta y Francis eran muy chistosos y sabían muchos chascarrillos. Fue una cena muy divertida. Los dos hermanos nos contaron cómo comenzaron a aprender a hacer pan y dulces caseros en la panadería de sus padres y que al cabo de los años se trasladaron a Alicante para hacer un curso intensivo de dulces y tartas de estilo más moderno, que visitaron entonces Torrevieja y decidieron montar aquí una panadería-pastelería, que les había ido muy bien y se habían comprado dos estudios y que vivían separados. Tras la cena, Francis y Ángeles nos sugirieron un local que tenía una terracita en frente del mar donde hacían unos mojitos caseros muy buenos y allí nos fuimos paseando. Con el sabor de la hierbabuena, más la menta y el resuello del mar en calma donde se reflejaba la luz de la luna y de los farolillos, estuvimos muy a gusto, contando anécdotas y vivencias. Ángeles nos contó que en sus ratos libres le gustaba chatear con gente desconocida, que se metía en páginas web de búsqueda de contactos o en *chats* y hablaba y se

divertía muchísimo. Francis también comentó que él había chateado algunas veces, pero que su hermana estaba más picada en eso. Marta también dijo haberse metido en los *chats* o en páginas de búsqueda de contactos, pero que no había llegado nunca a conocer a nadie por ese medio. Yo asentía y escuchaba las conversaciones y recordaba a mi exmarido que había estado chateando durante todo un año con una cubana, así que la idea del chateo no me hizo mucha gracia, pero no dije nada.

Cuando terminamos los mojitos, Ángeles sintiéndolo muchísimo nos contó que ella ya se iba para casa porque al día siguiente tendría que madrugar muchísimo para hacer el pan y los dulces. Entonces, Francis dijo de ir a un pub que había al final de la playa de los Locos que estaba muy bien para echar unos bailecitos. Yo hacía muchísimo tiempo que no salía a bailar y la idea no me hizo mucha gracia, no me encontraba con ánimos para ello, así que dije que yo también me iba a retirar ya. Tras la insistencia de Francis y Marta en que me quedara un rato más por fin pude evadirme y me fui con Ángeles para casa. Francis y Marta siguieron la fiesta ellos dos solos. Al llegar a casa me acosté, pues estaba rendida y antes de quedarme dormida pensé en la idea del chateo, que me inspiró curiosidad. Aunque tampoco me encontraba con ánimos de meterme en Internet para hablar con alguien desconocido. Así que finalmente me quedé dormida.

A la mañana siguiente me desperté sobre las diez de la mañana, Marta todavía no se había levantado y, después de desayunar, me puse a leer la novela barata de una autora extranjera que compré en un quiosco. La trama era bastante interesante, te enganchaba desde las primeras páginas. De vez en cuando mi mente se desviaba a los temas que habíamos sacado la noche anterior y me imaginé a Ángeles en su ordenador chateando. Cuando Marta se despertó sobre las doce de la mañana, le preparé el desayuno, como si fuera una niña pequeña, y me lo agradeció bastante. Sostenía una sonrisilla en su boca y los ojos brillantes, parecía ilusionada. Entonces me contó que cuando se quedaron solos, Francis y ella, fueron a un pub que parecía una discoteca al final de la playa de los Locos, que se tomaron otras copas allí y que estuvieron bailando, que acabaron enrollándose en el pub y continuaron en el estudio de Francis, que estuvieron allí hasta las cinco de la mañana, cuando Francis la acompañó hasta mi casa y después se fue a la panadería para trabajar. Lo contaba todo con mucho entusiasmo, pero, de nuevo, bajó la voz como si fuera

a contar un secreto y me explicó algo que nos dejó muy intrigadas a las dos. Por lo visto Marta había percibido que los ojos de Francis, sus pupilas estaban muy dilatadas y brillantes, que parecía muy eufórico y cuando tuvieron relaciones íntimas, su sexo era enorme. Marta dijo que aquello no era normal y que tal vez se debía a algún tipo de estimulación artificial. Entonces las dos pensamos en que tal vez Francis hubiera podido tomar alguna droga, pero las dos desconocíamos bastante ese tema, no sabíamos qué tipo de droga podría ser e investigamos en Internet y descubrimos que la cocaína y las anfetaminas eran estimulantes, pero que si se tomaban con asiduidad podrían producir el efecto contrario. Ninguna de las dos estábamos familiarizadas con el mundo de las drogas, era algo que nos quedaba demasiado lejano, la única cercanía que yo había tenido con ellas fue en mi viaje con Pedro a Ámsterdam, donde probamos el porro de maría, pero nada más, por lo que nos quedamos bastante estupefactas. Después continuamos investigando en Internet y pusimos en Google: "Drogas Torre Vieja" y nos salieron unas noticias muy espeluznantes. Al parecer se había instalado en esta ciudad una mafia rusa que se dedicaba al tráfico de drogas y a la prostitución. Yo me alarmé bastante y me preocupé, pero Marta me dijo que no me preocupara que el tráfico de drogas y la prostitución, por desgracia se extendían por muchos lugares. Pero nos quedamos intrigadas por si Francis tendría algún contacto con aquella mafia, aunque no sabíamos si tal vez la mafia ya había desaparecido o si Francis tan sólo era un consumidor ocasional. Cuando estábamos con todas esas pesquisas Marta me dijo que Francis le había propuesto de cenar otro día y que ella había aceptado. Así que tendríamos otro encuentro con Francis y Ángeles, antes de que Marta regresara a su casa.

Aquella tarde estuvimos en la playa del Cura, el ambiente era muy diferente al de por las mañanas, ya no había tantos viejos; sin embargo, su lugar lo ocupaban grupos de adolescentes que se dedicaban a jugar al balón o a las palas mientras comenzaban a fumar sus primeros cigarrillos. Había chicas en topless, chicos con cortes de pelo modernos, niños pequeños jugando con la arena y el agua, padres jóvenes... Marta y yo nos metimos en el agua nada más llegar, no había olas, el mar estaba en calma y el agua estaba muy calentita, no daba impresión al introducirse en ella. Estuvimos un buen rato metidas en el agua, mientras el sol despuntaba en el horizonte y nos cegaba la visión de la parte derecha de la playa. Al salir del mar, la sombra de los edificios se había

comido un buen trozo de arena y tuvimos que mover nuestras sillas en busca del sol. Mientras nos bronceábamos, Marta me susurró que se había encontrado muy bien con Francis, que se había creado nuevas ilusiones y se había olvidado de su compañero de trabajo que estaba casado, pero que la sombra de la duda sobre el asunto de las drogas y Francis le hacía temblar de miedo y reconocía que siempre acababa enamorándose del peligro y de lo prohibido. Por quitarle hierro al asunto yo le dije que todo ese asunto de las drogas eran conjeturas nuestras, que no estábamos seguras de nada, que nos estábamos dejando llevar por nuestra imaginación y por nuestros miedos, que estuviera tranquila y ya veríamos lo que el tiempo iba mandando. Marta asintió con un silencio y las dos nos quedamos medio transportadas en nuestras tumbonas.

Las nubes sigilosas iban labrando el cielo sobre mis ojos melancólicos, con una tierna canción de nuevas esperanzas y lo removían buscando una idea sobre la que tenderme a descansar. Anidaba un remordimiento sobre las piedras doradas y temblorosas, reposadas bajo el mar, cuando recordaba cómo con sus besos saciaba mi ansia y yo saboreaba su alma delicada, que como el azafrán, la iba desmigando poco a poco y huía un pensamiento de su humilde mirada cuando el tiempo sobre la tierra dejaba de existir y maullaba el firmamento sobre un horizonte difuso, tal vez desacertado.

Aquella noche cenamos las dos solas bajo el frescor y la hermosura temblorosa del gran ficus que elevaba nuestros pensamientos por encima de nuestra realidad. Marta ya no comentaba nada, pero yo la notaba impaciente por volver a ver a Francis, por saber cómo continuaría aquella historia que se había desatado con tanta pasión. Hablamos de mi situación y Marta me aconsejó que no tardara mucho en animarme, que no me encerrara en aquella casa con olor a eucalipto y que comenzara a salir pronto, dijo que hoy en día ya no se llevaba el ascetismo ni la contemplación, que hay que vivir la vida porque la vida son dos días. Para tranquilizarla y para que dejara el tema, yo le prometí que lo iba a intentar y que pondría todo el empeño por mi parte. Luego nos arreglamos con otros vestidos estampados y salimos a pasear y a tomar un helado. La oscuridad de la noche se precipitaba sobre el horizonte, la pequeñez de la luna iluminaba cierta parte del mar sosegado junto a los farolillos que descansaban sobre el asfalto. Estuvimos paseando por la playa de los Locos porque había menos gente que en la del Cura. Marta transportaba

su nueva inquietud por Francis y yo me centraba en el mundo exterior que me rodeaba para no pensar en mis intimidades.

Al día siguiente, madrugamos las dos y con ropa deportiva nos fuimos a andar por la ribera del mar, recorrimos la playa de los Locos desde la que divisamos un barco enorme que parecía haber arribado en el puerto. Nos quedamos asombradas por las grandes dimensiones de la embarcación, era como ver las alas del avión desde la ventanilla justo antes de despegar. Recordé a los pasajeros del Titanic y traté de imaginar su asombro ante aquella novedad tan monumental y sentí un escalofrío mientras pensaba en la facilidad que tenía la vida para causar un naufragio cuando más seguros estábamos de nosotros mismos.

Después estuvimos en la playa del Cura bañándonos y cuando subíamos hacia mi casa pasamos por la panadería de Francis y Ángeles para comprar una barra de pan y algunos dulces. Francis estaba en la puerta hablando con un hombre que llevaba un BMW deportivo, Marta me miró de reojo intrigada, a mí se me vino a la cabeza la mafia rusa pero no dije nada. Francis, al vernos, se despidió rápidamente del hombre y vino hacia nosotras proponiéndonos otra cena, esta vez sería una cena manchega dijo, que la prepararía él y su hermana Ángeles. Su amabilidad y su entusiasmo nos hizo no poder rechazar su propuesta, así que decidimos que cenaríamos en mi casa, en el patio bajo el ficus. Quedamos sobre las nueve.

Marta se sentía muy enardecida y exaltada, a mí me sorprendía que a nuestra edad todavía siguiera sintiendo esos sentimientos tan ardorosos en su interior, como si fuera una adolescente primeriza en relaciones amorosas, y, por otro lado, me sentía un poco preocupada por las elucubraciones imaginarias y todo el misterio que rodeaba a la figura de Francis y su posible relación con gente que se dedicara a traficar, pero intentaba disimularlo, pues no quería parecer una lunática que se alarmaba por cualquier indicio insignificante.

Por la tarde, antes de la tan esperada cena, decidimos ir a la *outlet* del Corte Inglés para comprarnos unos vestidos. Fuimos andando, subiendo una calle muy alargada, rodeadas por edificios y apartamentos y balcones sobre los que el sol suspiraba silencioso sucumbiendo a la soledad tan somnolienta de la tarde. Las esperanzas que Marta albergaba tan ilusionada nos hizo sentirnos como niñas jugando a su juego favorito; sin embargo, yo sentía un

ápice de compasión por mi mejor amiga, pues temía que tras las elevadas emociones que sentía pudiera llevarse una gran desilusión junto con la gran caída de todos aquellos sentimientos tan ensalzados. Pero tampoco me atrevía a interrumpir sus grandes ilusiones y acabé contagiándome de su magia.

Nos compramos dos vestidos cada una. Los de Marta eran en tonos verdosos y los míos color burdeos. Eran de tirantes y dejaban ver gran parte de nuestras espaldas que ya se advertían con una luminosidad un tanto bronceada por el sol, el mar y las cremas.

En casa nos arreglamos y esperamos la llegada de Francis y Ángeles, mientras tomábamos un Martini blanco con aceitunas. Cuando éstos llegaron, la casa se llenó de alegría, los dos tenían un carácter muy animado, y traían bolsas llenas de comida recién hecha: atascaburras, ajo de mataero, tajás de tocino con alioli, chorizos, morcillas, lomo de orza y un pan enorme. Todo estaba recién hecho, se habían pasado la tarde cocinando y tanto Marta, como yo, valoramos todo el esfuerzo que habían puesto en ello. Francis llevaba unas bermudas negras y una camisa blanca, estaba muy apuesto, y las miradas entre Francis y Marta eran muy elocuentes, desprendían deseo, empeño, interés, admiración, cortejo, seducción. Durante la cena, Francis nos habló de la feria de tradiciones de Yeste que se celebraba un fin de semana del otoño y nos invitó a ir. Nos dijo que allí había degustaciones gastronómicas y muestras de oficios antiguos, como enlañor o torraor de garbanzos y que también se celebraba una matanza tradicional. Nos contó, con cierto fervor, que podríamos ver las montañas, las casitas blancas y el viejo castillo, parecía un romántico empedernido hablando de su pueblo natal. También nos contaron que el año pasado se había desatado un incendio en Yeste por estas fechas que había quemado tres mil hectáreas de terreno, que fue una verdadera pena y que tardaron unos días en controlarlo. Francis con lágrimas en los ojos suspiró diciendo que en verano el terror de su pueblo eran los incendios. Entonces Marta para romper con aquel tema tan sensible comentó animada que habíamos visto un barco enorme que parecía haber atracado en el puerto. Francis y Ángeles nos contaron que se trataba de un inmenso yate del emir de Catar que había pasado por Torrevieja deslumbrando sus aguas y sus gentes. Que solía tener su base en el puerto de Málaga porque el puerto de Torrevieja era demasiado pequeño para albergar aquel barco de aquellas enormes dimensiones. Francis se puso emotivo y poético y mencionó que aquel yate

era una galaxia sobre la mar. De ahí la conversación derivó hacia las desigualdades sociales: “¡Tanta fortuna para algunos y tanta miseria para otros!”, exclamaba Ángeles, y Francis adoptando un gesto intelectual y encendiéndose un cigarrillo nos contó que un alemán le había declarado que España era el único país que, en la actualidad, podría equipararse a Alemania, si no llega a ser por todo el dinero defraudado y que si no llega a ser por ello, la crisis económica no habría sido tan profunda. Y continuó explicándonos que todavía se notaba la crisis porque ya no venía tanta gente como otros años a Torrevieja de veraneo, y que en su pueblo había una pareja que ellos conocían que trabajaban solamente los veranos, desde mayo hasta octubre en Ibiza en un hotel, ella de limpiadora y él de pinche de cocina, y que en verano había bajado el paro bastante, como todos los veranos. Francis destacó la importancia del turismo en España para la economía y también para la cultura por el intercambio de ideas, conocimientos, idiomas, y recordó que el año pasado leyó un artículo en *El País* en el que se afirmaba que en España más de un once por ciento del producto internacional bruto se aportaba a la economía procedente del sector turístico, convirtiéndose el turismo en el principal sector económico; y que hace dos años aproximadamente vinieron a España unos setenta y cinco millones de visitantes extranjeros y que el dinero que se dejaron aquí equivalía a una cuarta parte de las exportaciones manufactureras y que, gracias al turismo internacional, se compensó la caída de otros sectores económicos en plena crisis. Francis parecía muy interesado por los problemas económicos y sociales del país, leía los periódicos y mantenía conversaciones de este tipo con extranjeros y españoles, documentándose a través de la sabiduría cultural y popular, mostrándose muy enorgullecido mientras hablaba de estas cuestiones.

La cena resultó bastante acogedora, al terminar recogimos todo y entonces hicimos una paloma con agua, azúcar y anís. La elocuencia y la caridad del tono de la conversación de Francis alejaban cualquier sospecha infame sobre él, pero mi curiosidad y mi costumbre de creer en los refranes ("piensa mal y acertarás"), no me dejaban apartar la sombra de la duda.

Al terminar la paloma, Ángeles se marchó a su casa para descansar, Francis y Marta se fueron juntos alegando que iban a dar un paseo y yo me quedé en casa, me tumbé en una hamaca bajo el gran ficus y sus hojas me transportaron hacia el sabor del mar. Notaba una especie de mareo pequeño y tierno, quizás

provocado por el movimiento del agua del mar sobre el que me había recostado durante la mañana, más la sangría y la paloma que habíamos degustado durante la cena. Pensé en Marta y Francis. Creí que hacían buena pareja. Francis era de Yeste, un pequeño pueblecillo de Albacete y se dedicaba a la panadería, pero hacía gala de un don de gentes, de habilidades sociales y de conocimientos humanos que lo convertían en un hombre de mundo, preocupado tanto por los problemillas intrahistóricos de la gente de los pueblos como por los principales problemas políticos de la actualidad. No me extrañaba que estuviera soltero, pues yo asociaba el carácter inconformista y romántico con la soltería; y estas dos características lo igualaban con Marta. Lo que no sabía yo es si dos personas tan iguales podrían tener una buena relación duradera en el tiempo. Tendría que dejar que el tiempo pasara para averiguarlo, y en el fondo me sentía conforme, satisfecha y contenta por Marta, pues estaba viviendo una aventura de verano intensa, apasionada y novelera, justo lo que a ella le gustaba.

Al día siguiente, Marta me contó que había pasado la noche en el estudio de Francis y que había sido muy romántico, que le encantaría ir a la feria de las tradiciones de Yeste, y que a pesar de lo bien que se lo estaba pasando allí, conmigo, tenía ya que regresar a su casa. Se marchó llevándose con ella el número de teléfono de Francis y unos racimos de uvas blancas sin semillas de Totana que le regalé, junto a unas cerezas de Plasencia, del valle del Jerte que compré en la frutería de los asturianos. Volví a quedarme sola de nuevo y ante la ausencia de Marta me tumbé en el sofá floreado con el aire acondicionado encendido y pensé en mi nuevo estado de divorciada. Era como si no me pasara a mí, todavía no podía creerlo. Recordé que durante la estancia de Marta no había hablado por teléfono con mi hermana y la llamé. Se alegró al oír mi voz, parecía venirle como anillo al dedo: me dijo que ella, su marido y su bebé estaban en casa de mis padres, que habían ido unos días a visitarlos, que estaban muy bien, que la mujer que iba a limpiarles lo tenía todo como los chorros del oro y que se portaba muy bien con ellos, que estaban un tanto preocupados por mí y mi nueva situación y que vendrían a visitarme ella, su marido y su bebé, pero me preguntó si tenía camas de sobra porque tenían una niñera, una chica de veintidós años y se la quería traer a la playa. Entonces yo le dije que tenía un sofá cama en el salón y que ahí podría dormir. Mi hermana se puso muy contenta y quedamos en que en unos días estaríamos todos juntos.

Capítulo 5

El tiempo que estuve en soledad lo dediqué a limpiar y a organizar de nuevo la casa para la llegada de mi hermana y su familia y traté de no pensar mucho en mí, pero cuando salía y me ponía en contacto con la naturaleza no podía evitar que unos suaves vestigios sobre mi desafortunada situación sentimental se colaran en el interior de mis sentimientos. Era como si el contacto con el mar y su brisa tan cálida convocaran todas mis emociones reprimidas.

El día que mi hermana iba a llegar, salí a andar como de costumbre por la mañana temprano, pues me despertaba muy pronto, dormía muy pocas horas: el sueño me sugestionaba y me acongojaba, así que los días se me hacían muy largos y en cuanto me levantaba me iba a caminar. Aquel día, cuando salí, todavía estaba amaneciendo. Se apoyaba un horizonte difuso sobre mi mente abrumada mientras la espuma del oleaje discutía en la orilla de la arena sobre si el reflejo de aquellos primeros rayos del sol tan tibios sobre la mar vendrían a reclamar aquel sueño olvidado en el origen de la existencia... Mi alma, fatigada, respiraba aquel perfume amarillo del brillo del mar, preguntándose por qué invocaba el sol a la eternidad, por qué la piel de mis entrañas ardía de placer mientras le besaba, como en un profundo sueño donde los lamentos curaban las heridas del firmamento y las olas perfumadas, como rosas, cantaban una canción de hermandad. Y pensé que, cuando habitara el olvido mi espíritu, y cuando el amor fuera mi sed, bailarían desnuda sobre el encuentro tímido de los primeros rayos del sol con el oleaje.

Mi hermana vino como en un carruaje lleno de sorpresas, con el coche hasta arriba lleno de bártulos y de gente. Su situación era lo más opuesta a la mía. Mientras ella estaba rodeada de tantas personas, yo saciaba mi sed en soledad. Al llegar metieron el coche en una pequeña cochera que tenía al lado de la casita y comenzaron a bajar tan sonrientes ella, su marido y el bebé que iba detrás amarrado en su sillita. También venía su niñera, una chica joven que forzaba la sonrisa. Tras los saludos les enseñé toda la casa y se quedaron prendados. “Una casita en la playa, era el sueño de tu vida”, me dijo Carmen, mi hermana. Y yo asentí complacida.

Mi hermana estaba visiblemente un poco más delgada, pensé que se había

repuesto bastante bien después de su embarazo. Su bebé tan solo tenía un año, había aprendido a caminar a los nueve meses y ella estaba muy atareada. Su marido, sin embargo, había engordado un poco, como si el embarazado hubiera sido él y mantenía un gesto de satisfacción sobre su rostro. La niñera de mi hermana era muy joven, tan sólo tenía veintidós años y era estudiante de Humanidades, una carrera de grado superior. Trabajaba y estudiaba al mismo tiempo, una tarea bastante pesada que requería de muchísimo esfuerzo. Yo la elogí por su sacrificio y ella cabeceó concediéndome una minúscula sonrisa de resignación. Como ya era mediodía y debían de estar hambrientos, fui hasta un asador de pollos que había cerca de mi casa y compré uno. La dependienta tenía un acento del este, tal vez fuera rusa. El sabor de los pollos era buenísimo, como si llevaran un toque de champán. También compré unos chopitos fritos y una barra de pan. Aquel día no fui a la panadería de Francis y Ángeles, ya que, si iba a su local, tendría que explicarles la llegada de mi hermana y yo estaba muy apresurada con las compras. Quise ir rápida para no hacerles esperar. Cuando llegué ya le habían dado de comer al bebé, que dormía plácidamente sobre su cochecito. Entonces preparamos nosotros la mesa para comer los cuatro. Durante la comida mi hermana nos estuvo contando lo difícil que lo habían tenido aquel verano para coincidir su marido y ella en las vacaciones del trabajo y que si no fuera por la niñera lo hubiera tenido muy complicado para conciliar familia y trabajo. Carlos, el marido de mi hermana, nos anunció una noticia que había leído en el móvil: justo ese día los bañistas habían divisado cerca de la playa de la Mata un pez manta raya que medía dos metros desde un ala hasta la otra, que el biólogo de la zona había ordenado rescatarlo y lo habían llevado hacia unas tres millas marinas para dejarlo por allí en libertad. Los cuatro nos escandalizamos entre risas, pues nos imaginábamos que si hubiésemos visto a ese pez tan grande en la playa nos habríamos llevado un buen susto. Entonces yo les dije para tranquilizarlos que la playa más cercana a nuestra casa era la del Cura y que estaba muy bien para el baño, que tan solo había unas pocas algas y que me habían dicho que, al parecer, se estaba proliferando la reproducción de algas en todo el Mediterráneo debido al cambio climático.

Durante la comida, Carlos se mostró satisfecho, divertido y entusiasta; mi hermana parecía un tanto nerviosa y la niñera de mi hermana no hablaba mucho, tan sólo se dedicaba a asentir y corroborar todo lo que decíamos. Al

terminar, les dije que se echaran la siesta, que debían de estar cansados y que yo me encargaba de recoger todo. Mi hermana Carmen me lo agradeció y se fue con el niño a su habitación para descansar, pero Carlos e Irene, la niñera, insistieron en ayudarme y me echaron una mano para recoger la mesa y poner el lavavajillas. Cuando terminamos nos retiramos a descansar y cada uno de nosotros se metió en una habitación. Carlos se pasó con mi hermana Carmen, Irene se quedó en el sofá del salón y yo me fui a mi cuarto.

Me quedé profundamente dormida y tuve una pesadilla. Un drogadicto me inyectaba en el muslo una jeringuilla de droga y yo con fuerza me la quitaba, entonces Carmen se metía en medio para quitármelo de encima y el drogadicto sacaba un rifle y apuntaba con él a Carmen, yo cogía un jarrón y lo atizaba fuertemente contra el muchacho; y ahí me desperté sobresaltada.

Por la tarde nos fuimos a la playa del Cura y mi hermana Carmen le preguntaba, sobre la arena, a su hijo que quién era esta, señalándome a mí, y el niño respondía, entre risas: “La tía Mara”, y nos hacía muchísima gracia porque en lugar de decir “María” decía “Mara”. A mí me cayó bien la idea de cambiar de nombre, pues ya me había cansado bastante del mío. En un rato en el que Carlos se fue a pasear e Irene se quedó en la arena cuidando del niño, que lo habíamos metido en una piscinita hinchable, Carmen y yo nos metimos en el agua y Carmen aprovechó para preguntarme que qué tal estaba. Yo le expliqué que me encontraba muy bien, que la playa me estaba sentando divinamente, que había estado muy entretenida dándome baños, paseos y leyendo; también le conté que Marta había estado unos días conmigo haciéndome una visita y que lo habíamos pasado muy bien y que había hecho amistad con los dos hermanos panaderos de Yeste, que eran muy amables y simpáticos, pero no le dije nada de la aventura entre Francis y Marta, ya que mi hermana no aprobaría esa relación, pues ya pensaba que Marta tenía muchos líos con diversos hombres. En el fondo, yo creía que mi hermana sentía algo de envidia. Carmen me escuchó atenta y me preguntó si sabía algo de Pedro, mi exmarido y yo le dije que no sabía nada, que se fue con una peluquera, que tendría que estar con ella y que Pedro ya no era asunto mío. Carmen asintió y no dijo nada porque, en realidad, no supo nada que decir.

Aquella noche encargamos comida china, que nos la trajeran a casa, y cenamos bajo el gran ficus. Hicimos una gran sangría llena de trocitos de

diversas frutas. Carlos seguía manteniendo en su rostro un gesto de satisfacción, Carmen se mostró serena por primera vez durante su estancia conmigo y alegre, el niño no paraba de hacer gracias, se puso a jugar con una sandía como si fuera un balón y se la tuvimos que quitar, e Irene, la niñera, estaba muy pendiente del bebé, pero mantenía un rostro serio, me daba la impresión de que sus sonrisas eran muy forzadas. Después fuimos a pasear por la playa del Cura. El niño se quedó durmiendo en su sillita y tomamos unos helados en la terraza de una heladería. Me dijeron que iban a estar poco tiempo conmigo porque ya les quedaban pocos días de sus ansiadas vacaciones y todavía tenían que ir al pueblo de Carlos a visitar a sus padres. Yo sentí algo de alivio, pues conocía el carácter crítico de Carmen y la había notado algo inquieta, hecho que me intranquilizaba a mí también porque no sabía cuál podría ser la causa de aquel desasosiego, quizás no aprobaría que me hubiera comprado una casita en la playa, o quizás no aprobaba mi separación de Pedro, pero, ¿qué podía hacer yo?, si Pedro me había dejado por otra mujer... Carmen me preguntó si al día siguiente me apetecía salir a andar temprano y yo le dije que sí. Así que quedamos en madrugar para salir a dar un paseo por la playa las dos solas.

Salimos a las siete de la mañana, cuando brillaba ya la mañana con el cielo azul celeste muy claro y luminoso, arropado por acolchadas nubes extremadamente blancas, pero el frescor del día despejaba nuestras mentes y nos animaba a andar. A esas horas se veía cómo algunas personas se subían en sus coches dispuestos a ir al trabajo y cómo otros salían a caminar o a correr y otros, muy mayores, ya pasaban a por churros o bajaban ya con las sombrillas y las sillas para coger sitio en las primeras filas de la playa. Era una maravilla ver cómo despertaba el día.

Por el camino, Carmen aprovechó para desahogarse. Me estuvo contando que Carlos y ella, desde que habían tenido al niño, iban muy justos de dinero, que todo lo que ingresaban se lo gastaban y no les llegaba para ahorrar nada. Carlos tenía un trabajo fijo en Mercadona y Carmen trabajaba de administrativa en una empresa de electrodomésticos y muebles, pero con la llegada del niño, Carmen había dejado su trabajo para dedicarse por completo a su cuidado, pero pasados seis meses se arrepintió y volvió de nuevo a su trabajo, por suerte, la chica que habían metido para sustituirla dejó su puesto por otro en la administración pública y así Carmen pudo retomar de nuevo su

profesión. Pero Carmen entraba a las nueve de la mañana y salía a las ocho de la tarde, por lo que la niñera estaba encargada del niño casi todo el día. Carmen me dijo que le pagaban a Irene seiscientos euros al mes, por lo que un sueldo se les iba en cuidados del niño. Yo le pregunté si no había guarderías, pero ella me explicó que eran también muy caras y que no les hacía mucha gracia que el niño pasara tanto tiempo en la guardería, que preferían tener una chica que se encargara de él. Entonces le pregunté que qué tal era la niñera y Carmen me dijo que era muy buena, que era muy callada pero que cumplía muy bien con su trabajo y que el niño estaba contento con ella. Carmen continuó contándome en tono confidencial que aunque había tenido un bebé y estaba casada con Carlos, su vida no era tan idílica. Que entre Carlos y ella se había instalado una monotonía en su relación, que los dos estaban muy agobiados con el trabajo y con los cuidados del niño y que, encima, iban muy justos de dinero, que durante el verano no se habían ido de vacaciones a ningún sitio especial, si no que habían estado en casa de los padres y conmigo, que no podían permitirse el lujo de alquilar una habitación de hotel o un apartamento para pasar una semana en la playa y ni mucho menos habían podido realizar ningún viaje. Entonces comprendí el nerviosismo que había manifestado Carmen durante su estancia conmigo. Y siguió diciéndome que yo tenía mucha suerte, que a pesar de no haber tenido hijos, tenía todo el tiempo del mundo para mí y que podía gastar mi dinero en mis caprichos y que no tenía tantas responsabilidades como ella. Yo traté de explicarle la suerte que ella tenía teniendo una familia, que la soledad era muy mala, y se sintió algo más aliviada.

El resto del día lo pasamos en la playa, riendo por las gracias del niño que salía corriendo cada vez que llegaba una ola por pequeña que fuera. Carmen suplantó su cara de angustia por otra de consuelo, como si el haberme contado sus problemas la hubiera liberado de la presión y del estrés que sentía. Pero, al día siguiente, se fueron camino hacia casa de los padres de Carlos y volví a quedarme sola de nuevo. Me puse a limpiar la casa y no paraba de pensar en lo que Carmen me había dicho, por un lado la compadecía, aunque, por otro, era consciente del cariño del que estaba rodeada mi hermana, tanto por parte de Carlos como por parte del niño, y pensé que su agobio tan solo sería pasajero, que en cuanto el niño fuera al colegio sería más independiente y ya no necesitarían niñera por lo que también se sentirían más desahogados

económicamente.

Cuando estaba limpiando el salón, debajo del sofá, me encontré un *pendrive* y ni corta ni perezosa encendí mi portátil y me puse a revisarlo. Observé que tenía muchísimos documentos: eran trabajos y apuntes de clase. Comprendí que aquel lápiz de memoria tan repleto y extenso era de Irene. Entonces me puse a leerlo, no sin cierto pudor, con detenimiento, mirando los títulos de los documentos, hasta que llegué a uno que se titulaba "Mi diario". Me quedé pensando por unos segundos si abrirlo o no, y al final me decidí a abrirlo, pues intuí que si el *pen* había llegado hasta mí sería por algún motivo, y comencé a leer:

Primer día.

Me llamo Irene, tengo veintidós años y he decidido empezar a escribir mi diario porque pienso suicidarme en cuanto termine con mi trabajo temporal de niñera.

Al leer esto mis pulsaciones se aceleraron y los latidos de mi corazón comenzaron a galopar en mi garganta y continué leyendo:

No me atrevo a hacerlo antes, pues el niño y su madre me necesitan. Mientras tanto, quisiera escribir mi vida en estas páginas para que quede algo de constancia sobre mí en el mundo durante mi muerte, ya que en vida suelo pasar desapercibida entre la gente. Soy bajita, con ojos pequeños y tristes que parecen dos agujeros negros chiquitines, escondidos tras unas pequeñas gafas de metal. Mi piel es blanca como la cal y estoy tan delgada como una pequeña loba famélica y hambrienta. Mi cuerpo nunca ha llamado la atención de los chicos y tampoco la ha llamado mi personalidad, ya que soy muy introvertida y no sigo las modas ni en la vestimenta ni en lo personal. Soy muy fiel a mi mundo interior y no me gusta despersonalizarme siguiendo los esquemas novedosos de mi juventud.

Pero me siento muy sola y triste. Las chicas de mi edad hablan de los regalos que reciben por San Valentín, de los fines de semana que pasan con

sus novios y sus amigos, son chicas que siempre tienen planes y muestran una gran ilusión por ellos. Sin embargo, yo, ni tengo planes ni nunca he tenido novio. Y tampoco sé muy bien cómo hacer para tener novio. No soy impulsiva, ni soy ocurrente, ni graciosa, ni guapa, en fin, que estoy desprovista de armamento para tener novio.

Además estoy metida en una carrera (HUMANIDADES) que me gusta muchísimo pero que no le veo ninguna salida y, además, me cuesta aprobar los exámenes, porque ni me organizo ni voy estudiando poco a poco... suelo dejarlo todo para el final y al final no tengo tiempo y suspendo muchos exámenes o acabo por desistir y a veces ni me presento a ellos. Trabajar y estudiar es más duro de lo que yo me pensaba, pero el trabajo me llena, estoy ayudando a una madre con su bebé y eso me realiza como persona, pues trato de que el niño esté lo más contento posible cuidándolo con mucho mimo, ¿pero qué haré cuando termine este trabajo? Es muy difícil encontrar una dedicación que te llene como persona y que al mismo tiempo te remunere económicamente.

Siento que estoy hundida en el fondo de un pozo y no sé cómo salir de ahí, me veo a mí misma metida en ese pozo arañando las paredes para escalarlas, pero me escurro y soy incapaz de subirlo. La angustia me atormenta y he pensado en la idea del suicidio, porque no encuentro otra salida.

Anoche, que fue la noche de Halloween, una noche mágica, mis compañeras de la carrera se iban a disfrazar con sus novios y unos amigos de brujas y brujos e iban a salir de fiesta por la zona. Sin embargo, yo me quedé en casa elaborando mi plan: el suicidio para cuando termine con este trabajo. Podría haberme suicidado ya anoche, pero no tenía medios para ello, bueno, es que he pensado en las diferentes formas en las que podría suicidarme y la que más me gusta es tomarme una caja de pastillas de ansiolíticos para quedarme durmiendo plácidamente y no enterarme de mi muerte, aunque parece ser que sí te enteras, pues he leído en un libro que cuando te encuentran muerto por consumo de pastillas, estás rodeado de vómitos, de todas maneras esta sería la mejor forma para acabar con mi vida. Pero no tengo esas pastillas y aún no sé cómo las voy a conseguir. Es más, si las hubiera tenido, anoche me habría dado miedo de suicidarme, ya

que era la noche de los muertos vivos y de los espíritus, no vaya a ser que vinieran a recogerme malos espíritus.

Así que es por eso que estoy aquí todavía, escribiendo mi diario en Word, para dejar constancia de mi vida mientras encuentro la forma de conseguir esa caja de pastillas.

El único que se percata de mi existencia es el profesor Martínez, que tiene sesenta y tantos años y es viudo. Las pocas veces que puedo ir a clase me mira a los ojos y detiene su mirada en ellos. Yo también le mantengo la mirada mientras él me mira. No sé qué verá en mí. Yo lo que veo en él es una mirada muy profunda e intensa. Me gusta mirarle a los ojos y me gusta que me mire. Su mirada honesta me tranquiliza y me descubre a mí misma flotando en un mar de aguas puras, cálidas, cristalinas. Me mira como si quisiera descubrir lo que hay en el interior de mi mente y de mi corazón. O mejor dicho, como si al mirarme estuviera leyendo lo que esconde mi mente y mi corazón. Y mi mente es un hervidero por donde corren, aturcidas diversas ideas que se encuentran y se desencuentran como la corriente eléctrica pasando por un circuito y mi corazón parece que va a explotar de tantas emociones contenidas.

Segundo día.

Hoy me han dicho que el profesor Martínez nos ha encargado una monografía sobre una novela española. Y nos da de tiempo quince días para entregársela, que al cabo de los quince días, que vayamos a su departamento y se la entreguemos en mano.

Estoy ilusionada con este trabajo. Pues podré ofrecerle mi visión al profesor y así me sentiré viva, sentiré que existo. En un principio había pensado hacer el trabajo sobre Pequeño teatro de Ana María Matute, ya que es una historia desgarradoramente triste, donde muestra la desolación de los personajes y yo me identifico demasiado con Zazu, su protagonista, así podría explayarme y mostrar mi visión sobre la vida, mi punto de vista, que es tan parecido al de Zazu, pero después he pensado que si soy demasiado sincera mostrando mis sentimientos tal vez el profesor advierta mi deseo de morir, mi gran secreto, e intente evitarlo. Entonces he pensado en escoger

otra novela que no me retrate tanto como Pequeño teatro y, después de barajar algunas, como Nada de Carmen Laforet, o La busca de Pío Baroja, o La sombra del ciprés es alargada de Miguel Delibes, finalmente me he decantado a hacer el trabajo sobre La colmena de Camilo José Cela, pues su técnica narrativa cinematográfica se centra más en lo social, en los aspectos externos de la gente, y así evito derramar mi conciencia, en ese trabajo, sobre la gran angustia existencial que siento.

Tengo que planificarme, pues en quince días tiene que estar hecho el trabajo y tendré que subírselo a su despacho, tendré que verme cara a cara con el profesor, la única persona de este mundo que se detiene en mi mirada, es decir, en mi existencia. Esta idea me pone un tanto nerviosa, pero al mismo tiempo es como un desafío, el último desafío en vida que voy a tener.

Tercer día.

Como no puedo ir a todas las clases por mi trabajo de niñera, tengo a una compañera que me informa de todo lo que hacen en clase. Por lo visto, ayer, después de pedirnos esa monografía, el profesor se puso a comentar un artículo de Francis Fukuyama que se titula "¿El fin de la Historia?". Hoy he estado leyendo por encima la primera parte del artículo, ya que es muy denso y filosófico, y me cuesta entenderlo, y se explica en él que el final de la guerra fría parece haber traído la paz en Occidente, que después de la lucha ideológica entre el liberalismo y los últimos conatos del absolutismo, del bolchevismo, del fascismo y del marxismo, ha triunfado el liberalismo económico y político. Y puede que no estemos asistiendo simplemente al final de la guerra fría, sino también al final de la historia, es decir, al final de la evolución ideológica, pues parece ser que el liberalismo se impone como única forma de gobierno en Occidente sin la existencia de otras alternativas políticas y probablemente asistamos a su universalización por el resto del mundo.

Si es verdad que estamos ante la última etapa ideológica de la evolución de la humanidad y si es verdad que se va a producir ese final de la historia, ¿cómo podría importarme seguir viviendo?, ¿para qué?, si la democracia liberal se va a universalizar como única forma de gobierno y llegamos al final de nuestra evolución ideológica ¿por qué me iba a importar seguir con

esta vida?, si ya no queda nada por madurar. Si la imaginación de los hombres ha llegado a su fin, si vamos a ostentar todos los mismos patrones de razonamiento, si no va a quedar nada más por hacer, ¿qué podría hacer yo en esta vida?, ¿cómo podría vivir bajo el yugo de una democracia liberal que se impone como única forma de la existencia humana? Cuando adolezco de creencias, cuando mi corazón se agarra a la soledad de esta sociedad unidireccional, cuando siento todo el peso de la historia sobre mis frágiles huesos, cuando ya no me queda nada más por esperar, cuando mis sueños han muerto, cuando se ha perdido la fe en la causa y el efecto y es la casualidad la que abrumba nuestra existencia, ¿por qué debería de querer seguir viviendo?

Por cierto, este artículo, que se escribió a finales del siglo XX, nos habla de la paz que se ha extendido en Occidente, pero no recoge la lucha entre Occidente y Oriente del siglo XXI, esa lucha que algunos la reconocen, sobre todo los medios de comunicación, como el terrorismo de "Al-Qaeda". Este artículo se escribió antes del hundimiento de las torres gemelas de Nueva York, el once de septiembre del 2001, que marcó un antes y un después en nuestra historia, por lo tanto, la guerra todavía no ha terminado.

Cuarto día.

Hoy es domingo, el domingo parece ser el día más triste de la semana, ya que es un día en el que no hay nada que hacer y te reencuentras contigo misma. Con tu propio estado interno, y el mío es desolador, desalentador. He estado pensando en cómo conseguir las pastillas y he decidido que iré a la médica de cabecera, le diré que estoy depresiva y que no puedo dormir por las noches, a ver si así me receta una caja de ansiolíticos.

Hoy tiemblan las ramas de los árboles que tiritan desnudas, sin hojas, mientras las hojas secas mecen el suelo de los parques, el frío transita los huesos perezoso, como un oso refugiado en su guarida y mis manos tiemblan igual que las ramas, igual que la luz del cielo que se cuele por mi alma creando un surco de temblor, de oscilación entre la vida y la muerte, de pavor ante la vida inhóspita y la muerte venidera.

Antes me desesperaba buscando una salida a mis males, ahora ya ni eso,

ya me he creado la idea fija de la muerte y ahora ya no merece la pena quebrarse la cabeza por buscar un asidero al que poder amarrarme. Ya es inútil. Pues ha llegado tanto el final de la historia como el final de mi vida. Me pregunto qué explicará mañana en clase el viejo profesor mientras sostengo mi alma derrotada con mis pobres manos. Si hemos llegado al mundo para que nuestra vida tenga un sentido, yo no lo he encontrado, por eso debo marchar, debo de quitarme la vida, pues no encuentro el fin para el que he nacido.

Ahora ya serpentea la noche ahí afuera. Es como un camino sin fin. Como si la eternidad llamara a la puerta de mi casa para hacerme saber que no estoy sola y pienso que ya me queda menos para descubrir si existe la eternidad. Esta semana cogeré número para ir a la médica de cabecera, espero que mi plan salga como yo espero y que pueda advertir al final cuál era el sentido de mi vida.

Quinto día.

Hoy he continuado con la lectura del artículo de Fukuyama, donde se explica que el concepto de fin de la historia no es nuevo, pues ya Karl Marx concebía la historia como un proceso dialéctico con un principio, una etapa intermedia y un final, y que este proceso de la historia lo había adquirido de Hegel.

La idea de Hegel sobre el proceso histórico ha llegado hasta nuestro pensamiento contemporáneo. Es decir, la idea de que la sociedad pasa por diversos estadios de evolución, desde una sociedad primitiva, como las sociedades tribales, se produce una evolución a sociedades esclavistas, luego teocráticas, y finalmente democrático-igualitarias. Para Hegel el hombre era producto de su entorno histórico y social concreto y la historia había llegado a su punto más alto en un momento absoluto, cuando triunfaba la forma final, racional de la sociedad y del estado. Y el estado que surge al final de la historia es hasta ahora liberal, porque reconoce y protege el derecho universal del hombre a la libertad.

Y yo me pregunto, ¿si ya hemos llegado al estado liberal, cómo es que yo no me siento libre?, ¿cómo sentirme libre?, si tengo que estudiar para poder

conseguir un trabajo lo más decente posible y después tendré que trabajar; si las obligaciones ocupan mi máximo tiempo y me queda poco espacio para la ociosidad. ¿Es esto la libertad?

Si en España, a pesar de la aparición de nuevos partidos políticos como "Ciudadanos" y "Podemos", nuestras perspectivas de gobierno tan sólo se dan entre los dos partidos políticos más votados que hasta ahora han sido el "Partido Popular" y el "Partido Socialista Obrero Español", si los medios de comunicación de masas y la publicidad rigen nuestras conductas sociales, ¿cómo puede el hombre moderno ser libre? Yo creo que todavía no hemos llegado al final de la historia y que todavía queda mucho por hacer.

En lo referente a mi plan, mi exquisito plan, esta mañana cogí número con la médica de cabecera y me han dado cita para este miércoles. Ya estoy deseando que llegue ese día. Mientras tanto he empezado a leer La colmena de Cela, para comenzar con el trabajo, quisiera terminarlo rápidamente para subir al despacho del profesor pronto con mi trabajo en la mano. Estoy ilusionada con la idea de la muerte y ahora parece que todo comienza a cobrar sentido en mi vida.

Sexto día.

Cuando las hojas secas son mecidas por el viento, miro el otoño a través de un espejo de cristal: chopos irascibles van perdiendo su hoja más seca, soplada por el viento; renace la eterna hoja perenne con su verdor y el rastro rosado que va dejando el sol al caer la tarde. Y se extiende ese camino de gran longitud que nadie sabe a dónde llegará, ni cuál será su fin. Camino infinito. Camino eterno. Camino de vida, de esperanza, de melancolía, que rota por la inercia de la vida eternamente, camino de locura. De la locura de estar vivos en esta vida de sueño y de tragedia, para vivir siendo conscientes de la senectud del horizonte, de la eternidad de los días cansados, de los besos con pan y almíbar, del latido de los corazones. Vida, que el otoño te renueva, no dejes que se turbe el ritmo de tu trasiego en el derrame de los días, escoge el sol del mediodía, la hoja perdida, el viento irascible, la lluvia cansina, el lamento del atardecer y revive, vida, la gran otoñada que cada año nos ofreces, antes de que llegue el invierno y nos despeine con sus heladas mortales.

Mañana tengo que ir a la médica de cabecera, le diré que no puedo dormir por las noches, que me encuentro muy nerviosa por los estudios de la carrera y que estoy muy desanimada, que se me hacen los estudios muy cuesta arriba y que no encuentro la manera de salir de un pozo en el que me siento metida, a ver si así me receta las pastillas. Y en realidad, lo que le voy a decir es la verdad sobre cómo me siento.

Siguiendo con el artículo de Fukuyama, hoy he leído que para Hegel las grandes contradicciones que conducen la historia permanecen en el terreno de la conciencia humana universal, es decir, en la ideología y no en las propuestas electorales del momento. Y que la ideología no solamente hace referencia a las políticas, sino también a la religión, a las creencias, a la cultura y a los valores morales. Para Hegel el conocimiento era la causa y no el efecto de las manifestaciones materiales. Sin embargo, Marx pensaba que el conocimiento (arte, cultura, religión, creencias, ideas) estaba determinado por el modo material de producción. Luego Weber demostró lo contrario de lo que Marx pensaba, es decir, que el modo material de producción era una superestructura que estaba determinada por el conocimiento.

Esto parece la eterna cuestión sobre qué fue antes si el huevo o la gallina. Según Hegel, el conocimiento es la causa de los modos de producción y, según Marx, los modos de producción son la causa del conocimiento, pero yo me pregunto, ¿y si no existiera la causa y el efecto?, ¿y si todo fuera fruto del azar o de la casualidad? Edison dijo que tras miles de intentos por fin pudo hacer funcionar la bombilla, esto nos puede llevar a hacernos pensar que el conocimiento es fruto del esfuerzo, de la tenacidad y de la voluntad del ser humano, pero yo creo que también el azar tiene algo que ver en todo esto, pues ¿y si en lugar de encender la bombilla tras miles de intentos erróneos, esta se hubiera encendido a la primera? Es más, Edison no era un estudiante, pues tuvo que trabajar para contribuir económicamente a las necesidades de su pobre familia y en sus ratos libres se dedicaba a investigar. Inventos que modificaron el rumbo de la historia y que, por ello, han hecho historia. Y sin ir más lejos, se suele contar que Newton descubrió la fuerza de la gravedad porque una manzana le cayó desde un árbol sobre la cabeza y tras ese suceso se puso a investigar. El hecho de que le cayera la manzana del árbol ¿fue azaroso o estuvo determinado? Más bien parece ser

fruto del azar o de la casualidad. ¿Si nunca le hubiera caído la manzana a Newton de un árbol, hubiera descubierto igualmente la fuerza de la gravedad? No lo sabemos. Es decir, en algún momento de la historia se tenía que descubrir la fuerza de la gravedad, pero ¿por qué no se descubrió antes?, o, ¿por qué no se descubrió después?

Séptimo día.

Hoy he estado en la médica de cabecera y le he contado cómo me sentía y en vez de mandarme ella pastillas me ha dicho que es mejor que me vean en psiquiatría. Me han dado cita para dentro de una semana, es decir, para el catorce de noviembre. En psiquiatría seguro que me mandan los ansiolíticos, tendré que esperar hasta entonces. Mi plan ya está en marcha y me siento feliz por ello.

La soledad de la noche embriaga mi alma desconsolada. Noche abierta, que te contraes como el latido del corazón, irradia tu melancolía sobre el mar sereno para que penetre su luz en tu mirada. Luz de conocimiento sublime, que mana en el agua de los ríos y de los mares. Sueña tu nostalgia humilde por donde transita desnudo el horizonte, que se derrama tibio como tus dedos en mi ombligo. Cántame una canción de nana, rompe tus enaguas rasgadas para cegarme los ojos, cuando venga el frío aterido sacudiendo nuestras escamas. Noche abierta, que buscas inquieta la claridad en la tierra, como tu mirada sobre mis labios, siembra en mi vientre tu amor para que renazca la ternura, el afecto y la pasión.

Quisiera sentir algo dentro de mí, pero no siento nada. Por eso le pido a la noche que haga temblar en mi vientre, ternura, afecto y pasión. La ternura y el afecto que todo el mundo necesita en su vivir, y la pasión por conseguir el máximo ideal del hombre, que es la consecución de la libertad. Dame fuerzas, noche, para conseguir mi libertad con la muerte, ya que en esta vida no la encuentro.

Hoy, en clase, el profesor ha estado comentando otra fuente, un libro titulado Para raros, nosotros de Paul Bohannan. En él se cuenta que lo que nos diferencia de otros seres vivos es la cultura, y define la cultura basándose en la definición que de esta dio en 1871 Tylor, por la que la

cultura es "el todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la ley, la moral, las costumbres y cualquier otra capacidad adquirida por el hombre como miembro de una sociedad". Y que el ser humano adquiere y aprende la cultura de la sociedad en la que le ha tocado vivir de una forma innata.

Si esto es así, yo me pregunto: ¿cómo se puede distinguir entre lo que es natural y lo que es cultural?, ¿cuál es la línea divisoria entre lo cultural y lo natural?, por ejemplo, la delgadez de las personas ¿es natural o cultural?, o la obesidad, ¿es natural o cultural? El cuerpo de las personas a parte de estar biológicamente determinado también está influido por las creencias culturales. Por ejemplo, una persona delgada puede ser que esté sometida a una estricta dieta para conseguir el canon de medidas corporales ideal que le marca su sociedad, junto con la publicidad; y una persona obesa puede ser que esté así porque es una persona que pasa de las imposiciones culturales a través de la publicidad y se rebela contra la sociedad comiendo más de la cuenta.

Octavo día.

Advierto los susurros de la noche en mi boca, como las olas que el mar trae y lleva, sus acolchadas manos sobre la tibieza de mi piel, que siempre espera como el recuerdo del azafrán desperdigado por el suelo, como el recuerdo del sueño de los nogales bajo la luz de los faroles y la sombra de la luna, en aquel pueblecillo de montaña, donde el orujo miel casero ardía en mis labios y en mi piel. Advierto el brillo de la noche sorda levitando en el horizonte, la bóveda astral sobre la tierra encendida y la fina lluvia apaisada que derrite mis ropas en la fuente de los besos derrotados. Advierto la sed y la serenidad y el manto de la noche golpeando el crepúsculo de las hojas secas cuando mi alma sueña despierta.

Hoy he podido asistir a clase, y el profesor ha comenzado a explicar el pensamiento del s. XIX y ha nombrado otra fuente de estudio: Historia del pensamiento filosófico y científico de Giovanni Reale y Dario Antiseri; y nos ha dicho unas frases para que reflexionemos sobre ellas.

La primera es: "El hombre es un dios cuando sueña, y un mendigo cuando

reflexiona" de Hölderlin. Pues esta frase me hace pensar que para este filósofo el sueño es más importante que la reflexión, es decir, el sueño está por encima de la reflexión y me sugiere que el sueño es una vía que nos hace estar conectados con el conocimiento.

La segunda es: "En todas las cosas está presente lo eterno" de Goethe. Esta frase me sugiere que existe una eternidad con sus propias características que son perennes en el tiempo y que se encuentran en todas las cosas perecederas. Entonces, dentro de mí, también podría encontrar esas características eternas, pero ¿cómo encontrarlas?, ¿cómo adivinarlas? Si muero, ¿ya no podría saber qué es la eternidad? ¿o sí?

La tercera es: "Solo puede ser artista aquel que posee su propia religión, es decir, una intuición de lo infinito" de Schlegel. Según esta frase, yo pienso que la religión, el infinito y el conocimiento son la misma cosa y que puede ser advertido e interpretado por un artista. Y me pregunto ¿lo infinito sería eso que llamamos eternidad? Entonces los artistas ¿pueden descubrir el sabor de la eternidad, de lo infinito? y en caso de que así sea, ¿cómo lo consiguen?

En resumen, lo que yo entiendo de estas tres frases es que existe una eternidad que se encuentra presente en todas las cosas perecederas de la vida y que el artista, a través del sueño, puede acceder a ella, es más, el sueño nos hace libres. Y si soñar nos convierte en seres libres, ¿en qué consiste eso de soñar?, ¿se trata de un soñar despiertos o de un soñar durmiendo?

Noveno día.

Hoy también he podido asistir a clase y el profesor Martínez ha estado hablando de Arthur Schopenhauer. Ha comenzado explicando aspectos de su biografía y cuando ha dicho que su padre se suicidó se me ha quedado mirando a los ojos fijamente mientras sostenía un silencio que me ha parecido bastante revelador. Es como si el profesor estuviera leyendo mi mente, mis pensamientos, como si supiera que me quiero suicidar.

Ha estado hablando de la obra principal de Schopenhauer: El mundo como voluntad y representación publicada en el 1819, en la que Arthur

explica que la única verdad absoluta que podemos hallar es que el mundo es una representación mía, es decir, que lo que sabemos del mundo no es la verdad absoluta y cierta, sino que tan solo es lo que nosotros percibimos de ese mundo. Y lo percibimos con la conciencia humana y sus formas, que para Schopenhauer son el tiempo, el espacio y la causalidad. Todo lo que percibimos está temporalizado y espacializado y se rige según las leyes de la causa y el efecto.

Si todo efecto está dominado por una causa, ¿cuál sería la causa de mi deseado suicidio?, ¿sería que paso desapercibida entre la gente y que me siento sola?, creo que mucha gente también se siente así, igual que yo, y no por eso desean suicidarse; y es cierto que me siento sola y triste, pero esa no es la causa de mi deseo de morir, la verdadera causa de mi gran deseo creo que es que ya tengo hartazgo de seguir sintiendo el aburrimiento y la desazón que esta vida me produce y he decidido cortar con ello. La gran pregunta sería: si yo viviera en otro lugar y en otro tiempo distintos pero con mis mismas características genéticas ¿seguiría teniendo ganas de suicidarme?

Las características del espacio son que vivo en la meseta interior del país, donde es posible la visión de un horizonte lineal al salir de la ciudad, en una tierra árida y seca de mucho frío en invierno y mucho calor en verano, en la que las lluvias escasean; y la ciudad es una ciudad pequeña y funcional, con escasos restos del pasado histórico, es una ciudad actual y moderna, en la que el viento sopla los pensamientos sobre los altos edificios mientras sobre sus sombras proyectan los sueños nuevas ideas de antemano revocadas, ideas que permanecerán en el mundo de los sueños, sin ni siquiera intentar realizarlas por la convicción que existe en este lugar de que los sueños, sueños son, sin más.

En cuanto a las características del tiempo en que vivo es de destacar que vivimos en el 2018 y en España, en un estado democrático-liberal, en el que dos partidos políticos se van turnando en el poder (PP y PSOE), un país en el que la gente vota y elige el partido que quiere que gane, el que representa mejor sus ideas y estos dos partidos se diferencian principalmente en que el PP realiza menos gasto público y defiende más el mundo de la empresa privada y el PSOE, por contra, invierte bastante más dinero en gasto

público, intentando mejorar lo público frente a lo privado.

Aquí la gente se considera libre, pero yo me pregunto ¿cómo se puede ser libre si tan sólo estamos gobernados por dos partidos políticos que se van sucediendo en el poder de manera alterna y subsisten deshaciendo lo que el partido anterior hizo?

Y otra pregunta, ¿la libertad tiene que ver con el hecho político solamente o nos viene dada también por nuestro pensamiento?

Siguiendo con Schopenhauer, mientras que para Kant el mundo como representación mía era el único hecho que podíamos conocer como seres humanos, para Schopenhauer no es así, para Schopenhauer existe una fuerza más, a parte del mundo fenoménico, que es la voluntad, y es la fuerza que provoca que el mundo se mueva, que el hombre actúe y cambie, que los objetos sean atraídos por las leyes de la gravedad, que las plantas se reproduzcan y crezcan, etc.

Décimo día.

Hoy ya es sábado. Con qué rapidez pasan las semanas. He estado trabajando en la monografía de La colmena, pues la semana que viene tengo que subir a entregarle el trabajo al profesor. He sacado de la biblioteca todos los estudios críticos sobre este libro que he podido y estoy lanzada al vacío con ella. Este trabajo llena mi espacio y no tengo casi nada de tiempo para pensar en mí ni en mi existencia.

Undécimo día.

Estoy liada con el trabajo, no tengo tiempo de pensar, la desazón y desolación han desaparecido, no tengo tiempo de sentir tristeza, estoy inmersa en la monografía.

Capítulo 6

Hasta ahí estuve leyendo, ya había tenido suficiente y no quise continuar. Me quedé atónita, no podía creer lo que acababa de leer. Había descubierto un secreto: ¡la niñera de mi hermana se quería suicidar!, ¡Irene se quería suicidar! Tan solo tenía veintidós años, era muy buena chica, se portaba muy bien con Carmen y con el bebé. Algo debía de hacer por ella. Tenía que ayudarla, pero ¿cómo?!, ¿qué podría hacer yo?! No sabía lo que hacer, así que llamé por teléfono a Marta, todavía estaba desconcertada, así que enganché el móvil marqué su número y con tono muy serio le dije:

—Marta, tengo un grave problema. Necesito ayuda.

Ella me contestó con un tono de extrañamiento:

—¿Qué pasa?, ¿qué te ocurre?

—Marta no vas a creerlo. Mi hermana Carmen, su marido, su bebé y su niñera han estado unos días haciéndome una visita y, cuando se han ido, he encontrado un *pendrive* debajo del sofá. Ni corta ni perezosa lo he abierto y en él había un diario, era de Irene, la niñera de veintidós años de mi hermana, que está estudiando la carrera de Humanidades, en él pone que se quiere suicidar en cuanto mi hermana la despida. Sabe incluso la forma en la que quiere suicidarse, lo tiene todo muy planeado y me ha entrado un miedo horrible. No sé qué hacer, me gustaría ayudarla, pero no sé cómo. ¿Qué puedo hacer, Marta?, ¿se te ocurre algo?

Marta contestó estupefacta:

—¡Oh, no! Es terrible. Pobre chica. ¿Me puedes dar alguna pista más sobre lo que pone en su diario?

—Sí —le contesté rápidamente, con un tono de pánico en mi voz—, dice que suele pasar desapercibida entre la gente, que nadie se fija en ella, que nunca ha tenido novio, que se siente muy sola y desolada y que está aburrída ya de esta vida a la que no le encuentra ningún sentido y que por eso se quiere suicidar.

—¿Qué pena! —exclamó Marta— Pues se me ocurre una idea. Tienes que

conseguir su dirección de correo electrónico, díselo a tu hermana, si hace falta, y que ella nos guarde el secreto, entonces tú coges y le envías un correo electrónico haciéndote pasar por un chico de su edad o un poco mayor que ella, que se ha encontrado su *pendrive* y, de forma secreta, le mandas un mensaje en el que le demuestres que te has fijado en ella y le demuestras admiración por su forma de escribir y por su aspecto físico y le haces saber que tienes su *pendrive*. Es lo único que se me ocurre. Seguro que ella, por curiosidad, te contesta a los mensajes.

—¡Ay, Marta, qué jaleo! Voy a pensarlo. ¿Qué tal estás tú?

—Yo bien, me llamó mi compañero de trabajo con el que me lie este curso, el que está casado. Me dijo que podría librarse de su mujer un día, que si queríamos vernos y le dije que no podía, que estaba en la playa. Todo mentira, pero no me apetecía quedar. Y sigo hablando con Francis por teléfono y nos mandamos mensajes.

—Me parece muy bien, Marta. Bueno, ahora voy a ver si pienso en cómo deshacer el entuerto en el que estoy metida con la niñera de mi hermana. Tengo que pensar lo de los mensajes. Ya hablamos luego. Un beso.

No podía concentrarme en nada con el problema que se me había venido encima. Lo que hizo Marta con su compañero de trabajo me pareció genial. Pues la idea de que el tío la utilizara solamente para cuando pudiera librarse de su mujer me horrorizaba. Claro que, según el carácter de Marta, ella también lo utilizaba a él. De todos modos, me parecía fatal. Está bien que le diera largas, para comprobar si la echaba de menos. Por otro lado, lo de que siguiera hablando con Francis, me parecía bien, pues no aparentaba ser una historia solamente de verano y me alegraba por ella, aunque las dudas que rodeaban la figura de Francis seguían rondando por mi cabeza.

Dejé de pensar en Marta, en Francis y en el compañero de trabajo para concentrarme en el tema que más me preocupaba ahora, que era el suicidio de Irene. A Marta se le había ocurrido la idea de que consiguiera su correo electrónico y le mandara mensajes. ¡Ufff! No me parecía mala idea, lo que pasa es que no se me ocurría nada que escribirle. Miré el reloj, a esa hora ya deberían de haber llegado a su casa, así que cogí el móvil otra vez y llamé a mi hermana:

—Carmen, tengo un grave problema. Cuando os habéis ido he encontrado mientras limpiaba un *pendrive* debajo del sofá. Es de Irene, tu niñera. Y en él pone que se quiere suicidar cuando termine de hacerte falta con el niño. Tienes que alargarle el tiempo del trabajo y tienes que decirle que te hace muchísima falta su ayuda, que la necesitas y que estás muy contenta con ella, que el niño también la necesita. Y tienes que darme su correo electrónico, si lo tienes, se lo he contado a Marta y hemos elaborado un plan: le vamos a mandar correos electrónicos haciéndome pasar por un chico un poco mayor que ella, que se ha fijado en ella, que la admira y que ha encontrado su *pendrive*, ¿qué te parece la idea?

—¡Oh, es horrible! Quiero decir, que es horrible lo de Irene, que quiera suicidarse... la idea me parece bien. Haremos todo lo que podamos para ayudarla. Sí, tengo su correo electrónico, lo tengo en sus datos del contrato. Por suerte estamos en casa. Todavía no hemos llegado casa de los padres de Carlos, así que buscaré el contrato y te mando su dirección de correo electrónico por *Whatsapp*.

—Muy bien, Carmen, no sabes cuánto te lo agradezco, mientras tanto ve diciéndole todo lo que te he dicho.

—Descuida, lo haré.

Al momento, recibí un *Whatsapp* de Carmen con el correo electrónico de Irene. Ya tenía todo lo que necesitaba para comenzar con mi plan. Irene tenía un plan y yo tenía que evitarlo a toda costa.

Estuve pensando un buen rato, pues no sabía qué escribirle en el correo, no tenía ni idea sobre cómo encabezarlo, ni tenía muy claro qué le iba a decir. Irene, en su diario, daba muestras de saber de filosofía, literatura, política actual, todo lo que estudiaban en Humanidades. Y aunque yo era profesora de Lengua y Literatura de instituto, me sentía bastante alejada de los acontecimientos políticos actuales, pues la política no era un tema que me interesara mucho y desconocía por completo las ideas filosóficas, además yo estaba acostumbrada a tratar con adolescentes, pero no con universitarios. Mis límites se quedaban en la sintaxis, en el comentario de textos y en la literatura española. Pero ese *pen* había llegado hasta mí, el secreto de Irene había sido descubierto por mí, y ahora yo algo tendría que hacer. Así que pensé y me puse a escribir un correo:

Buenas tardes.

Me llamo Ramón, tengo veintisiete años y acabo de descubrir tu secreto. Te vi en Torrevieja y llamaste mi atención, tu aparente sensibilidad me conmocionó, advertí que eras una chica con un gran mundo interior y te estuve observando sin que te dieras cuenta, hasta que vi que algo se te cayó del bolso, parece ser que lo llevabas abierto y se te cayó un pendrive que inmediatamente recogí del suelo, sin que te dieras cuenta. Pensé en llevártelo en ese mismo momento, pero inmediatamente comprendí que así no podría conocerte, así que, sintiéndolo mucho, me llevé tu pen a casa y lo he estado mirando y he encontrado tu diario. Ya sé que no está bien curiosear en la vida de los demás y, mucho menos, leer su diario, pero no pude resistir la tentación y lo he leído. No me equivocaba, verdaderamente eres una chica con un gran mundo interior y no puedo evitar ahora el ansia que tengo por comunicarme contigo.

Me gustaría muchísimo recibir una respuesta por tu parte.

Un saludo.

Ramón.

Tras escribir el correo, lo estuve releendo y revisando antes de enviarlo. Yo no sabía cómo hablar, ni cómo tratar con alguien que se quería suicidar. No sabía si lo que le había escrito era buena idea para detener su plan o quizás todo lo pudiera empeorar. Pero no podía quedarme quieta, tenía que actuar, así que le di a enviar y estuve pendiente toda la tarde del correo electrónico. Por supuesto, me había creado una cuenta falsa, con un nombre falso. Y estuve esperando su respuesta, hasta que por fin me llegó:

Estoy muy enfadada. ¿Cómo se te ocurre hurgar en mi vida?, ¿cómo se te ocurre leer mi diario?, ¿por qué no me entregaste mi pen?, ¿solo porque querías conocerme?, pues no ha sido muy buena idea la de leer mi diario y decírmelo para conocerme. Que sepas que quiero recuperar mi pendrive, porque es mío, que no quiero conocerte y que voy a seguir con mi plan, supongo que ya sabes que la psiquiatra me ha medicado, que tengo las

pastillas, que me las estoy tomando y que algún día de estos puedo inflarme de pastillas y terminar con todo.

Al leerlo, me quedé estupefacta. Me había enviado un mensaje muy cabreada, sin saludos ni nada, y declaraba su intención de continuar con su plan. ¿Y si se le ocurría hacerlo ya? La tensión me golpeaba las sienes, así que busqué en *Google* cómo tratar con alguien que se quiere suicidar. Todos los artículos sobre ello me remitían a que llamara a un número de teléfono de emergencias o que pidiera ayuda de un profesional y que no dejara sola a la persona en cuestión. Así que antes de nada llamé otra vez a mi hermana:

—Carmen, ya le he enviado un correo electrónico y me ha contestado muy enojada diciéndome que tiene las pastillas y que en cualquier momento puede suicidarse. He pensado buscar a un psicólogo o psiquiatra para pedirle ayuda, mientras tanto tienes que mantenerla vigilada, no la dejes sola y mantenla ocupada con la excusa de que tiene que cuidar al niño.

—Sí, ya lo he pensado y le he pedido que se venga con nosotros al pueblo de los padres de Carlos, le he dicho que la necesito y que me hace mucha falta para cuidar al niño también en las vacaciones y ella ha aceptado. Así que mañana temprano nos vamos al pueblo, pero ahora está en su casa y no sé si estará sola.

La conversación con Carmen, por un lado, me tranquilizó, pues sabía que si se iba al pueblo con ellos estaría vigilada y era tiempo que podíamos ganar para que yo acudiera a un especialista buscando ayuda. Pero, por otro lado, los nervios se me dispararon, pues sabía que ahora estaba en su casa, y que tal vez se le ocurría hacer ya ese disparate. Así que decidí enviarle un nuevo mensaje mucho más desesperado que el anterior:

Hola de nuevo.

No sé qué decir. Me he quedado atónito. Ya sé que está muy mal todo lo que he hecho, pero lo he hecho porque creo que recibí un flechazo al verte y me interesaste mucho. Lo siento tanto. Me gustaría volver atrás y empezar de nuevo contigo. No leería tu diario para que no te enfadaras conmigo. Pero ya no se puede volver atrás. Lo hecho, hecho está. Así que ahora ya tan solo puedo pedirte encarecidamente perdón, te pido miles de perdones. Y

espero que los aceptes. Espero que me perdones. Lo siento tanto.

Atentamente.

Ramón.

Postdata: Sigo interesado en conocerte.

Envié el mensaje y busqué un cigarrillo por toda la casa, pero como lo había dejado y ya solo fumaba ocasionalmente no encontré ninguno. Así que me puse un vestido ancho de flores y unas sandalias y me fui sin peinar ni nada hasta un bar, a pesar de que estaba a dieta de cigarros, aquella ocasión lo merecía y me compré un paquete. Al llegar a casa me fumé uno en el patio bajo el gran ficus. Estaba nerviosa, mañana mismo acudiría a un psicólogo o psiquiatra para contarle todo y que me ayudara con el tema, pero hoy, lo único que se me ocurría, era mantenerla conectada al ordenador, que se le despertara curiosidad por el chico que me había inventado y mantenerla ocupada todo el tiempo, para que no se le ocurriera hacer una locura. Cuando terminé el cigarrillo, pasé y cogí el portátil de nuevo y miré para ver si tenía otro mensaje y por suerte lo tenía:

No puedo creer que todo lo hayas hecho por un flechazo.

Me había vuelto a escribir un mensaje y me estaba manteniendo la conversación, pensé que eso era bueno y decidí escribirle otro:

¡Hola!

Soy muy enamorado, pero no creas que me enamoro de muchas mujeres, pues he recibido muy pocos flechazos en mi vida. Recuerdo haber tenido uno a los tres años de edad, demasiado joven, pero así es; y otro a los quince. Desde entonces no había tenido ninguno más, hasta hace un día, cuando te vi. Los otros dos flechazos que he tenido fueron un fracaso total, pues no fui correspondido, pero soy muy idealista y me resisto a no luchar por lo que siento. Por eso me llevé el pendrive, por eso leí tu diario, por eso te estoy

escribiendo estos correos y por eso me gustaría tanto conocerte.

Ramón.

Envié el mensaje y me salí al patio, me fumé otro cigarro y no podía creer lo que estaba haciendo. Había cogido un *pendrive* ajeno, lo había abierto, lo había leído, había leído un diario de otra persona y ahora me había inventado un personaje, estaba utilizando una identidad falsa, me estaba haciendo pasar por un chico y estaba hablando con Irene. Me parecía horroroso y espeluznante todo lo que estaba haciendo y entonces recordé una frase: "*el fin justifica los medios*" y pensé que todo lo que estaba haciendo era por una buena causa. Entré al salón y miré el correo electrónico, todavía no había recibido nada, me preocupé muchísimo, fui a la cocina a prepararme una tónica, regresé al salón de nuevo y me puse a mirar el correo, estaba de los nervios, pero por fin había contestado:

Sé que te llamas Ramón y que tienes veintisiete años, que has tenido tres flechazos en tu vida y que eres muy idealista, pero ¿a qué te dedicas?, ¿eres de Torrevieja?

Se estaba interesando por el personaje que estaba creando. Eso estaba muy bien, la estaba manteniendo ocupada, y estaba alimentando su curiosidad. Me parecía genial. Y me puse a escribir otro correo:

Me llamo Ramón, tengo veintisiete años y estoy en paro. Acabo de terminar la carrera de Informática y, por el momento, no he encontrado trabajo, aunque lo estoy buscando.

Yo, sin embargo, sobre ti sé que estudias Humanidades, que tienes veintidós años, que tienes un concepto muy bajo sobre ti misma (yo creo que te infravaloras), que te ganas la vida cuidando de un niño pequeño y que quieres suicidarte. Pero ¿me podrías explicar por qué quieres suicidarte? Algo sobre ello he leído en tu diario, pero me gustaría que me lo contaras.

Espero tu respuesta.

Ramón.

Le dije que me explicara por qué se quería suicidar porque había leído en Internet, en un artículo, que mientras que cuentan por qué se quieren suicidar, los suicidas expresan sus sentimientos y eso les ayuda a no hacerlo. Pero inmediatamente después de enviar el mensaje pensé que me estaba metiendo en camisa de once varas, que yo no tenía ni idea de psicología, que no podía hacer de psicóloga, que tendría que cambiar el ritmo de la conversación en el próximo mensaje. Esperé su respuesta. Me fumé otro cigarrillo y me bebí la tónica, hasta que por fin me contestó:

Me quiero suicidar porque estoy aburrida de la vida, porque no le encuentro ningún sentido a mi vida.

Irene hablaba poquito, pero por fin se estaba sincerando. Me pareció que eso era buenísimo, estaba receptiva a mis mensajes, creí que lo del suicidio se podía solucionar con ayuda de un profesional e inmediatamente le escribí otro correo estrujándome los sesos para ver lo que le decía:

Hola Irene.

Me gusta llamarte por tu nombre y poder saludarte por tu nombre, como antes te dije, creo que te infravaloras. He leído tu diario y se nota que eres una buena persona, que te gusta ayudar a los demás y esa generosidad es difícil de encontrar. También he notado que escribes muy bien y que te gusta tu carrera, ya que en tu diario escribes sobre artículos y libros que lees para tus estudios. Se te da muy bien escribir, te expresas muy bien y, además, te interesan los temas de actualidad y los relacionas con el pensamiento antiguo para encontrar las respuestas que la vida te plantea. Todas esas características te convierten en una persona entrañable, con capacidad para conseguir todo lo que te propongas. A mí me has desorientado: primero recibo un flechazo que viene de ti y luego me entero de que quieres suicidarte y, encima, eres una persona que me inspira mucho afecto. Ahora que te estoy conociendo sería para mí muy doloroso que llevaras a cabo tu

plan. Es más, me gustaría conocerte en persona y poder entregarte tu pendrive y que me perdonaras de corazón por todo lo que he hecho.

Con mucho afecto.

Ramón.

Envié el mensaje y no podía creer lo que acababa de escribir. ¡Le acababa de decir que quería conocerla en persona! Y si ella aceptaba... ¿quién se presentaría a la cita? Yo lo había escrito por desesperación, para mantenerla viva. Menos mal que mañana se iría al pueblo con Carlos y mi hermana Carmen, así durante esos días me daba tiempo en pensar cómo continuar la historia. Esperé impaciente su próximo mensaje y por fin me contestó:

Hola Ramón.

Eres muy amable por tu parte diciéndome esas cosas. Por todos los correos que me has escrito yo también he notado que a ti tampoco se te da nada mal escribir.

Un saludo.

Irene.

Irene seguía siendo tan escueta como siempre, quizás la tristeza que albergaba no le dejaba expresarse mucho más. Pero, por fin, había encabezado y finalizado su correo con un saludo, parece ser que ya me estaba perdonando por todo. Y decidí escribirle otro correo:

Querida Irene.

A mí también me gusta leer libros literarios, a pesar de que soy informático. En tu diario mencionas la novela "Pequeño teatro" de Ana María Matute, yo también la he leído. Es una novela entrañable, pero muy dramática. Decías que te identificabas con Zazu, pues Zazu era una mujer muy inteligente que se encontraba desorientada por toda la desfachatez que

observaba a su alrededor, por la hipocresía y la falsedad y la falta de solidaridad. No me extraña que te identifiques con ella.

Un beso.

Ramón.

Corté de pronto el correo. No podía creer lo que me estaba sucediendo. Irene se había identificado con Zazu y yo me estaba empezando a identificar con Marco, el personaje que se revela como un auxiliador de Zazu enamorándola y finalmente se descubre que es un farsante y Zazu acaba suicidándose. Era horrible. Como Irene se enterase de que Ramón era yo, como Irene acabara enterándose de que todo era una farsa, todo podría acabar muy mal. Por lo que tendría que evitar a toda costa que se enterara de ello. Me salí al patio de nuevo para fumar otro cigarrillo y observé al gran ficus, le pedí ayuda, pero no me contestó. La noche ya resplandecía con sus estrellas desde lo más alto. Podía ver a Venus al lado de la luna, brillaba más que una estrella normal y también le lancé un grito de socorro, pero no me contestó. No sabía qué hacer, ni qué pensar, ni qué decirle en los siguientes correos. Pasé de nuevo al salón y miré el correo, pero Irene todavía no me había contestado, entonces fui al frigorífico y cogí algo de comer: unas alcachofas con anchoas. Miré de nuevo el correo, Irene seguía sin contestar. Me preparé otra tónica. Mis nervios comenzaban a aumentar y me salí otra vez al patio a fumar otro cigarrillo. Miraba al ficus y a Venus con desolación, pero no recibía ninguna respuesta por su parte. Entré de nuevo al salón y miré el ordenador y, por fin, Irene me había contestado:

Querido Ramón.

Cuando leí "Pequeño teatro" me identifiqué muchísimo con Zazu. Es la historia de unos seres muy frágiles de fuerte dureza externa, que viven en un pueblecito pesquero de la costa llamado Oiquixia. Una historia conmovedora, emocionante y de final sorprendente, que describe perfectamente la ausencia de amor de estas gentes, que viven esperando algo que pueda salvarlos y ese algo nunca llega y, cuando llega, es falso. Es una historia pesimista y desgarradora, donde, paradójicamente, aparece

muchísimas veces de manera repetida la palabra “corazón”. Se critica la vida provinciana de la gente vanidosa, hipócrita, hiriente, que viven sin ideales, sin valores, enfundados en un trivial e hipócrita conformismo, criticando injustamente a aquellos que son diferentes y que no siguen su camino. Ilé Eroriak, que es un niño huérfano, abandonado, vive solo, no tiene un lugar para dormir, ni tiene ropa para vestir adecuadamente, ni tiene para comer. Vive de la limosna y de la bondad de alguna persona que le ayuda, que son pocos, evidentemente. Tan solo le ayuda Anderea, que es un señor mayor que trabaja haciendo muñecos de madera para representar teatros infantiles. Ilé Eroriak está solo y sufre la marginación de la gente bien de Oiquixia. Zazu es la hija de Kepa Devar, es una niña que siempre está sola, siempre estuvo sola desde pequeña, su madre murió cuando ella era un bebé. Es una chica triste y solitaria, de un corazón noble pero que había endurecido como una piedra.

Marco es un personaje que llega de pronto a la pequeña ciudad. Al principio se presenta como el posible alentador y salvador de todos estos personajes que sufren por la ausencia de buenos valores y de amor. Sufren sumidos por la implacable hipocresía social. Marco se presenta como el revelador de todo eso. Como el amigo fiel de Ilé Eroriak que no le humilla y le sube la autoestima y también como el gran amor de Zazu, como un amor verdadero que podría sacarla de todo ese mundo pueril y vanidoso en el que se sentía ahogada y por el que había endurecido su corazón forjando así una barrera protectora. Pues Marco es el que consigue llegar hasta el corazón de Zazu, derribando esas barreras.

El final es sorprendente, pues Marco, que es el personaje que encarnaba todos los valores buenos, que había luchado contra la hipocresía y la vanidad, desvelándolos, por un lado y, por otro, habría creado esperanzas en Ilé Eroriak sobre una vida mejor y en Zazu, había conseguido su amor. Pues resulta que, al final, resulta ser un farsante, un ladrón que había engañado a todos, o al menos a Zazu y a Ilé Eroriak, y resulta que es un estafador. Zazu se tira al mar y muere, porque no podía soportar sentir ese amor ni podría seguir viviendo sin él. Ilé Eroriak, el pobre, llora la muerte de Zazu. Al final de la novela resulta que todo lo que se había estado buscando en ella, que era la búsqueda del amor, a través de un personaje que se revelaba como un Moisés, resulta que acaba en nada, en un engaño.

Parece que la ausencia de amor es notable en esta novela donde precisamente más aparece la palabra "corazón" sobre las conmovedoras líneas de Ana María Matute. Aunque, para no dejar presente ninguna tesis ideológica de la escritora, con gran maestría, Ana María Matute transfiere las siguientes palabras esperanzadoras, a pesar de la trágica historia, a través del pobre Ilé Eroriak, que, como un loco, al que todos consideran un loco, sigue creyendo en la vida: "Pero la vida existe. Yo estoy seguro de que la vida anda escondida, por alguna parte. Esperándome. Sí, yo creo que la vida existe."

Un saludo.

Irene.

Comprendí por qué Irene había tardado tanto en contestar, pues este correo que me había mandado era bastante largo. Por fin se había explayado escribiéndome y se notaba que esa novela le había gustado muchísimo. No sabía qué escribirle a continuación, quería hablarle de alguna historia bonita y recordé "El mito de la caverna" de Platón, pero no recordaba muy bien la historia así que la busqué en Internet y le escribí el siguiente mensaje:

Querida Irene.

Se nota por tus palabras que esa novela de Ana María Matute te encandiló, no me extraña, pues su prosa es encantadora. Me gustaría hablarte de una historia que tal vez conozcas, es "El mito de la caverna" de Platón, que cuenta que unos hombres estaban encerrados en una cueva, atados con cadenas y que solo podían ver el interior de la cueva, no podían volver su cabeza hacia atrás y ver lo que había tras ellos, que era una hoguera y la entrada de la cueva, donde afuera estaba el sol, los árboles, los astros, los ríos, etc. Por el pasillo de la cueva andaban otros hombres portando todo tipo de objetos y sus figuras, sus sombras, se proyectaban en el muro del fondo de la caverna, por lo que los hombres encadenados solo podían ver las sombras que se proyectaban sobre aquel muro y estos creían que la realidad eran las sombras que veían. Pero un hombre consigue liberarse de las cadenas y sale al exterior y se queda deslumbrado,

maravillado por el sol y las maravillas de la vida.

¿No crees que algún día tú también podrás liberarte de tus cadenas y ser capaz de contemplar que la vida es maravillosa?

Un beso.

Ramón.

Envié el mensaje y esperé tumbada en el sofá hasta que obtuve una respuesta:

Querido Ramón.

Te falta el final del mito, cuando el hombre liberado se introduce de nuevo en la cueva para librar a sus compañeros de las cadenas y enseñarles el mundo que acababa de ver y estos se burlan de él y luego lo asesinan.

Además, es una manera de pensar muy idealista, ya que cree en la existencia de una verdad inaccesible para los seres humanos por efectos engañosos. ¿Acaso existe esa verdad?

En lo que sí estoy de acuerdo es en los efectos engañosos que nos distraen de la consecución de la verdadera autenticidad, como pueden ser las ideas publicitarias que nos crean unas necesidades para conseguir un efecto consumista. O, por ejemplo, la difusión de un pensamiento único para mantener el orden social establecido.

También estoy de acuerdo contigo en que es una alegoría muy bonita.

Un beso.

Irene.

Al terminar de leer este mensaje pensé que Irene era una chica muy inteligente, pero que la vida estaba siendo demasiado dura con ella, ya que tenía que trabajar para poder estudiar y así se lo hice saber:

Querida Irene.

No sé si existe esa verdad, ni creo que nadie hoy en día pudiera afirmarlo. Pero lo que sí deduzco por tu forma de pensar y de escribir es que eres una chica muy inteligente, que tienes muchas posibilidades y capacidades para licenciarte en Humanidades y que del mismo modo tendrás capacidades para conseguir un buen trabajo, a través del cual poder realizarte como persona y seguir ayudando a los demás y sé que si continuas adelante la vida será maravillosa para ti. Aunque reconozco que ahora estás pasando un mal bache y que es muy duro tener que trabajar y estudiar al mismo tiempo. ¿Cómo son tus padres? No los mencionas en tu diario. Los míos están ya jubilados, son mayores y tienen algunos achaques: que si la tensión o el colesterol, pero nada más. Están bien y me apoyan en todo lo que hago, aunque se sienten mal porque todavía yo no he conseguido un trabajo, pero piensan que la vida hoy en día es dura y más con la crisis económica.

Un beso.

Ramón.

Al momento de enviar el mensaje recibí otro:

Querido Ramón.

Mis padres están bien y también me apoyan, aunque estamos pasando por una mala racha económica. Mi padre invirtió todos sus ahorros en la compra de unos apartamentos y, con la crisis, han bajado muchísimo de precio los pisos, es más, los tiene vacíos, no los ha podido vender, por lo que se quedó sin ahorros y si pudiera venderlos recuperaría tan sólo la mitad del dinero invertido o incluso menos. Nos mantenemos tan solo con la pensión de mi padre y también está mi hermana, que tiene veintisiete años, es como tú. Ella tiene un hijo de dos añitos cuyo padre no quiso saber nada ni del bebé ni de la madre porque también estaba en el paro. Mi hermana estudió una formación profesional de delineante pero, al igual que tú, tampoco encuentra trabajo, así que se ha puesto a estudiar unas oposiciones de auxiliar administrativo. Así que vivimos cinco personas de una sola

pensión, por eso yo me busqué el trabajo de niñera, pero tengo un miedo terrible porque el bebé al que cuido ya tiene un año y pronto comenzará la guardería y a partir de entonces ya tendré que cuidarlo menos horas. La vida no es tan maravillosa.

Un beso.

Irene.

Cuando terminé de leer el mensaje el alma se me cayó a los pies. Irene era una de esas personas, de las que hablaban en las noticias, que de una sola pensión se mantenía toda una familia, incluidos hijos y nietos. De pronto me di cuenta de que había recibido otro mensaje:

Querido Ramón.

Ya son las dos y media de la mañana y mañana tengo que madrugar porque me voy con los padres del bebé al que cuido al pueblo de estos, para cuidar al bebé durante unos días. Me he sentido más aliviada hablando contigo y me gustaría seguir hablando contigo y, sobre todo, me gustaría recuperar mi pendrive. Así que ya estaremos en contacto. Hablamos otro día. Y no te preocupes que esta noche no pienso suicidarme.

Un beso.

Irene.

Es verdad, ya era muy tarde. Este mensaje me tranquilizó. Supe que Irene no iba a hacer nada extraño esta noche, lo supe, lo intuí. Así que rápidamente le envié otro mensaje de despedida:

Entrañable Irene.

Me ha encantado conocerte, eres una chica estupenda, y comprendo tu dolor y tu angustia, pero me gustaría seguir conociéndote más, me gustaría muchísimo que sigamos hablando. En tan solo un día, y a través de estos

correos y de la lectura de tu diario (aunque no debería de haberlo leído), te he cogido muchísimo afecto y cariño. Tan solo te deseo lo mejor, que estoy seguro de que está por venir. Estoy dispuesto a entregarte tu pendrive cuando quieras. Espero que disfrutes mucho estos días que vas a pasar en el pueblo y espero que sigamos hablando.

Un beso enorme.

Ramón.

Capítulo 7

Nunca, en toda mi vida, me había visto envuelta en una encrucijada como esta, en la que una vida se hallaba en peligro y yo, que fui la primera en saberlo al encontrarme aquel *pendrive*, que parecía guardar un fiel y desconocido secreto de la humanidad y que había llegado hasta mis manos como si fuera una conspiración del universo, tendría que hallar la misteriosa fórmula para arreglarlo todo, para que una vida más, llena de sensibilidad, no falleciera.

Aquella noche, que me había revelado una misión que llevar a cabo en medio de un desierto, ya no pude dormir. Así que miré en las páginas de Internet para buscar un psicólogo que pudiera ayudarme con todo este tinglado que llevaba entre manos. Encontré varios, cogí los números de teléfono y esperé impacientemente hasta que amaneciera. Durante aquella espera decidí rastrear de nuevo el *pendrive* y continuar leyendo aquel diario y lo que me encontré a continuación mostraba una ansiedad y una desesperación todavía mayor. En aquellas páginas escritas en *Times New Roman* rezaba lo siguiente:

Duodécimo día:

No era el mejor momento para comenzar a escribir una historia. La vida no es fácil cuando eres consciente de lo difícil que es conseguir un trabajo porque unos políticos faltos de imaginación tienen bien solidificado un sistema escalofriantemente ajustado a la legalidad, marcado por patrones repetitivos tanto en discursos como en medidas y tramas de corrupción que garantiza su propia supervivencia y la frialdad del auge de sus beneficios a costa de las miserias de mucha gente y todo ello amparado por un concepto que, particularmente a mí, me está causando bastante miedo: la democracia. Ojo, no es que yo sea una tirana, todo lo contrario. Pero si la democracia les permite hacer lo que quieran durante cuatro años a pesar de la oposición y del descontento de buena parte de la sociedad, apoyándose en aquella única votación que les encumbró al poder en la que defendieron un programa electoral completamente distinto al que luego llevaron a cabo; si componentes del gobierno han sido imputados por corrupción, si se

transfigura la realidad con mentiras o verdades a medias, es decir, falsas para manipular el voto; particularmente pienso que hay mucha tiranía dentro de este sistema democrático que se enorgullece y se valora gracias a una bella palabra de la que está haciendo poco uso, como es la democracia.

Si la democracia conlleva al detrimento de la integridad personal y a la perpetuación de un mundo de buenos y malos... qué miedo me causa esta democracia. Sobre todo ahora, cuando observas la realidad con esta fidedigna crudeza, carroñeramente por el simple hecho y con el egoísmo implícito de que te ha tocado a ti estar en el bando que otros han decidido que sea el malo. Ahora que estos palurdos con trajes de chaqueta han amparado los despidos masivos cebándose con mi gremio profesional, calumniando, poniendo en duda nuestra preparación para justificarlos. Ahora que están echando a tanta gente de sus trabajos. Te echan y te sacan del sistema, así de claro. De la noche a la mañana. Hay una crisis y hay que echar a gente. Así de sencillo. Los escasos años en los que se cobra el paro, que es un poco más de la mitad de lo que antes se ingresaba, pasan rápidos. El primer año son presas de la incredulidad y de la creencia de que les volverán a llamar el año que viene, piensan que esto no puede durar mucho tiempo, pero pasa otro año y se repite la misma operación, ya no los vuelven a llamar. Empiezan a ver entonces la realidad y sin poder pensar van cayendo, reduciendo sus gastos, abandonan sus pisos, regresan a casa de sus padres. Empiezan a ver ofertas de trabajo y la mayoría son de soldados —algo que evidentemente no saben hacer— y de comerciales a comisión, sobre todo de seguros, y piensan: ¿a quién le voy a vender yo un seguro ahora? Además, no tienen ni fuerzas de salir a la calle para convencer a alguien de que les compre un maldito seguro, ni de aguantar a un superior que les van a exigir unos mínimos y les van a pagar a comisión, es decir, una mierda, por salir a patearte las calles, a llamar a las puertas y engañar a la pobre gente. ¿Esto es integridad? ¿Un trabajo de "malsistencia", por no decir, subsistencia, en el que tienes que manipular el pensamiento de otros? ¿Este es el trabajo que me está ofreciendo este sistema? Y no hay más. Esto es lo que hay. ¿Y ahora qué? Si están echando a la gente de sus trabajos, ¿qué hago yo estudiando?, ¿qué salidas voy a tener?, ¿qué hago?, ¿camarera?, ¿limpiadora?, ¿dependienta?, ¿cocinera?, ¿peluquera? Si no hay trabajo, ¿qué trabajo voy a conseguir? ¿Abandono mi

mundo, mi vocación, la que me gusta, para la que valgo, por la que estoy luchando y me pongo a estudiar peluquería, gastándome un dinero que no tengo, para no saber si luego tendré clientas a las que peinarlas el pelo? No sé, cuando esos hombres de traje de chaqueta gris dicen por los micrófonos de la tele que tenemos que emprender, ¿a qué se refieren?, que me lo expliquen también, ¿o es que tengo que hacer un curso previo pago para saber en qué y cómo tengo yo que emprender? Qué bonita palabra. Emprender... como volar. Las bonitas palabras de los trajes de chaqueta: emprender, democracia... Pero, ¿emprender del mismo modo que ellos lo han hecho o para nosotros ese emprendimiento es ilegal?

Un trabajo es lo que te permite vivir. Tener una casa o un pisito pequeño, quiero decir un simple techo. Poder pagar la luz, el agua, la calefacción, la compra, el coche, la gasolina. Mantener tu integridad física y personal, y no entrar en el umbral desdichado de la pobreza o de la dependencia. Pero, además de toda esta cuestión vital, mis estudios son lo único mío que había conseguido yo sola, mi gran y pequeño triunfo y por añadidura me encantan. Me gusta descubrir los diferentes caminos del pensamiento humano revestido de palabras, aquellas maravillosas ideas que muchas veces me habían librado de la miseria. Me encanta investigar sobre los caminos de la libertad y de la integridad personal. Y cómo la mente con sus dones y privilegios podría conducirnos, si sabemos manejarla, al bien que considero que es el máspreciado de la humanidad: ser libres. Y me voy a permitir una matización, aunque no me guste realizarla, pero creo que es necesario ahora hacerlo. Ser libres siendo buenos, es decir, sin esclavizar para ello a otros, ni arruinarlos.

Hasta aquí estuve leyendo. Irene mostraba una gran preocupación por los problemas que habían asolado nuestro país en los últimos tiempos. Casos de corrupción, despidos masivos laborales, incremento del paro, familias enteras que viven de una sola pensión. La crisis económica, política y social que nos había tocado vivir. Y ella, a sus veintidós años, era una víctima más de esta situación. Estudiaba sin perspectivas de futuro y, por cierto, sus estudios la fascinaban, la llenaban, la completaban a un nivel emocional y existencial, pero se cuestionaba si podría seguir con ellos, ya que las condiciones actuales

le revelaban un futuro en el que no podría ejercer su vocación, no podría vivir de ella, es más, incluso las posibilidades de encontrar un trabajo no vocacional eran mínimas.

En aquel instante sentí rabia, tristeza y admiración por estos jóvenes de nuestro país que bregaban en un pajar sin aguja y me sentí todavía más involucrada en la tarea de ayudar a Irene. Mi hermana también tenía problemas económicos, a pesar de que tanto ella como su marido trabajaban, y en cuanto pudiera se libraría de la ayuda de Irene, entonces se me pasó por la cabeza pasarle a mi hermana una ayuda económica para que siguiera contratando a Irene, aunque yo tampoco nadaba en la abundancia.

En cuanto a la política, era y es un tema sobre el que yo poco puedo opinar, ya que desde hace mucho tiempo dejé de leer las noticias, sobre todo si estas estaban relacionadas con el mundo de la política. Había perdido mi interés por ella porque me sentía muy decepcionada y en esto comprendía muy bien a Irene. Este sistema político bipartidista, lleno de reproches, de críticas y de engaños, dejó de interesarme porque siempre repetía unos mismos patrones y yo ya sentía hartazgo. Hartazgo político. Por eso me desentendí de la política y ahora pienso que es muy fácil criticar, aunque lo que hacía Irene en su diario era dismantelar la aparente normalidad de la realidad. Este creo que es un primer paso que debemos de hacer para después buscar soluciones. Como decía, es muy fácil criticar, pero lo más difícil es aportar buenas y nuevas soluciones. Ojalá yo tuviera las soluciones. Y, por mi parte, al desasirme de la política sin pensar en ella, cuando hay tanta gente que hoy en día lo está pasando tan mal, no creo que sea la mejor solución. Tampoco es una buena solución cebarse con las críticas, todavía al ser humano nos queda mucho camino que recorrer en el ámbito de la escucha activa, la empatía, la comprensión y el respeto, desde mi más modesta opinión, creo que la mejor solución es buscar, como decía, soluciones. Por otro lado, yo no era tan pesimista como Irene, pero claro, yo tenía un trabajo y esto cambia las cosas. En cierto modo, la irrupción de nuevos partidos políticos en el escenario de la política española me parecía de manera sugestiva un cambio bastante positivo para el país, a pesar de que estos partidos sólo podrían gobernar formando coalición, pero con esto se ampliaba bastante el perspectivismo frente a aquel monopolio megalítico de los que hasta ahora siempre se habían visto asegurados en el poder.

Como mi curiosidad era insaciable por conocer más aspectos sobre la vida de Irene no pude evitar la tentación de rastrear un poco más aquel lápiz. Uno de los documentos recibía el nombre de "Relatos" y lo abrí. Irene tenía varios relatos escritos para enviarlos a concursos literarios. Uno de ellos se titulaba "Nada" y decidí leerlo. El relato decía lo siguiente:

Nada.

Desconozco el motivo por el que estás aquí. Tal vez sea por interés, porque quieres dedicarte a escribir y estás mirando, relejendo para ver qué es lo que atrae y domina el gusto. Lo mismo que todos hemos hecho, sin ir más lejos. O tal vez seas un autor consagrado con tu propio estilo y la admiradísima habilidad de escribir sobre cualquier asunto, —y a veces, incluso, sobre nada—, ya sea irrelevante o no, más o menos importante, pasajero, trivial o con resonancia; consiguiendo mantener al buen lector pendiente e intrigado, disfrutando durante trescientas o cuatrocientas páginas leídas en un santiamén; y aún te preocupas por las últimas intenciones y coletazos; esbozos, bocetos, atisbando un futuro, una ventana al horizonte de nuestra casa. O quizá, ¿por qué no?, seas un buen lector sin pretensiones de dedicarte a la escritura porque ya has encontrado el modo de ganarte la vida y si es este tu caso, te felicito, pues tan difícil es ya ganarse el pan escribiendo que al pie de la calle o a rueda de autovía. O puede que seas cualquier otra persona atraída por el sino o la lógica casual. Has abierto esta página y estás leyendo estas palabras. Tal vez vayas en autobús o quizás estés en una sala de espera, en el metro, Internet, librería o biblioteca, en tu salón o habitación. No sé si he acertado. Sí, tú, me estoy refiriendo a ti. Tú, que sin conocerte y sin saber por qué, estás aquí, esperando a ver por dónde arranca esta historia y ya de paso, que te sirva para algo y no sea una pérdida de tiempo. Al menos, sé que eso es lo que en este momento estás esperando, ya que es lo que todo el mundo espera cuando comienza a leer una historia, lo sé porque yo también estuve ahí, igual que tú, esperando y seguramente estarás pensando qué es lo que te vas a encontrar, de qué voy a hablar y qué es lo que te voy a contar. Pero, sobre todo, anhelas la distracción del ser y que te aporte, que te llene esta circunstancia, en la que todavía podemos ser libres, en la que te has decidido a leerme y todavía me sigues sin abandonarme. Gracias. Yo sin conocerte tengo que averiguar qué es ese algo que tú necesitas, ese algo con lo que te pueda ayudar, para que te olvides, ahora, de dónde estás y qué es lo que después tienes que hacer, para que tu mente vuele abandonando tu cuerpo y tu circunstancia; la que te tocó vivir y sin poder desligarte

completamente de ella, estás trabajando para moldearla y sentirte en ella lo más cómodo posible. Pero por ponerlo todavía más difícil, y no es porque yo sea una malabarista de la imposibilidad, sino porque, es que, realmente lo es, sí, es complicado; no escribo sólo para ti, sino para todos: para los que quieren abrirse camino, para los que ya lo tienen, para los que vienen y van, para los que se van a ir, abandonándonos, y jamás volverán, para los que se quedan, para los fieles, los intrusos, los de arriba y los de abajo, para mí también, sí. Ya sé, lo que ahora estás pensando, que estas frases no son novedosas, ya, salían en el anuncio, sí, ese anuncio creo que lo conocemos todos. No me digas que te apetece ahora una Coca-Cola, yo, más bien, me tomaría una clara con limón y contigo. Sin ánimos de parecer ahora una locutora de radio, de un programa de esos que se emiten a altas horas de la madrugada, en los que ponen música soñadora y la gente llama y cuenta sus problemas y recibe consejos y sentimos sus desgracias con empatía, agradecidos de haberlas compartido, nos solidarizamos con ellos y aunque no nos conozcamos físicamente, sí que en el fondo nos encontramos menos solos, pensando que podría haber sido mucho peor de lo que para nosotros ha sido. No sé a ti. Pero a mí, me encanta utilizar esta palabra: nosotros. Bien, pues como te iba diciendo, no me gustaría sonar a presentadora radiofónica, lo único que quería es lo que quieren todos los escritores: ser leídos. Y que te guste leerme. Me gustaría ahora sacar un emoticono: el de la sonrisa; pero me lo reservaré para el Whatsapp. Y fijo, fijo, que ya estás pensando que ahora sí que estoy colgada. Pues mira, no te equivocas, sí, lo estoy, pero ¿sabes una cosa?, tengo el mismo colgamiento que tú, que estás aquí leyéndome todavía. En fin, no te he dicho nada y estamos en la segunda página, pero te acabo de demostrar que se puede escribir sobre nada. Que no hace falta eso por lo que tantos ansiosos y ávidos escritores andan corriendo. No, no es necesario que tengamos un tema. Es más, si lo tienes, es peor. Y te voy a explicar por qué, para que no te vayas sin que yo te diga algo que ya sepas. No te dejes engañar por las apariencias, lo subliminal es muy peligroso, te puede dominar. Sí, como te decía no te voy a contar nada y mucho menos algo que tú no sepas ya. Porque seguro que ya sabes que estoy dándole vueltas a la persiana, por favor, no te enfades conmigo, que no estoy jugando contigo, te lo prometo. A pesar de que para ti pueda haber perdido la promesa su valor de tantas como te habrán dejado sin cumplir, pero eso es la experiencia y eso que dicen de que la experiencia es buena

consejera, yo no sé si tú te fías de eso; yo no y un buen amigo mío muy inteligente y con mucho éxito, aunque si te lees un libro suyo puedes caer en una depre, también lo piensa. Y yo no quiero contar, tan sólo quiero demostrar. Cuando comienzas un relato diciendo: había una vez una niñita que vivía en una casita en el campo rodeada por sus amigos, los animalillos; ya estás definiendo el argumento y, sin haber llegado todavía al tema, estás corriendo el riesgo de que los lectores puedan pensar: va, ahora no me apetece leer una historia infantil, de campos y flores, en un marco clásico, ¿qué podría aportarme a mí esto ahora?; y te dejan. Lo mismo sucedería si comenzaras así: Antonio Martín Benito era un hombre que tenía la gran habilidad de reírse de la gente con la que hablaba sin que ellos se dieran cuenta y sin ser evidente; podrías concurrir en el grave error de no saber elegir un nombre propio para un personaje, porque habría quién pudiera pensar: ¿Antonio Martín Benito?, un tipo con este nombre —aprovechando el inciso, espero que no exista alguien con este nombre, yo no lo conozco— ¿cómo podría interesarme ahora una historia sobre un tío con este nombre?; y lo mismo, te abandonan y solo leen el primer párrafo de tu relato, pasan las hojas y se van a buscar otro, cuyo tema pueda interesarles más. Pero ocurriría algo parecido si dijeras: una luz roja atravesó la noche posándose sobre la luna; solo te leerían los que son atraídos por historias de extraterrestres. Así que lo mejor es no definirse, ni en argumento ni en tema y mucho menos al principio del texto, igual que cuando vas a ligar, no puedes descubrirlo todo en la primera cita, hay que guardar misterio. Y sobre todo, hay que aprender a narrar con estilo, sin decir nada. Sería como un juego de seducción. Ahora no sé si esto va tomando tono de monólogo de humor, vamos, pero de verdad que tampoco pretendo ser una humorista. Solo quería demostrar. Además, con las páginas que hay que llenar ¿cómo se puede estar aportando temas e ideas interesantes y no repetitivas todo el tiempo? Es imposible, tendríamos que recurrir a la distracción de la materia, ¿cómo?, describiendo un paisaje, una secuencia, utilizando tonalidades, colores, sutilezas, recreando ambientes. Correríamos otro riesgo, que nos abandonen igualmente por incompatibilidad en la percepción sensorial de lo sensible. Y en cuanto a las historias, pues no sé si por desgracia, lamentablemente, o por fortuna —según por donde se mire— hay algunas que merecen ser escritas, simplemente por la presencia y la pervivencia, por incrédulo que parezca, de valores sensatos en ambientes

hostiles y, otras, también merecen ser escritas por lo contrario, por la ausencia de los mismos en ambientes aparentemente favorables, provocando sentimientos enternecedores o percepciones esclarecedoras. Pero el lector de un relato ¿qué quiere leer? Yo me lo pregunto y realmente, no lo sé. Los lunes comenzamos y los domingos terminamos. ¿Me habrán abandonado ya las mentes más racionales? Lo siento. No puedo satisfacer a todos. Soy humana. Un profesor de Literatura alabó la habilidad de expresión escrita de una alumna y el de Geografía le replicó con la siguiente concesión: —Sí, tienes razón. Tiene una buena prosa narrativa, pero de qué le sirve —y aquí vino su contraargumento— si no dice nada. Y yo me pregunto: ¿qué hay detrás de esa fácil capacidad para expresar?, y ahí lo dejo, porque yo he venido aquí para demostrar que se puede escribir sin decir nada. Además ¿qué es lo que hay que decir? Así que siento haberte decepcionado, de verdad, ya te puedes ir, sí, ya me puedes abandonar, porque ya sabes que yo no te voy a contar nada, porque en fin, qué puede contar una que llegó al mundo cuando los niños venían con panes debajo del brazo y de mayor descubrió que le habían cambiado el corazón por un pan y ahora ya no tenía nada: ni pan ni corazón. ¿Qué te va a contar? Si ya ni siquiera tiene nada interesante que decir. Si algún día consigue salir del impacto de la decepción o del shock, por utilizar una expresión más moderna, y más clara quizás, tal vez consiga articular una historia cándida con un principio y un final, donde sepas desde el principio a dónde vas a llegar al final, porque los lunes comenzamos y los domingos terminamos. Pero esta... esta que está aquí intentando contarte una historia te está contando simplemente lo que ha visto, sentido y vivido y, sobre todo, cómo lo ha vivido y no quiere engañarte, ni contarte un cuento como los que nos contaban de niños a través de los cuáles nos ofrecían una mentira y un refugio, como cuando las madres edulcoraban la medicina poniendo un poco de yogur sobre la cuchara en la que se escondía la pequeña pastillita. No, no quiero engañarte, como a los niños, porque aunque esta pirámide de población invertida no nos haya dejado crecer, ya somos mayores, algunas cosas son inevitables, como el poder de la naturaleza y ya lo decía un profesor mío, ¿la naturaleza es bonita?, cuando vas al campo y te pinchan las ramas y te pican los mosquitos, ¿eso es bonito?, ¿quién se empeña en idealizarla?, la naturaleza, queramos o no queramos, es imperfecta, eso decía. Pues si la naturaleza es imperfecta, ¿por qué una historia tiene que ser perfecta y el

modo de contarla también? Que no sé por qué te empeñas en seguir leyéndome, que ya te he dicho y te lo he explicado una y mil veces, que no te voy a decir nada y ahora me recuerdo a mi abuela contándome el cuento de nunca acabar: que yo no te he dicho que me digas que sí, que yo te he dicho que si quieres que te cuente el cuento de nunca acabar, que yo no te he dicho que me digas que no, que yo te he dicho que si quieres que te cuente el cuento de nunca acabar. Los lunes comenzamos y los domingos terminamos. Aunque los matemáticos y físicos no encuentren el límite, ni el fin, y por la ley del rebote o por lo que sea constantemente se tropiezan con el infinito, ahí yo no puedo imitar a la realidad, porque no soy perfecta, y, en fin, como no quiero engañarte y aunque no te vaya a contar nada que no sepas ya, te diré que esta historia, o lo que sea, este relato, tendrá un final, más que nada por los condicionamientos físicos, pues al final sí que habría un final, porque nos agotaríamos, yo de escribir y tú de leerme, de eso nos cansaríamos. Pero no te preocupes porque voy a intentar darte el final que te mereces, otra cosa es que lo consiga o no. Ya veremos. ¡Ah, se me olvidaba! Si todavía estás aquí, gracias. ¿Que por qué no te he dado ningún descanso? ¿Por qué no he hecho párrafos? Pues porque esta que está aquí ya no aguanta más agujeros negros, ni vacíos existenciales, porque camina torpemente hacia ninguna parte. Y ya te estoy dando muchas explicaciones, porque tal vez no sea esa la verdadera razón, tal vez sea la inercia de la vertiginosa velocidad que nos rodea en la que todo cambia y corre muy rápido sin que realmente suceda algo verdaderamente importante, la que me haga escribir así, rodando, sin parar, sin descanso, en el locuaz abismo de la lógica feroz destapada que nos devora. Sin ánimos de encharcar los campos ni las ilusiones soleadas, hemos de reconocer que nos han engañado. Nos prometieron unos derechos por ser humanos, ¿de qué sirven las promesas? Nos engañaron. Es más, primer error: no deberían haber sido promesas, sino hechos. No teníamos un pan, sino un contrato con el diablo donde los sin alma vendieron la nuestra, engañándonos. Nos hicieron creer. Nos dijeron que creyendo conseguiríamos nuestra felicidad y hemos conseguido la pérdida de nuestra esencia, de nuestra integridad humana y de nuestra libertad. Y todavía siguen prometiéndonos un mundo mejor, todavía nos piden fe y esperanza. ¿Para qué? ¿Para lanzarnos al mismo abismo del que venimos? ¿A la ausencia del ser? ¿De qué sirve que El Guernica esté expuesto en el Museo de Arte Reina Sofía? ¿De qué sirve que

nos muestre que la uniformidad del color y la repetición lineal y geométrica es un horror?, si lo aislamos, lo exponemos, le hacemos un homenaje y nos olvidamos. ¿Qué ocurrió con la paloma que confundió el trigo con el agua? ¿A dónde fue a parar? ¿De qué sirve que enseñen a pintar palomas de la paz en el colegio? ¿Por qué tanta imposición, tanta exclusión, discriminación, opresión? ¡Odio! Y todo amparado tras la idea de la protección. ¿Protegerse de qué? Si no existiera el odio, no necesitaríamos crear más odio para protegernos. ¿Qué historia quieres que te cuente? ¿La del hombre de cuarenta y cinco años que no tenía casa para ahorcarse y lo hizo en la reja de una ventana de un edificio que no era suyo? Y ahora viene lo peor: ¿cómo te la cuento?; ¿o la de los niños y jóvenes que les siguen enseñando la lógica matemática sin la gestión de sus emociones porque se les considera seres autómatas y se les enseña a repetir geoméricamente la inercia de la vida sin dar cabida a su alma; enseñándoles a ser personajes y no personas. Transmitiéndoles que el triunfo se encuentra detrás de un traje de chaqueta y corbata negro, azul marino o gris y cuando algunos considerados socialmente osados se atreven a recuperar su persona descubren que ya no les viene bien el traje gris? Sí, ya sé, ahora estarás pensando que ya te voy a entristecer el día, que a veces no ves el telediario por no pasarlo mal ni amargarte en la hora de la comida, pero, lo siento, de momento no puedo contar otra cosa. No me sale nada. Los robots sin alma invaden las calles programados por los hombres de gris que obligan a firmar contratos con el diablo a los recién nacidos cambiándoles el corazón por un pan y luego te van quitando el pan poco a poco, comenzando los lunes y terminando los domingos. Ahora parece un relato de ciencia ficción, ojalá fuera así, pero no, esta, es la realidad que no queremos ver y que constantemente intentamos eludir, distrayendonos, con la materia. Pero el agujero negro, el vacío existencial, siempre estará ahí, en el mismo momento en el que dejes de distraerte. Por eso no pares. Sigue, sigue. Busca otro relato. Ojea una revista del corazón, practica deporte, haz dieta, visita las tiendas de moda, sal a andar, lamentate porque ya no tienes ni migajas conque dejar rastro y no sabes ni cómo despistarte. Ten fe. Cree en los hombres de gris, los que te quitaron el corazón. Ellos te lo piden. No pienses. Deja que el tiempo pase. Yo había venido aquí a no decirte nada. Y eso estoy haciendo. Demostrarte qué fácil es no hacer nada, ni decir nada. La nada nos invade y rodea en la ausencia del todo. No quiero ser plasta, lo

siento. El trayecto de autobús, Albacete - Toledo, de cuatro horas como si fuéramos a Madrid por Tobarra, porque por los recortes han quitado el directo y a algunos empleados que también han dejado sin pan, fue como el descenso a la Mancha profunda. La del Quijote y La vieja el visillo. Un anciano inmóvil con boina y garrote mira fijamente al autobús, abre la boca porque quiere ver lo que hay detrás de las ventanas, quiere saber cuál es el alma de la gente que viaja, o que va y viene. No sé escribir. No me sale nada. Lo intento. Es imposible. Ojalá pudiera contarte lo que quieres o lo que te mereces. Tal vez si te soñara lo conseguiría. Escribir es como mirar por el visor de una cámara fotográfica buscando la esencia para inmortalizarla y compartirla. De momento, estas son mis primeras instantáneas, un poco pobrecicas, ¿no? Me hubiera gustado que fuera mejor, darte más, pero acabo de empezar, y, además, tengo poco tiempo, ya sabes, todo hay que hacerlo con el estrés incorporado y ahora con el shock también, por añadidura. Pues este ha sido mi relato. ¿Te has decepcionado? Lo siento. Es lo que hay. Bienvenido al impacto. De la nada.

Irene fue incapaz al escribir este relato de crear espacios en blanco debido al gran vacío existencial que estaba experimentando y a la rapidez con la que la vida se iba sucediendo. Tampoco le salía escribir una historia lineal con un principio, desarrollo, nudo y desenlace, ya que para ella la vida tampoco era lineal, sino que era una amalgama de distintos y variopintos sucesos o circunstancias multidireccionales, ya fueran producto del control humano, de las pasiones de la naturaleza y del universo, del azar, de la conciencia o de la inconsciencia. En todo caso la ausencia del amor era un hecho ferviente en las creencias de Irene.

Capítulo 8

Aquella noche no pude pegar ojo y con los primeros rayos de luz no pude evitar enviarle otro correo a Irene:

Muy buenos días, Irene:

Estamos viviendo una crisis que no solo es económica, política y social, sino que también es espiritual. Recuerda cómo a lo largo de la Historia el mundo se ha visto involucrado cada cierto tiempo en estas crisis. Yo creo que no por ello debemos perder las esperanzas, puedes aprovechar esa desazón que sientes para crear algo bueno. Escribes muy bien y pienso que tal vez sería una buena idea que utilizaras ese don que tienes para dejar constancia de todo lo que nos ha tocado vivir. Es más, creo que ya hemos tocado el fondo y que ya nada puede ir peor, debemos de ser optimistas y pensar que el bienestar se vaya volviendo a recuperar poco a poco. Por otro lado, yo creo en ti. Y tengo una fe ciega en que el sueño que persigues es bello. Cuanto más discreta sea la finalidad del sueño más hermoso es. Por ello te animo a que sigas luchando por él, algún día el universo te lo compensará.

Un beso.

Ramón.

Tras enviar aquel nuevo correo tomé una ducha para refrescarme, pues tanto mis cabellos como mi cuerpo olían a tabaco y mi mente estaba llena de un lío laberíntico que rezumaba ansiedad por todas partes. Deseaba ya ir a hablar con un psicólogo y deseaba saber si Irene se encontraba bien. Al terminar la ducha fui desconsoladamente hacia el ordenador para mirar el correo, pero no había recibido ninguna respuesta. Todavía era muy temprano para llamar a nadie, así que decidí esperar llena de intranquilidad mientras me hice un desayuno de cafeína y vitamina D. No pude evitar fumar otros cigarrillos mientras esperaba. A las ocho de la mañana llamé por teléfono a un psicólogo

que escogí al azar y que se encontraba en la zona del centro de Torrevieja, me pillaba un poco alejado de mi casa, pero tenía un teléfono móvil y decidí llamar ahí. Al cabo de unos cuantos toques me lo cogió y pudimos hablar. Yo le planteé el problema y él, con mucha amabilidad y cordialidad, me dijo que fuera a visitarlo inmediatamente con todos los correos y el *pendrive*, que hasta las diez y media no empezaba con una consulta y que podría atenderme antes para analizar la situación. Yo me quedé un poco más tranquila, pero fue una tranquilidad inmediata y pasajera, pues pensé de nuevo en Irene y temía por su vida, así que llamé por teléfono a mi hermana Carmen y le dije que estaba preocupada por Irene, que si ella sabía algo de su niñera y Carmen se fue a esconderse en su dormitorio para hablar. Yo la noté nerviosa y me dijo que habían quedado a las siete de la mañana con Irene para emprender el viaje a casa de los padres de Carlos, pero que esta no había aparecido, entonces, muy preocupados por ella, la llamaron por teléfono y esta no contestaba, así que decidieron ir a su casa a ver lo que sucedía, cuando llegaron fueron recibidos por los padres de Irene, que estaban durmiendo y tardaron en abrir la puerta, entonces fueron a la habitación de Irene y allí se encontraba durmiendo, estaba llena de somnolencia, el móvil lo tenía en silencio y no se había enterado de las llamadas, que al despertarse les pidió mil disculpas, se vistió rápidamente y se fue con ellos y que ahora se encontraba con ellos en su piso preparándolo todo para el viaje. Yo le conté a mi hermana que me iba a hablar con un psicólogo ahora mismo y le pedí que estuviera muy pendiente de Irene durante su viaje. Ella me dijo que no me preocupara, que estaría atenta con Irene y me quedé más tranquila. Entonces me puse un vestido casual, llamé a un taxi y me fui hasta la consulta del psicólogo. Era en un piso antiguo con parqué y muebles arcaicos, con un estilo muy señorial. Me recibió el propio psicólogo, un hombre que debería de tener unos sesenta años aproximadamente, pero que pasaría por unos cuantos menos. Su estilo de vestir era muy formal con pantalones de tela en color beis oscuro y una camisa azul marino. Me atendió con mucha afabilidad y me dijo que volviera a contarle todo. No sabía por dónde empezar y comencé contando mi historia, que me acababa de divorciar, que mi marido me había dejado por una peluquera cubana que tenía un hijo y a la que había dejado embarazada, que me había comprado una casita en Torrevieja y que al venir mi hermana con su familia a verme conocí a su niñera, una chica de veintidós años, estudiante de Humanidades, que por casualidad había encontrado su *pendrive* debajo de mi sofá cuando se fueron,

que lo leí, que leí su diario y que en él exponía claramente que se quería suicidar, que por lo que escribía deduje que era una chica muy introvertida, con un profundo mundo interior, pero muy sensible y vulnerable por las malas condiciones económicas, políticas y sociales que nos había tocado vivir. Entonces el hombre me preguntó si llevaba ese *pendrive*, yo se lo mostré y estuvo releendo su diario. Después me preguntó por los correos electrónicos que nos habíamos cruzado haciéndome pasar por un tal Ramón y yo le dije que, si podía abrir mi correo en su ordenador, los podría leer él mismo. Así que así lo hicimos y leyó todos los correos. Al terminar su lectura me reveló que a pesar de no ser experta en psicología que había sabido manejar la situación y que la idea de crearme una identidad falsa y de intercambiar mensajes con Irene no había sido tan descabellada. Me propuso que podríamos continuar con el plan de la identidad falsa, es decir, que él estaba pensando en un paciente suyo de veintisiete años que acababa de terminar el grado de Ingeniero de la Edificación y que como la crisis se había cebado con el sector de la construcción no tenía trabajo y que también padecía de un estado ansioso—depresivo aunque sin llegar a los extremos de quererse suicidar, que podía hablar con él para contarle el caso de Irene y que él se hiciera pasar por Ramón, aunque en realidad se llamaba Alberto, pero que podría presentarse delante de Irene y decirle que él tenía su *pendrive*, que quería devolvérselo y que quería conocerla. Todo ello para que iniciaran una amistad, la amistad les vendría bien a los dos, insinuó aquel psicólogo. Por otro lado, el chico se preocuparía de que Irene visitara a la psiquiatra, ella también le ayudaría con sus problemas. A mí no me pareció mala idea, sobre todo si venía por parte de un especialista. El psicólogo se quedó con el *pendrive* y con la contraseña del correo electrónico que me había inventado para continuar hablando él esta vez con Irene y quedamos en que ese mismo día él avisaría al chico, a Alberto, para contarle el plan y para que fuera a conocer a Irene. Estuvimos dos horas hablando y me fui pasadas ya las diez y media mucho más tranquila. Ya no recaía sobre mí toda la responsabilidad por la vida de Irene, sino que había delegado el problema en manos de mi hermana Carmen, del psicólogo y del chico, Alberto. A partir de ahora yo simplemente sería una testigo sobre cómo iba evolucionando Irene y eso rebajó bastante la ansiedad que había contenido durante aquel día y, aunque estaba mucho más tranquila, seguía manteniendo un ápice de preocupación por aquella chica tan inteligente pero vulnerable.

Capítulo 9

Justo al salir del psicólogo me entraron unas ganas terribles de llorar, cogí otro taxi y regresé a mi casa. Nada más dejarme caer sobre el sofá exploté a llorar, un llanto incontrolado. Lloraba por Irene, por Alberto, por todos los jóvenes de nuestro país que se habían quedado colgados de un gran abismo, por sus padres, por sus familias, por mi hermana, que tan difícil le estaba siendo conciliar trabajo y familia, por Marta, que a pesar de ser una buena chica no tenía suerte con los hombres, pero, sobre todo, también lloraba por mí, por mí y mi soledad, por mi separación, por mi divorcio. Cuando el llanto se me pasó llamé por teléfono a Marta y al oír su voz volví a llorar. Marta, preocupada, me preguntó si era por Irene, a lo que yo le dije que no, que Irene estaba bien con mi hermana de vacaciones y que ya había hablado con el psicólogo. Le conté todo el plan y a Marta le pareció una idea genial. Entonces me preguntó que por qué lloraba y yo le dije que suponía que era por toda la angustia que había estado conteniendo durante aquel día, por rabia, por impotencia, por soledad. Marta insistió en que volviera a ver al psicólogo, pero esta vez no para hablar de nadie, sino de mí.

Estuve una semana entera llorando y durmiendo mucho, mal y a deshoras. Por la noche no podía dormir, pero tampoco podía pensar, solo podía sentir una gran tristeza... era por Pedro, porque ya no estaba junto a mí. Por las mañanas me levantaba ya pasadas las once de la mañana y nada más despertar me ponía a llorar. Tan incontrolado era el llanto que tenía que no me atrevía a salir a la calle por si en algún momento me daba por llorar. Sentía rabia porque Pedro iba a tener un hijo con otra mujer y conmigo había estado postergando esa situación (la de tener hijos) durante años, sentía impotencia porque mi matrimonio se había ido al garete y sentía tristeza porque me encontraba sola. Cada día que pasaba sentía que caía a un profundo pozo sin fondo, hasta que me cansé de caer y decidí llamar de nuevo al psicólogo y este me dio hora justo para el día siguiente por la tarde.

Cuando llegué a su consulta lo primero que hice fue preguntarle por Irene y él me informó de que Irene se encontraba bien, que había continuado él hablando con ella por correo electrónico, que estaba en manos de una

psiquiatra y que en breve Alberto iría a visitarla para devolverle su *pendrive* y así conocerse. Yo me alegré por ella, y por Alberto también, pues iba a conocer a una chica excepcional. Entonces el psicólogo me preguntó por el motivo de mi visita y yo le expliqué que era por mí, porque llevaba una semana llorando por mi divorcio y él me preguntó que qué tal me encontraba ahora y, sin poder emitir palabra, me puse a llorar. Él me dejó que llorase y cuando terminé le dije que me encontraba muy triste y desfallecida. Él me dijo que había sido una mujer muy valiente comprándome la casita de la playa, que con eso estaba emprendiendo una nueva vida y que eso era bastante bueno para mí, pero que no había podido expresar mis emociones, que las había tenido guardadas durante mucho tiempo y que ahora, tras la situación tan crítica que había vivido con Irene, todos mis sentimientos habían explotado. Que era normal que estuviera llorando durante una semana, que con el llanto estaba expresando mi decepción por mi matrimonio, pero que tendría que empezar a controlar mis pensamientos y no pensar tanto en el pasado, sino mirar más hacia el futuro y que sería bueno que comenzase a hacer cosas que me gusten. Yo tomé nota de todo grabándolo en mi memoria y me dio otra cita para dentro de quince días.

De repente, uno de esos días en los que yo camuflaba mi tristeza bajo las gafas de sol, recibí una llamada de Marta, me contaba muy ilusionada que había pensado venir a Torre Vieja, que llegaría esa misma tarde, que venía para vernos a mí y a Francis, que la había vuelto a llamar aquel compañero de trabajo con el que tuvo una relación esporádica y que le había vuelto a dar largas, que desde que había conocido a Francis ya no le apetecía estar con otro hombre y que ya que estaba llegando el final del verano iba a aprovechar para hacernos una visita y quedarse con nosotros durante una semana. Yo me alegré bastante, así con Marta me sentiría menos sola y, además, me alegraba muchísimo por las buenas perspectivas que Marta estaba albergando con Francis. De pronto recordé que tanto Marta como Irene habían establecido relaciones a distancia gracias a mí y me enorgullecí por ello. De inmediato llamé a mi hermana para saber cómo iba Irene y esta me contó que Irene había quedado con un tal Alberto, que había ido a verla a la ciudad y había estado allí tres días con ella, pero que era de Torre Vieja y tuvo que regresar a su casa. Yo, que me sentía con tantas ganas de complacer a todo el mundo, le dije a mi hermana que le dijera a Irene de mi parte que mi casa estaba disponible

para cuando ella quisiera venir, que aquí en Torrevieja tenía su casa. Mi hermana se sintió muy ilusionada y satisfecha y me tranquilizó diciéndome que se lo haría saber.

Durante la semana que Marta estuvo de nuevo conmigo lo pasamos muy bien. Por el día íbamos a la playa, nos bañábamos, paseábamos, tomábamos refrescos, salíamos a comer a los bares o restaurantes y por las noches, todas las noches, estuvimos cenando en mi patio Francis, Ángeles, Marta y yo. Luego Marta se iba con Francis a pasar la noche en su estudio. Parecíamos cuatro colegiales intercambiando nuevas sensaciones e impresiones sobre la vida.

Una de aquellas noches, los tres se pusieron de acuerdo en que yo debería de meterme en Internet para chatear por si acaso conocía a alguien interesante, a pesar de que yo me negué, me hicieron sacar el portátil y nos metimos en un chat. Todo comenzó como un juego divertido y hablamos con dos hombres de Torrevieja de nuestra edad, uno era asturiano y regentaba un restaurante, el otro era administrativo. Estuvimos hablando con ellos sin profundizar demasiado en nuestras vidas, tan solo mantuvimos conversaciones triviales, pero de pronto Marta comenzó a decir que debería de quedar con ellos. Yo me negué, pero Francis y Ángeles la apoyaron y al final nos pasamos los móviles y quedamos. El jueves quedé con el asturiano para cenar en su restaurante y el sábado quedé con el administrativo también para cenar.

No podía creer lo que estaba haciendo. Pedro había sido el único hombre de mi vida, nunca tuve más novios que Pedro. Nos conocimos en el instituto e hicimos buena amistad, luego continuamos estudiando juntos la misma carrera en la misma universidad y seguimos con nuestra amistad y el último año de la facultad, justo cuando ya habíamos aprobado todas las asignaturas y dábamos por finalizados nuestros estudios, cada uno de nosotros salió una noche para celebrarlo, él con sus amigos y yo con mis amigas, pues, por casualidad, aquella noche nos encontramos. Íbamos los dos bastante bebidos y rezumábamos una alegría que estallaba en miles de estrellas, pues esa noche acabamos los dos juntos y solos celebrando nuestro triunfo, nuestra amistad, nuestras semejanzas y ahí fue cuando nos hicimos novios. Al poco tiempo comenzamos a trabajar los dos y nos casamos. Tuvimos un matrimonio que había durado quince años y mi fidelidad fue absoluta, en cuerpo y alma, es

decir, que el único hombre con el que había intimado en toda mi vida había sido Pedro, ni siquiera había tenido aventurillas ni ligues antes de comenzar a salir con él y ahora resulta que acababa de quedar para cenar con dos hombres en la misma semana. No daba crédito a lo que estaba haciendo y Marta, Francis y Ángeles pasaron un buen rato a mi costa, al verme tan azorada por aquella situación, pero ellos me animaron, me consolaron y me prometieron que no me dejarían sola, que ellos también irían a cenar al mismo restaurante esa noche para observar desde cerca cómo iba todo, por si necesitaba ayuda y también me prometieron acompañarme el sábado al local donde quedase con el administrativo para llevar a cabo la misma misión de vigilancia. Con estas condiciones y tras verles tan ilusionados a los tres con el plan no me pude negar a acudir a las citas.

Capítulo 10

Antes de mi primera cita con el asturiano me sentí liberada y atada al mismo tiempo, una sensación tan extraña como excepcional y frustrante. Era como si hubiera regresado a mi época de juventud, tras terminar mis estudios universitarios, en la que también me sentí libre y amarrada. Se trataba de esa libertad que vuela dentro de ti, que arde en ti, que bulle por los poros de tu piel y la sientes como el placer más hermoso y ansiado de la humanidad. Cuando acabas de terminar una carrera que te mantenía amarrada a unos apuntes, a unas clases magistrales, a unas fechas de entrega de trabajos o de exámenes, a un horario que cumplir y de pronto terminas todo eso y te encuentras en la calle, sin un horario, sin profesores, sin clases, el tiempo entero es para ti. La libertad es tuya y se abre ante tus ojos, sin embargo, sigues sintiendo opresión, falta de aire, angustia, porque todavía no has encontrado el trabajo que crees que te mereces después de tener una licenciatura y todavía dependes económicamente de tus pobres padres, que, además de sufrir tus diferentes estados anímicos, que varían tanto como los colores de un arcoíris al cabo del día, tienen que seguir sufragando todos tus gastos, aunque esto último para ellos es lo de menos, lo peor es soportar los altibajos de tu carácter, tanto tu entusiasmo repentino como tu repentina insatisfacción.

Solo que esta vez la libertad que sentía consistía en que había recobrado mi capacidad de elección, una capacidad que podría renovarme como persona conociendo distintos hombres, incluso me iba a exponer ante lo desconocido. Esto sí que era libertad. Pero al mismo tiempo percibía una especie de frustración al sentirme todavía anclada al recuerdo de mi relación con Pedro, es más, a mi relación con Pedro, a Pedro. Era como si todavía estuviera guardándole fidelidad, a pesar de que él ya había rehecho su vida con otra mujer. Este último sentimiento me hacía afligirme y decepcionarme conmigo misma. ¿Por qué no era capaz de superar a Pedro?

Marta, Ángeles y Francis estuvieron a mi lado durante todo el rato, en ningún momento me sentí sola. Me hacían compañía, me animaban, me estimulaban, me decían que todo iba a salir bien. Aquella noche de jueves

todos nos arreglamos. Yo elegí de nuevo aquel vestido color burdeos que había comprado en la *outlet* del Corte Inglés. Como mi piel había cogido color y yo la cuidaba con cremas, esta brillaba bajo aquel vestido haciendo juego con el esplendor del mar. También había ido a la peluquería y mi cabello estirado me daba un toque sofisticado. Nos dirigimos los cuatro hacia aquel restaurante que estaba haciendo de nuevo latir a mi corazón. Al llegar Marta, Francis y Ángeles se sentaron en una mesa y se pidieron unas bebidas, yo esperé hasta que ellos se habían sentado para pasar, para que nadie nos relacionase. Cuando ellos ya se habían acoplado entré yo y pregunté por Juan, el camarero me preguntó que si yo era María y le dije que sí, entonces me susurró que Juan ya iba a salir de inmediato y me preguntó si quería tomar algo mientras tanto, yo le dije que no. En un instante el hombre pasó hacia dentro de una habitación en cuya puerta había un cartel que ponía "privado" y salió de inmediato, me guiñó un ojo con una sonrisa amplia y volvió a susurrarme "ya sale". Yo asentí con un gesto de la cabeza, mientras lanzaba una profunda sonrisa que era fruto de los nervios y de inmediato salió Juan de aquella habitación, vino hacia mí por detrás de la barra, nos dimos dos besos y nos presentamos y me preguntó, muy solícito, si quería sentarme en una mesa, a lo que yo le dije que sí y me dirigió hacia una mesa que ya estaba preparada con un mantel y unas copas, como si estuviera reservada. Nos sentamos allí y Juan, que era un hombre un poco más bajito que yo, delgado, con calvicie y arrugillas en su rostro, pero con una mirada profunda, me preguntó que qué quería para beber, yo le dije que vino blanco, entonces él me explicó que había preparado una sidra natural de su tierra natal, que si quería probarla, yo le dije que sí muy entusiasmada, pues en un viaje que realicé con mi exmarido por Asturias habíamos estado degustando durante todo el rato sidra y me gustó muchísimo. En aquel instante recordé a Pedro y me entristecí, pero pensé rápidamente en que él estaría con aquella cubana y me repuse, saqué una sonrisa y me inquirí a mí misma que debía de hacer un esfuerzo por conocer a Juan. Este le hizo una señal al camarero y vino enseguida hacia nosotros, Juan le pidió una botella de sidra y enseguida nos la trajo. Juan se mostraba muy cordial y solícito conmigo, a mí esa actitud suya me agradaba muchísimo y me comentó que había preparado un menú asturiano para nosotros, que si me apetecía probarlo o prefería otra cosa. Yo le manifesté que me parecía genial la idea de degustar comida asturiana y él le hizo una señal de nuevo al camarero y enseguida nos trajo un plato de queso. Cada cierto tiempo el

camarero nos iba trayendo algún plato: queso, jamón, paté, chorizo a la sidra, cachopo de ternera. Todo estaba delicioso y nosotros, mientras cenábamos, íbamos hablando de nuestras cosas. Juan se mostró muy sensato, sencillo, humilde y muy cálido. Me contó que él había tenido una novia cuando vivía en Asturias. Una novia de muchos años, pero que sus vidas se deslizaron en direcciones opuestas cuando ella, aprobando unas oposiciones, se puso a trabajar de funcionaria en Cuenca y que él lo pasó muy mal con aquella separación. Unos años más tarde decidió cambiar de vida viniéndose para Torrevieja y montando él su propio restaurante, que desde entonces él se había sumergido en el trabajo y no había vuelto ya a tener ninguna relación. Que aquellos años de bonanza en España, cuando se construían tantos edificios y había mucho turismo, había tenido mucho trabajo en el restaurante, que los fines de semana tenía que redoblar la plantilla de camareros y que había sido muy estresante, pero que ahora con la llegada de la crisis todo estaba mucho más tranquilo. Yo le conté mi situación, que me acababa de divorciar tras un matrimonio de quince años y me había comprado una casita en Torrevieja, que era profesora de instituto y que al terminar las vacaciones tendría que regresar a mi puesto de trabajo. Él, con una expresión de caridad en su rostro, me dijo que podría contar con él para salir, para ir al cine, para pasear, en fin, para tener una relación de amistad o incluso para cuando me hiciera falta hablar con alguien. Y yo se lo agradecí.

Cuando ya habíamos terminado con el café y el postre, pasado un rato, le expresé que estaba muy a gusto pero que ya era hora de irme para casa y que me alegraba mucho de haberle conocido y él se ofreció para acompañarme a casa, pero entonces yo le conté que unos amigos míos estaban allí mismo en su restaurante cenando, que habían venido para vigilarnos, porque conocer a un desconocido podría conllevar graves peligros y Juan lo comprendió. Nos acercamos hasta la mesa donde ya habían terminado de cenar Marta, Francis y Ángeles y les presenté a Juan. Todos se saludaron muy amablemente y, tras una pequeña conversación en grupo, ya nos despedimos y nos fuimos. Por cierto, Juan tuvo un gesto bastante bueno hacia mí y mis amigos, pues nos invitó a todos y Francis le dijo que le debíamos una, a lo que Juan repuso encantado que cuando quisiéramos. Al despedirnos Juan estrechó mis manos con delicadeza y fuerza y me dio dos cálidos besos. Yo me había sentido muy bien en aquella cena con él.

De vuelta a casa, Marta, Francis y Ángeles me acribillaron a preguntas. Yo les conté todo y Francis con su típica elocuencia insinuó que parecía ser un buen hombre y yo lo confirmé. A lo que Ángeles entre risas repuso:

—¡Y todavía te queda por conocer al administrativo!

Después de conocer a Juan me sentí agradecida con la vida, acababa de conocer a otra buena persona, mi amistad con Marta se había renovado y Francis y Ángeles ya eran también unos buenos amigos. Parecía que las cosas iban saliendo bien, pero la cita con el administrativo fue un desastre total. Habíamos quedado en una pizzería, también ese día me acompañaron de incógnito Marta, Francis y Ángeles. El hombre nada más conocerme comenzó a decirme que yo era muy guapa y que le gustaría tener una relación conmigo, a lo que yo alegué que primero tendríamos que ir conociéndonos, pero él me manifestó que él era muy ardiente y pasional y que necesitaba algo más de mí ya. Yo insistí en que yo iba despacio y que si no nos conocíamos no podría encontrar más de mí y él volvió a manifestar de nuevo con un tono tozudo que a él le faltaba chispa conmigo porque él ya quería conocerme teniendo una relación, que le parecía muy guapa y sexy y que le ponía mucho. Yo no supe qué contestar, pues ya le había explicado que yo necesitaba ir despacio y ante su insistencia y tozudez y esa forma tan descarada de tirarme los tejos tan solo por el físico me sentí incomprendida por él, pero como yo era muy educada, terminé la cena manteniendo la calma. Al terminar, yo le manifesté que ya me iba a casa y él intentó persuadirme de que fuésemos hasta su coche, pero yo me negué, nos despedimos y ahí quedó todo. Entonces Marta, Francis y Ángeles me recogieron y me consolaron, les conté todo y me dijeron que no volviera a quedar ya más con él.

Estábamos llegando ya al final de agosto y Marta se quedó unos días más de lo que tenía previsto. Fue un alivio para todos, pues la presencia de Marta nos hacía huir a todos de nuestra realidad cotidiana y de nuestras circunstancias. Marta nos unía y por ella quedábamos a cenar todos juntos casi todos los días. Pero llegó el día de su partida, tenía que irse para preparar el comienzo del curso que comenzaba el uno de septiembre, yo también tendría que haberme ido ya, porque también comenzaba con mi trabajo de profesora el mismo día que Marta, pero por entonces yo tenía otras perspectivas en mente y quería

comentarlas con mi psicólogo. Marta se fue dejándonos la sensación en el corazón de que el verano y los buenos momentos que habíamos pasado ya se terminaba. Era como si la vida se fuera con ella, dejándonos una herida abierta, una incertidumbre por no saber qué iba a pasar a continuación.

Yo tenía nuevos planes en mi mente que no había comentado con nadie y estaba deseando de ir al psicólogo para contárselo. Él me había dicho que ahora sería bueno dedicarme a hacer lo que más me gustase, para reencontrarme conmigo misma y yo estaba pensando en esa idea, en qué podría hacer. Lo que no me apetecía nada, después de mi separación con Pedro, era volver a la misma rutina y a la misma vida que llevaba antes con él, porque todo me lo recordaría y era consciente de que necesitaba un cambio.

Llegó el día de mi visita con el psicólogo, que me abrió la puerta con una amplia sonrisa mientras que con una cordialidad que parecía innata me acompañaba hasta la habitación de las consultas. Lo primero que me preguntó fue que cómo estaba. Esta vez no lloré y le dije que me había encontrado mucho mejor, que Marta, mi amiga, había estado aquí conmigo y que junto con unos amigos habíamos estado quedando todos los días, distrayéndonos y que eso me había venido muy bien. Él me dejaba hablar sin interrumpirme y continué mi relato contándole también lo de las citas con Juan, el asturiano, y con el administrativo. Ahí sí intervino y me dijo que había tenido mucha suerte al encontrarme con Juan en mi camino, que parecía una buena persona y que no desestimase su amistad. Yo asentí y le conté que estaba dispuesta a volver a quedar con él. Como el psicólogo me miraba a los ojos sin interrumpirme, yo continué hablando. Le expuse entonces el problema que había estado acuciando mi mente durante los últimos días y le dije que no me apetecía volver a la rutina diaria, es decir, al mismo piso que compartí con Pedro, al mismo trabajo que tuve durante mi relación con Pedro, en la misma ciudad en la que había vivido al lado de Pedro y el psicólogo asintió con un gesto comprensivo sin decir nada, dejándome hablar. Por consiguiente, yo seguí hablando y le conté que había estado pensando en la idea que él me sugirió en la última consulta, la de hacer ahora lo que más me gustase y le conté que desde siempre me había gustado escribir y leer, pero que por unas cosas o por otras lo de escribir siempre lo iba relegando y que estaba pensando en pedirme ese año una excedencia en mi trabajo para dedicarme a escribir y quedarme en Torrevieja. Le pregunté si eso sería una buena idea, que qué le

parecía a él. Pero en lugar de contestarme me hizo antes una pregunta: si me lo podía permitir, económicamente se estaba refiriendo, y yo le dije que durante un año sí que podría permitírmelo, aunque tendría que ir ajustándome bastante sin hacer demasiados derroches y él me dijo que adelante y ánimo y me recalcó que era una mujer muy valiente. Yo pensé para mis adentros que no me quedaba más remedio que serlo.

Al día siguiente, por la mañana temprano, llamé a mi sindicato, al que estaba afiliada desde que era estudiante de oposiciones, para preguntar si podía solicitar ahora una excedencia por motivos particulares. El chico que me atendió me explicó que sí que podría solicitarla, pero que perdería mi destino en el trabajo, no perdía la plaza, pero sí el destino, es decir, la ciudad en la que ya estaba fija. Mientras estaba hablando con él se me ocurrió de pronto hacerle otra pregunta: si podría cambiar de comunidad, por ejemplo, solicitar destino en Torrevieja y me explicó que sí que lo podría hacer cuando llegara el concurso nacional de traslados pero que para entrar en la comunidad valenciana un requisito indispensable sería tener el título del idioma cooficial de esa comunidad, es decir, del valenciano. Yo no tenía ni idea de valenciano y, la verdad, no me apetecía ponerme a estudiar ahora, solo me apetecía ponerme a escribir, así que me sentí animada a solicitar la excedencia y ese mismo día, por la tarde, regresé a mi ciudad natal para echar la solicitud.

Regresar al lugar en el que había pasado tanto tiempo con Pedro me provocó bastante ansiedad. Las calles, los edificios, la gente, nuestros vecinos, nuestros conocidos, todo me hacía sentir oprimida y triste. Fui a ver a mis padres, estos se alegraron mucho al verme, me preguntaron que cómo estaba y yo les conté que estaba muy bien, que había hecho buenos amigos en Torrevieja y que allí me había sentido muy cómoda. Mi madre comenzó a exclamar:

—¡Ay, qué desgracia!, ¡hija mía!, ¡qué desgracia!

Yo le dije que de eso nada. No era ninguna desgracia, ni ninguna tragedia, solo era una separación, un cambio de vida y que yo me encontraba muy bien. También les informé sobre mi decisión de pedir una excedencia para quedarme en Torrevieja y dedicarme a escribir. Al principio la noticia les cayó como un jarro de agua fría por el cuerpo, pues ya se sabe lo reacios que son los mayores hacia los cambios, sobre todo si estos son tan drásticos, pero

después de explicarles que era lo mejor para mí, que escribir había sido siempre mi sueño postergado y que por fin había llegado el momento de cumplirlo, ellos se sintieron mejor y me dijeron que ellos estarían ahí para siempre conmigo, para ayudarme en lo que necesitara. Estas palabras tuyas me conmovieron bastante, pero conseguí retener las lágrimas. Mis padres, tan mayores ya y tan delicados y aún seguían luchando por mí con una gran generosidad.

Antes de irme de casa de mis padres me cercioré de que ellos estaban bien, e intenté tranquilizarlos por mi situación, les dije que no se preocuparan por mí, que yo estaba bien, que tenía buenas amigas y que me estaban ayudando. También les expliqué que yo me sentía con mucha fuerza y muy animada e ilusionada con mis nuevos proyectos, que hablaríamos por teléfono y que de vez en cuando vendría a hacerles una visita.

En cuanto llevé la solicitud de la excedencia a la delegación de educación regresé de inmediato a mi casa de Torre Vieja, aquel lugar estaba siendo mi salvación. Allí sentía que me reencontraba conmigo misma, con la niña, con la chica y con la mujer que siempre había sido, siempre tan emprendedora persiguiendo mis sueños y entonces advertí que durante el tiempo que había durado mi matrimonio yo había dejado de soñar, había dejado de experimentar esa autenticidad del sueño, me había plegado con la misma fidelidad tanto a Pedro como a la realidad, aunque, a pesar de ello, había sido feliz, fui feliz con Pedro. Al percibir todo esto, un atisbo de incertidumbre envolvió mi viaje de regreso a Torre Vieja, ahora mi felicidad estaba en manos de un sueño y no sabía cómo iba a resultar todo ello. Me cuestioné si tal vez la persecución de los sueños no sería demasiado idealista y dónde me haría ir a parar. Pero al mismo tiempo algo en mi interior me gritaba que siguiera adelante con mis proyectos y creí en mí.

Capítulo 12

Me concedieron la excedencia y me dio por pensar en todas las renunciaciones de mi existencia por conseguir aquel trabajo que tanto me apasionaba y ahora yo estaba renunciando a él y con él sentía que también renunciaba a todas aquellas renunciaciones. Más tarde comprendí que no era tanto lo que había perdido como lo que gané, pues aquellas pérdidas me habían convertido en lo que hoy era, una mujer que, como muchas otras, en algún momento de su vida tenía que volver a desandar el camino ya hecho. Aquella visión de mí misma retrocediendo hacia atrás en los años, me hizo recordar el primer día de mi carrera universitaria.

Como un amarre en medio de la incertidumbre resultó ser aquel día, recordado como uno de esos olvidos del tiempo que trayendo algo de alivio, aparecían en los momentos de mayor fragilidad.

Lo había previsto como un salto de escala hacia otro nivel superior que me permitiría la visión de lo que hasta ahora había sido invisible. Era la panorámica de otra realidad insólita y desconocida: la del conocimiento. A la que, únicamente desde allí, creía que se podía acceder.

Procedentes de varios institutos, algunos alumnos, los que habíamos realizado estudios de ESO, como era mi caso, nos sentíamos como si acabáramos de sufrir una amputación irreparable, alertados por las críticas que sufrió la reciente enseñanza basada en el aprendizaje significativo. Se consideraba que la reducción del contenido memorístico repercutiría gravemente en nuestra formación. Otros, por contra, los que habían realizado el BUP y el COU, estaban dichosos por la suerte que habían tenido de pertenecer a aquellas últimas generaciones que habían recibido una rigurosa, completa, difícil y severa educación de calidad; ambos grupos nos mostrábamos ya impacientes por conocer qué era aquello para lo que nos habíamos estado preparando durante, lo que entonces creíamos que había sido demasiado tiempo, y que, sin duda, una vez más, volvería a poner a prueba nuestras capacidades.

Se revelaba como algo totalmente distinto, desde la composición del espacio hasta la transmisión y complejidad formal y conceptual del mensaje.

Una clase enorme de escalones ascendentes con hileras de bancos donde nos sentábamos aproximadamente unos cien alumnos (no era de las más numerosas) contribuía a despersonalizarnos camuflados entre la masa. Abajo y centrada, una pizarra de proporciones desmedidas cubría la pared, y el suelo, allí, se elevaba con una especie de tablado de madera, donde los profesores impartían sus clases magistrales. Por si lo físico fuera poco en el establecimiento de distancias, también contribuían a ello, los discursos de los docentes complejos. Con un vocabulario selecto y el tono afectado de la sintaxis provocaban una coherente, cálida, entrañable (incluso) sensación en nuestros oídos, mientras mostrábamos ansiedad por obtener las llaves de nuestra liberación, aunque no comprendíamos su significado. En tan solo una semana, a fuerza de escuchar aquel ronroneo, nuestras mentes se fueron abrieron, llegando a ser capaces de descodificarlo y entenderlo, si no a la perfección, al menos, de manera intuitiva.

Yo escuchaba con atención cuando sentí mi primera frustración en clase de Lengua Española (paradójicamente, una de mis favoritas) al no entender nada de lo que se dijo. Asombrada, en un estado de estupefacción, escuché un clamor general que asoló la sala en el momento en el que al terminar su parlamento, el profesor inquirió:

—Con el fin de soliviantar, en la medida de lo que es posible, como ustedes comprenderán, la existencia de dudas —probablemente previsibles, en el caso de que las hubiera, por supuesto—, dedicaremos el resto de la clase para que ustedes cojan el relevo del uso de la palabra y expongan sus preocupaciones o interrogantes sobre esta materia.

Todos nos quedamos perplejos. Nadie reaccionaba. Nuestro conocimiento fue sometido a una verdadera prueba de valor. No podíamos preguntar nada, ya que era necesario un principio de entendimiento en el surgimiento de, por lo menos, una pequeña duda. El miedo a hacer el ridículo y a mostrar nuestras propias limitaciones suplantó al ego con el que habíamos llegado, que cayó directamente al suelo. Algunos con el cuerpo congelado dudaban sobre si el mecanismo que en su mente conecta el pensamiento con las palabras funcionaría en el momento de hablar sin dejarles allí en medio, entre sudores y balbuceos. De repente, una mano valiente se alzó. Era la de una compañera que venía del mismo centro que yo, aunque solo nos conocíamos de vista y

apenas habíamos cruzado algunas triviales conversaciones. Aquel acto misericordioso produjo un nuevo resuello general, pues nos había sacado del apuro y volvimos a reanudar nuestras respiraciones.

—Quisiera saber cuál es el libro de texto que vamos a llevar con usted. Es que aquí hay tantos que no sé cuál me tengo que comprar —se justificó, aturdida, hecha un lío, mientras removía las hojas del programa.

El profesor carraspeó mirando hacia el suelo mientras se rascaba la cabeza y retomó nuevamente su discurso:

—Intentaré contestar a su pregunta. Todas las ciencias y, por ende, también todas las disciplinas humanísticas, que es el caso que a nosotros nos ocupa, adquieren su rango de valor, el que las eleva a tal esencia por hacer todas ellas uso del método científico. Ahora bien, se diferencian unas de otras, fundamentalmente, por el objeto de estudio investigado. En nuestro caso, es el lenguaje humano. ¿Cuándo comenzó a ser analizado? ¿Qué tipo de sabiduría existía cuando se inició la investigación? ¿Cómo ha evolucionado? —tras una breve pausa y un suspiro, continuó— Hasta ahora, tenemos un corpus científico y un objeto examinado. Ese corpus descubre al objeto. En consecuencia, lo que conocemos del objeto depende del corpus. Luego tendremos que preguntarnos acerca de ese cuerpo científico que acoge las leyes del saber y que nos descubrirá el mundo —tras otra breve pausa y un nuevo suspiro retomó de nuevo el hilo conductivo—. ¿Qué es el conocimiento científico? ¿Está determinado? Recuerden que en un momento de nuestra historia se pensó que era el sol el que giraba alrededor de la Tierra. ¡Nos creíamos el centro del universo! ¿Cómo podemos asegurar que nosotros ahora estamos en posesión de la absoluta verdad?... —continuó así durante bastante rato y, al terminar, preguntó si había resuelto la duda provocando un nuevo graznido colectivo desde el fondo que evidenciaba la existencia de seres allí presentes, que a pesar del graznido eran humanos, mientras yo me preguntaba si el conocimiento científico tenía limitaciones, entonces, todo lo que había aprendido hasta ahora con tanto ahínco era falso. Este fue uno de esos primeros atisbos semiconscientes de la percepción de que el conocimiento iba acompañado de una pequeña decepción.

En los cinco minutos de descanso aproveché para cerciorarme de que mi compañera había comprendido la explicación. Esta, bastante agobiada, creía

que lo que había querido decir el profesor era que deberíamos de elegir nosotros mismos los libros que más nos gustasen. Las dos miramos las fotocopias del programa pareciéndonos de lo más inusitado que allí hubiera, por lo menos, una lista de veinte libros. "¿Cómo vamos a tener tiempo para leer tanto?! ¡Es imposible! ¡Si llevamos once asignaturas y nos van dando veinte libros por cada una?!"

Para algunos, poco a poco, la ilusión fue transformándose en inquietud, otros fueron más allá convirtiéndola en perturbación, angustia y desazón. Yo, sin procesar todavía la información, me divertía viendo aquel fibroso espectáculo de acumulación de emociones al borde del histerismo. Sentía la dificultad sin intuir el peligro. Aquello era un sueño. El mío. Disfruté aquel día, no como el punto de partida de un camino largo de ardua dificultad, con nuevos obstáculos y metas, implicando una nueva lucha, sino como un lugar al que acababa de llegar, fruto de mi anterior esfuerzo y constancia y de mi creencia en sí misma; con el alborozo que se siente tras conseguir el triunfo. Un triunfo que me había llevado hasta allí.

Comenzó la siguiente clase e hizo acto de presencia otro profesor. Este era el de Literatura Medieval Española. La claridad con la que utilizaba el lenguaje, la complejidad y variedad sintáctica, la presencia de antítesis inesperadas o de deslumbrantes paradojas con hiladas de finas observaciones —puro conceptismo unamuniano—, en sus discursos, denotaban un estilo sobrio, llano, que se había forjado con innumerables lecturas y análisis, a fuerza de una constancia rendida a la instrucción. Y todo ello, por el simple placer, seguramente, de redimir, con el máximo rigor posible entre la exactitud y la sugestión, la certeza velada que paciente esperaba ser rescatada. Con él, la huella histórica se convertía en significado humano y su clase cobraba entonces gravedad, franqueza, autenticidad. Este profesor consiguió relajar nuestros ánimos cuando con buena sorna, pues como buen unamuniano, humor no le faltaba, comenzó a decir:

—¿Saben? A ustedes les va a pasar lo que le sucedió a aquel del chiste que charlando con un conocido le contó: —No puedo quejarme. Voy bien. Pero el otro día me ocurrió algo increíble. El domingo estaba yo en el hipódromo tan tranquilo, antes de que comenzaran las carreras, cuando viene un jinete y me planta, con un golpe seco, la silla de montar encima de mi espalda. Pero

espérate, que, rápidamente, mientras yo le protestaba, me la abrochó, se subió encima de mí y como un trastornado encabritado, gritando al grito de guerra, agitó sus piernas, que cayeron sobre mis lomos con tal violencia, zurrándome sin parar, que yo creía que me moría.

—¡No me digas! ¡Qué barbaridad! ¿Y qué hiciste? —le preguntó asombrado el otro.

El hombre lo miró con la pupila detenida de quien va a contar algo inaudito, bajó el tono y remató: —Por sentir, no sentí ni taquicardias. ¿Qué podía hacer? Llegué el primero.

Todos nos reímos en aquel momento pensando que aquello era una simple gracia del profesor sin intuir, o mejor dicho, sin creer que algo tan fuera de la lógica común de la integridad humana podría ser cierto. En el intermedio me reuní con los conocidos de mi instituto y uno de ellos quiso averiguar, extrañado, por qué me había metido en esa carrera. Yo pensaba que ibas a hacer Económicas, me dijo.

Como había ocurrido tiempo atrás con Derecho, los estudios relacionados con la administración y las empresas eran los que ahora mejor reputación tenían. Muchas salidas y contenidos considerados difíciles implicaban la prodigiosa inteligencia que debía tener el alumnado, que serían los futuros directores de invisibles grandes empresas o sucursales bancarias. Tentada por el opio popular a punto estuve de escogerla, granjeándome con ello el prestigio de mi entorno, pero en un último instante en el que decidí estar a solas conmigo misma, miré en mi interior y descubrí que lo que a mí me llenaba era cuando mi alma era tocada por otra al leer un verso o unas palabras. Nunca, en mi vida de fortuitas o no adversidades, me arrepentí de esta decisión. Incluso muchos años después, leyendo una novela de rotundo éxito recordé ese momento, cuando me encontré con la declaración del pesar de uno de los personajes: "*—Lo difícil no es ganar dinero sin más (...) Lo difícil es ganarlo haciendo algo a lo que valga la pena dedicarle la vida*".

Pasamos a segundo curso solamente cincuenta alumnos. Justo la mitad de los que los habíamos comenzado. Los demás cambiaron de carrera o abandonaron los estudios. Yo, aunque, por cierto, venía de la ESO, me planté en segundo. El primer año no me había ido tan mal, pues había conseguido aprobar el ochenta por ciento de las materias, aunque no me libré, al igual que

mis colegas, de sufrimientos, desdichas, y atroces decepciones vividas con más intensidad que con la que se asistiría a la traición perversa, planificada y consciente de un ser querido, pues, los exámenes que en el instituto serían calificados con una puntuación de un nueve aquí valían un cuatro. En pocos meses teníamos que equilibrar ese gran desnivel superando los obstáculos de la adaptación: una metodología distinta, un material inmenso, dispersión de los contenidos por varios libros y un solo examen por asignatura donde nos lo jugábamos todo a una sola carta, eso sí, con su recuperación. Nunca mejor dicho, ¡la carrera había comenzado!

Los mejores fueron los que primero reaccionaron. Sin paralizarse hicieron del agobio su inseparable compañero, conviviendo y estudiando con él. Así consiguieron aprobar en los cinco años estipulados. A mí me costó uno más. Yo fui de las que me entumecí: noches de insomnio, días sin sol, fotocopias interminables, apuntes de otros, inexperta búsqueda de información desinformada, exceso de café, largas tardes de culo en silla, colas en las revisiones de exámenes, nevaduras sobre dintel, anohecidos en bibliotecas, remordimientos y reproches, primaveras esfumadas, pesadillas en las que las fechas históricas iban y venían mezcladas con el trote de los caballos al galope que buscaban ocupar territorios y usurpar el poder. Acampadas, noches de fiesta y fines de semana con amigos perdidos. Meses de verano de libros. Noches de estrellas con libros. Suspiros al aire con libros. El agobio dio paso a la desesperación y se apoderó de mí. Una noche, soñando, me vi a mí misma dentro de un profundo pozo con paredes resbaladizas del que era incapaz de salir. Junio, el mes temido y cruel, se imponía cual Júpiter aterrador. Horadó la presión mi pecho. El aire se encontraba con turbias dificultades para llegar hasta mis pulmones. Noches en vela con torres de folios más incomprensibles que la de Babel, cavilando entre el tiempo y el espacio, dudando si presentarme a los exámenes. Dejé de ir a algunos de ellos. Los días de inquietud y de almendros en flor ignorados pasaron cargados de conciencia y desazón.

Me acordaba de esta larga etapa de mi vida, de la que creía que nunca saldría, como aquella en la que los días eran más cortos que las noches. Uno de ellos, de esos tan cortos, en el cuarto año ya, me senté en el suelo de mi habitación, me miré a mí misma y me dije: —Así no puedes seguir. Si sigues así, nunca terminarás esto. ¿Qué hago, abandono o sigo? Si abandono ¿a qué

podría dedicarme? A pesar de todo, esto es lo que mejor sé hacer. Si yo siempre he estado estudiando, nunca he hecho otra cosa distinta. Además, esto es lo que más me gusta. Abandonar sería renunciar ya para siempre. Renunciar al saber acantonándome en la ignorancia resignada. No podría vivir así —cogí fuerza, puse los codos encima de mis rodillas y agarrándome la frente con las manos me exhorté con decisión—: Voy a seguir, pero esta vez sin lamentaciones, esta vez a por todas. No te compadezcas de ti misma y estudia.

Me hice caso y mi vida cambió dando un giro de ciento ochenta grados. El tiempo que había gastado en aflicciones, ahora lo dedicaba a estudiar y en dos años terminé la carrera. Cuando supe que la última nota que me quedaba por conocer de la última asignatura que me quedaba para terminar estaba aprobada, las lágrimas saltaron de mis ojos a borbotones. Desde ese día el tiempo transcurrió veloz, con la conciencia inmersa en el trabajo. Pues aquel nuevo logro, nuevamente, no supuso el fin del esfuerzo, sino el efecto contrario: la actividad aumentó, el trabajo se redobló, la preparación debía de ser rigurosa, constante y severa, la que requerían las marchas forzadas de la oposición. Sin ser consciente de que el mundo existía y rotaba, metí la cabeza en los libros y no la saqué hasta que un buen día un destello llamó mi atención y al mirar hacia la ventana vi mi propio reflejo. Era yo, estaba de pie, en medio de una clase, explicando la preferencia de ciertos escritores por el irracionalismo para la expresión de las emociones. Al principio no me reconocí y, al hacerlo, tras un instante de conmoción, me miré a mí misma con el pecho, temblándome en la garganta y pensé: ¡lo has conseguido!

Capítulo 13

También rememoré aquella etapa de mi vida en la que ya había comenzado a trabajar y uno de los primeros años de mi reciente profesión me quedé sin trabajo por los recortes económicos.

Allí estaba, sentada en un bar de otro barrio, con el sol en lo más alto, la mirada perdida y el rostro laminado. Sola y en el paro. Me preguntaba qué había hecho mal, si desde que aprendí a leer, corrí, corrí y corrí. Sin parar. Tal vez sea eso. Nunca paré. Sí paré. Había tomado decisiones, acababa de recordarlas y, por cierto, fueron las mejores de mi vida. ¿Dónde está el error? Durante dos años consecutivos había aprobado las oposiciones sin conseguir plaza. Mi nota no fue muy alta, pero hubiera dado igual, una compañera sacó un ocho y medio y tampoco la obtuvo. La situación se había puesto imposible. ¿Quién me iba a decir que nada más comenzar con el trabajo me iba a quedar sin él? Ya estaba asegurado y, ahora, de un año para otro, nada era seguro. Un compañero de los fijos oyó: "Ahora nada es intocable".

Volvió a aparecer en mi mente ese día en el que un profesor de filosofía nos preguntaba en clase si existía la seguridad. Nosotros extrañados respondíamos positivamente. ¡Hombre! ¡El s. XXI! ¡Los avances científicos! ¡La Europa del bienestar! Aquí sí que hay seguridad. El profesor fascinado por el brutal aplastamiento de nuestras mentes tan acomodaticiamente instaladas en el caldo de cultivo común de la imbecilidad de creerse de lo bueno lo mejor, inventando cómo despertarnos, insistió: "Imaginaos que hay un terremoto. Un cataclismo. ¿Acaso pensáis que el cielo no puede caer de pronto?" Yo, atónita, no podía creer cómo un hombre culto, profesor de universidad, nos planteara esas cuestiones tan absurdas. Y ahora allí estaba, acordándome de él, sintiendo la ignominia por lo ridícula y ciega que había sido.

De pronto una palabra reconocida me sacó del buen criterio o la insensatez y me centré en el televisor: "interino, como su nombre indica, es alguien que entró a dedo, que no preparó las oposiciones" Inmediatamente, un hombre que bebía cerveza en la barra espetó: "¡Estudiantes! A ver, ¿cuánto ha pagado el estado para que estos estudien? ¡Y ahora se van a Alemania!"

En ese momento me sentí esclava de las palabras. Pensé que el valor no

residía en lo que había ganado, sino en lo que perdí. ¿Qué haría ahora? ¿A qué me dedicaría? Me quedé mirando al vacío durante un instante, mi mente se había perdido en algún lugar del inconsciente, tal vez donde era consciente del retorno, del regreso y de la eternidad. Recobré la existencia de nuevo. Mis ojos perplejos sobre los que se posaba una franja de luz solar relucieron un nimio destello. Eso era bueno. Me perdí otra vez. No sé dónde estaba entonces. Solo sé que estaba buscando. Buscaba y buscaba. Esto también era bueno. Mis ojos se pararon. Los abrí. Me inmovilicé. Una gran sonrisa apareció en mi cara. Lo había encontrado. ¿Todo para nada? ¿Cuáles eran esas escaleras que al subirlas, después de todo el esfuerzo, una vez que llegabas hasta arriba, te dabas cuenta de que no había servido para nada? ¿Una nueva decepción? ¿Tendría que subir otra escalera?! ¿Otra distinta! Me levanté eufórica. Rápidamente cogí las llaves. Me acerqué a la barra. Miré al hombre de la cerveza y le dije riendo mientras de un manotazo solté el dinero para pagar: “¡Esto por los estudiantes! ¡Yo invito! ¡Para que se queden o se vayan! ¡Para que hagan lo que les dé la gana! ¡Es su derecho!” Salí. Me fui. El hombre se quedó con la boca abierta. Iba andando por la calle plétórica. Riendo. Una lluvia invisible empañó la calle, pero las gotas no caían sobre mí, las gotas salían de mí. Me reí. Resplandecí. Por fin, era libre. ¡LIBRE! ¡LIBRE! Tuve miedo. Miedo de perder la libertad. Y me lamenté de haber alcanzado la libertad en la inseguridad y no en la seguridad. Apreté los puños fuertemente como si la agarrara así y me exhorté a mí misma que nunca, nunca más, la dejaría escapar.

Decidí entonces trasladarme a vivir a la casa de mi abuela, fallecida hace muchos años, que estaba en el pueblo. Me fui yo sola. Uno de aquellos días, por no correr el riesgo de dormirme de nuevo, me levanté tras el sonido del despertador, mirando las manecillas como si quisiera agarrarlas y espantando a las mantas que me aplastaban, una tras otra, en una lucha forzada contra el peso que me atraía hacia la tierra. Busqué a ciegas las zapatillas, con la ansiedad que me causaba llevar los pies desnudos y enfoqué mi pensamiento en el único lance que me había sacado de la cama: mantenerme ocupada la mayor parte del tiempo para eludir angustias y pensamientos retorcidos.

Mientras me recolocaba el pijama que descubría mi hombro izquierdo y mi ombligo, me dirigí hacia la ventana y al subir la persiana, que sonó como un rasguño, fui investida por los primeros rayos del sol, sintiendo un súbito

cosquilleo parecido al que sentía cuando bebía sin receso un zumo de naranja recién exprimido. Parece que el mundo aún se acordaba de mí, pensé.

Recorrí el frío pavimento, simulador de flores y figuras geométricas, mientras con mis dedos largos enredados en mi pelo encrespado me preguntaba si existiría algún remedio eficaz contra la aspereza y la sequedad. Sintiéndome algo más liviana por haberme librado del límite que impuso la pasada tormenta, desafiando las sanas y asfixiantes costumbres, entré en la cocina de viejos ladrillos por donde la luz natural del patio tan solo entraba a través del hueco de una diminuta ventana. Quería prepararme un nutritivo desayuno repleto de vitaminas para recuperarme lo antes posible. Pude rellenar la cafetera tirando de mis brazos con esfuerzo, pues había pensado que elevar un poco mi tensión con un pequeño aporte de cafeína sería una buena idea para conseguir reanimarme. Cuando abrí el grifo no caía ninguna gota de agua y retorcí la manecilla al máximo hasta que tras el rugido espantoso de las cañerías salió desperdigada una avalancha de agua de color marrón que poco a poco se fue esclareciendo hasta convertirse plenamente en transparente. Creí que la despedida de aquel invierno de mitos diluidos sin nieve que había sofocado el hastío de la perpetua tranquilidad y que había otorgado un mayor peso a mis angustias, percibidas ahora como una carga anacrónica, también había sido el causante de un tímido atasco de los desagües. Al encender el gas, el sonido del chispazo con su consuetudinario fognazo y alumbramiento de llama me hizo rebuscar en el subconsciente de mi memoria la visión de mi abuela sonriente, con su delantal, entre la lumbre y las cacerolas preparando unos rollitos de aceite en la cocina, pero el tintineo del microondas anunciando que la leche ya estaba caliente, se llevó esa agradable imagen y recordé entonces la cocina de vitrocerámica de mi apartamento. Saqué la tostada de la sartén, que se había ennegrecido tibiamente, justo como a mí me gustaba, y la puse sobre un plato. Comencé a saltarla con mis finos dedos y mientras observaba cómo caía el chorrito de aceite que esparcía sobre ella, intuí que la causa de mi sufrimiento podría tener relación con la imagen que acababa de evocar. Cogí la bandeja y me fui al salón que había improvisado en el vestíbulo central, donde convergían otras habitaciones y había mezclado mis muebles de línea moderna con la vieja chimenea y con los armarios empotrados de antiguas puertas de madera. Como la casa crecía hacia adentro, tampoco allí había ventanas, así que había creado

una práctica iluminación conjugando diversas lamparillas, creyendo que la ausencia de luz natural era la causa de que mi rostro anguloso en el que iban anidando las primeras arruguillas se pareciera últimamente al color de las peras alejandrinas.

Hice un hueco en la mesa, retirando algunos libros, para depositar los recipientes del desayuno y me senté con mi habitual cruce de piernas. Mezclando los cítricos con el café caliente, comencé a evocar, como si fuera un cuento de hojas secas, mis cálidos desayunos infantiles de tostadas de mermelada y leche con galletas. Ahora que podía desayunar tranquilamente sin la premura por el paso del tiempo, seguía sintiendo esa impaciencia que me impedía disfrutar de la vida, y sospeché que quizás ese inconformismo no estuviera relacionado con las circunstancias externas, sino que posiblemente proviniera de mi visión sobre el mundo y de mi manera de percibirme, de experimentarme y de caer sobre él. Lo que me pareció más difícil todavía de solucionar. Con un suspiro dejé salir un sentimiento de impotencia revestido de dolor, mientras la taza de barro mantenía la temperatura del café caliente y el televisor alumbraba el ambiente transformando las ilógicas injusticias en un ordenamiento de energías normalizadas. Detuve mi mirada anhelante en los libros desperdigados. Viejos guardadores de secretos, enigmas y soluciones, pensé. Me urgía encontrar la causa de mi miseria y recordé, por contraste, cuando de niña me impacientaba tras la búsqueda de pócimas mágicas y tesoros. Observé la chimenea antigua y cerrada en un abrir y cerrar de párpados impasible. No me había atrevido a encenderla por miedo de avivar los recuerdos de la casa de mi abuela; dudaba si el cobijo que había buscado en aquellos brazos pudiera convertirse en un pozo donde me ahogara con mi tristeza o en un empuje para salir de ella. Sentía cierto temor por los objetos antiguos. Igual que por la fotografía colgada sobre una de las protectoras paredes enharinadas, que tampoco había retirado, por si provocaba una reacción rebelde en los muertos que en ella aparecían alentando su resurrección. Aunque esos ojos hondos negros surcados en un hoyo de ojeras y las sombras de las ropas negras me producían una sensación espeluznante. La prueba de la existencia, el declive y la ruina, evidenciados en aquella fotografía, me ocasionó la percepción de una ligera sensación de opacidad, que la identifiqué con mi propio estado interior y se hizo más notable cuando observé el vaso vacío, del que hace unos días me había bebido un zumo y

todavía estaba ahí, esperando, como si aún le quedara algo más por hacer. Tras una pequeña pausa sin pensamientos, en la que mis energías parecían desfallecer y se dejaban llevar, me levanté y comencé a recoger rápidamente los restos del desayuno para trasladarlos a la cocina.

Estando agachada colocando el vaso en el lavavajillas, escuché algo que me hizo regresar acelerada al salón. La televisión parecía correr espantada sobre patas de araña mientras una avalancha de inmigrantes intentaba saltar la valla. Parecía un sueño en lugar de la propia realidad y sentí como si aquello fuera una metáfora de mí misma y de mi propia existencia. Es como si la vida fuera la lucha por la huida del sitio en el que nos dejó caer, pensé. Estando todavía de pie, inmóvil, entre el vuelo espasmódico de las imágenes, advirtiendo cierta responsabilidad por la sensación de egoísmo que percibí, me dije: no tengo derecho a sentirme deprimida, al menos yo tengo un techo, casa, manta, agua, ropa y comida, durante unos pocos años. Ellos solo tienen su pasado, el que acaban de abandonar. Pensé en las causas que les impedirían salir de allí, y al verlos luchando contra un poder al que en vida no podrían vencer, salí andando como si quisiera sacudirme cada azorado pensamiento con la fuerza de cada paso, como si el aceleramiento pudiera ayudarme a olvidar y recordé con cada movimiento, el sentimiento de desolación que había sentido hace unas semanas cada vez que había inspirado para coger aire y respirar.

En el baño agradecí haberme duchado la noche anterior porque aquello parecía un generador de perpetuas oleadas de aire frío que penetraban sin pausa los poros de mi piel. Aceleré, tiritando todavía más, mis movimientos deseando salir de allí. Hubiera querido ponerme un poco de color en mi cara blanca y apagada en la que las ojeras se habían convertido en las reinas del espectáculo, pero la impaciencia por salir de allí lo antes posible me hizo desistir. Siempre tenía alguna excusa para no maquillarme, aunque sabía que la verdadera razón por la que no lo hacía era porque me resistía a perder mis rasgos definidores que creía que son los que ya estaban ahí cuando era una niña y los podía ver en el destello de mis ojos y en los trazos curvos y angulosos de mi fisonomía. Decorarme siguiendo la moda de las mujeres de mi edad podría igualarme al resto, pero yo lo percibía como si fuera un ultraje sobre mí misma y en el fondo me aterraba la idea de tener que despersonalizarme para ser una mujer atractiva. Me vestí con un vaquero negro, ajustado, y una camiseta de cuello alto color berenjena dejando libre mi

pelo largo y áspero que caía sobre mis hombros. Y me puse las botas cómodas para cabalgar el día, pues si era como todos, iba a ser costoso, tal vez por lo desértico o quizás porque las hojas permanecen en quietud hasta que se las lleva el viento.

Al llegar a la rotonda que daba acceso a la autovía la perpendicularidad del sol resurgió tanto en la adrenalina que recorrió mis venas, como en los rayos cegadores que despuntaban por los espejos retrovisores ocultando la visión de algunos tramos. Cuando ya me había incorporado a la circulación adquiriendo la velocidad normal de la vía divisé cómo se alejaba la imagen de mi pueblo, al que acababa de regresar después de muchos años, como si fuera una estampa postal a través del espejo retrovisor, con su torre custodiada por rojizos tejados, pardas paredes y la lealtad de los viejos árboles. Me puse a reflexionar mientras veía pasar las blancas viales de la carretera en la imagen que acababa de ver, cuando estando subida en el coche, protegida tras mis gafas de sol, me preparaba en el asiento para partir. La vecina, en bata, despedía a su nieto que, armado con su mochila, iba a batallar su quehacer en el colegio, mientras que las voces del panadero se confundían con el suave aroma del pan recién hecho y las ruedas de una bicicleta seguían la dirección del bar de los jubilados. El sol refrescaba la calle, la ventana de la anciana que se sentaba detrás ya estaba abierta y los coches aparcados en la puerta del bar, de donde salían los chasquidos procedentes del arrastre de las cajas de las botellas de vidrio y los primeros requerimientos de cafés y tostadas de tomate. Todo indicaba que ya había comenzado la vida en alguna parte. No hice más que sorprenderme de nuevo al observar el vuelo de la vida, admiraba el ánimo sensato y perenne de la gente, que conscientes de su existencia pisaban el suelo con fuerza, sabiendo disfrutar de sus pequeñas alegrías, como quien sabe sorber una buena sopa caliente castellana; y me vi a mí misma como un fraude. Ahora sí que soy un ultraje, pensé mientras pisaba el acelerador y sujetaba el volante con fuerza. Un ultraje humano, que lo único que he hecho desde que estoy aquí es entrar y salir de la casa acelerada para evitar mantener una trivial conversación, con un traje autosuficiente e inalcanzable. Me enfadé conmigo misma al percibir que tan solo había aprendido a huir de la existencia y volví a sentir cómo mi habitual tendencia al abismo, tiraba de mi vientre, como si fuera una mano de uñas largas y afiladas, sacándome unas finas tiras largas, provocándome un inmenso dolor, como si

quisiera sacarme el ser del cuerpo. Recordé entonces el objetivo que me había propuesto para no sentir y no pensar, iba a estar todo el tiempo entretenida, realizando diversas tareas como estudiar, andar, pasear, leer, correr, y poco más. No quería tener tiempo libre para no sufrir, a pesar de que era consciente de que estaba siendo presa de una nueva tiranía, la del "horror vacui". La parte del "poco más" la dejaba apartada para todo lo que pudiera surgir sin ser planeado. Era la parte que con sorna, pues mi capacidad para autocriticarme se había agudizado, la denominaba "entre el aire y el limbo". Y empezaba a pensar que a lo mejor sería buena idea dedicar más tiempo a este aspecto, pero todavía no me atrevía; la inseguridad por no saber lo que pudiera suceder era un reto al que todavía no me había enfrentado.

Al llegar a la biblioteca aparqué como siempre a la primera. La Universidad era uno de los pocos sitios de la ciudad donde solía haber sitio para ello. Después de dejar un libro con el que había conectado y me había tenido entusiasmada durante una semana, me senté en mi sitio habitual. Había poca gente, como siempre. Tan solo cinco o seis personas que tenían pinta de ser estudiantes universitarios. Cuando ya llevaba un rato estudiando, comencé a estar cansada y empecé a sentirme fastidiada por tener que estudiar las interpretaciones que otros hacen sobre el mundo y sus obras, sin abordar por mí misma, ni el mundo, ni sus obras. Y luego dicen que era el hombre de la Edad Media el que estaba obsesionado con las fuentes porque al creer firmemente en la existencia de Dios pensaba que ya todo estaba escrito. En España hasta que no te sacas una plaza careces de tiempo para poder leer de verdad. Y hasta los cuarenta no te la sacas. Bueno ahora ya ni eso. El ruido de unos golpecillos repetitivos me distrajo de mi disgusto monologuillo y al volverme para dar de comer a mi curiosidad vi a un chico con el portátil y los auriculares puestos que movía de forma nerviosa la pierna, provocando sin ser consciente, esa gran molestia para los demás ocupantes de la sala, sacándonos de aquel magnífico estado de concentración tan difícil de lograr. Pasó por mi mente de soslayo la idea de la relación entre las nuevas tecnologías y los libros y el desvío mental que estas provocaban. Dudé si sería un desvío o un acceso. Miré al techo y vi la bóveda acristalada y el cielo azul sin nubes. Me sentí profundamente cansada y tras observar que ya había cumplido casi con el tiempo estimado para estudiar aquel tema de la oposición, me levanté y fui al baño para cambiarme de ropa. En un pequeño cubilete, el espacio justo para

rodear el retrete, me quité las botas, los vaqueros y la camiseta y me puse unas mallas negras, otra camiseta negra y las zapatillas deportivas, mientras escuchaba una conversación que procedía del otro lado del aseo: ella está hecha polvo. Lo está pasando mal. Es que la convivencia es lo que tiene, hay que discutir. Sí, lo han dejado por desavenencias, porque tenían muchas discusiones. Es como dice ella. Ella ha visto a sus padres discutir miles de veces y es consciente de que en la vida se discute, pero él no. Él en su casa nunca ha visto que sus padres discutan, entonces para él eso es algo grave. ¡Uh! Parece que tengo un monstruo en el estómago de lo que me suena. Yo voy a comer espinacas hoy. Cuando terminé de cambiarme de ropa salí con mi mochila en la espalda y tuve la sensación de que los únicos que ya conocían mi rostro en la biblioteca y se habían dado cuenta de mi presencia eran el conserje y el guardia jurado. El conserje era el único que miraba a los ojos, tal vez es que era de pueblo, pensé mientras pasaba por delante de su mirada, preparándome para el próximo escrutinio que sería el del guardia jurado, que puso sus ojos en todos mis bolsillos, pies y manos, como si fuera a sacar una bomba atómica.

Después de dejar la mochila en el coche fui a cumplir con mi tarea deportiva y salí andando por un sendero de las afueras de la ciudad que desembocaba en un pequeño pinar. A esa hora, antes de la comida, no solía encontrarme con mucha gente. Incluso así, escuché los coletazos de las conversaciones de las pocas personas con las que me crucé, que se iban quedando en el aire, como el ruido que dejan los coches al pasar: ¿y tú de mujeres como andas? ¿yo? Llevo quince años sin lavarme la cabeza. Antes los paquetes de embutido del supermercado traían más lonchas, ahora una pizca *na* más, yo así, ya no compro. Padre pegó un golpe en la mesa, se levantó y se fue. ¿Tú crees que puede hacer eso cuando vamos todos allí a comer? Se cree que es la única que va a parir, cada vez que va al médico o le ponen las correas es como si fuera un gran acontecimiento. A veces prestaba atención a lo que los demás decían para comprobar que mi desasosiego no era el único. Alcé la vista al cielo azul que se veía tras las ramas peladas de los árboles y pensé, sintiendo otra vez la angustia del vacío de la existencia, que el esperpento se había hecho real sin la necesidad de los espejos cóncavos. Recordé la pegatina sobre la máquina expendedora de café de la biblioteca: 22-M. Marcha por la dignidad. Y me pregunté qué sería eso de la dignidad,

mientras cruzaba frente a mí un corredor, de los que identificaba con los ermitaños, extremadamente delgado y con un gesto en la cara de sufrimiento, locura y júbilo, pues con cada zancada vencía cada segundo al extenuante hastío con la superación, y tuve la sensación de que aquel lugar era como un pequeño espacio que habían dejado en la ciudad, irónicamente, muy generosamente, para eliminar tensiones de forma saludable. Como una mezcla de vertedero industrial, al que llega lo desechable, y de antro religioso o meditativo en el que se acopla todo lo que tenga que ser resignado.

Tras una carrera de obstáculos, sorteando las diferentes personalidades conductoras al volante, pensando si el contrato de Rousseau no sería demasiado caro en estos tiempos, llegué a la casa de mi abuela otra vez sintiendo una gran sensación de alivio y salvación al entrar en ella. Me cambié rápidamente de ropa y fui hacia la nevera, que al abrirla parecía expulsar brillos de idealización a través del orden y el color de la lechuga, los pepinos, tomates, calabacines, pimientos, zanahorias. Me preparé un timbal de verduras y dos filetes de pechuga a la plancha. Mientras saboreaba los alimentos con deleite, me preguntaba qué tendría que hacer para poder mantener aquel placer que parecía un regalo de dios.

Cuando ya había recogido todo en la cocina, en lugar de sentarme, como siempre en el sofá, me dirigí hacia una pequeña habitación conservada tal y como la abuela la tenía, con dos sillones orejeros y una mesa camilla al lado de una ventana de visillos blancos, y me senté en uno de los sillones como hacía de pequeña cuando la abuela sacaba su artillería relatora de la posguerra y comenzaba a contarme cuentos. Me desplomé. Me dejé caer. Pasados unos minutos, me encontré con mi ser sin dolerme, y moví los ojos que se pararon justo donde había una pequeña radio antigua, de las que había que tirar de la antena. Quise probar si funcionaba, pero no tenía pilas. Tras buscar en varios cajones, por fin, en uno encontré varias. Probé con una, encendí la radio y se empezó a oír el típico susurro que simulaba el mismo sonido que causan varios insectos volando al unísono, y fui moviendo el dial hasta que al llegar a un punto se empezó a escuchar un sonido bastante más claro que desembocó finalmente en aquella canción tan famosa cantada por Serrat de un poema de Alberti: *"se equivocó la paloma, se equivocaba. Por ir al norte, fue al sur. Creyó que el trigo era agua. Se equivocaba. Creyó que el mar era el cielo; que la noche, la mañana. Se equivocaba..."*

Mi emoción se turbó. Qué fácil era vivir creyendo que la vida sería como un suave bizcocho recién horneado. Ilusiones vendidas, pensé. Fui consciente de que me enfrentaba a nuevos retos desviados en el pasado por las exigencias de los estudios. Me hubiera gustado encontrarme con algún cuaderno de la abuela en el que hubiera dejado escrito cómo había vivido tantos años y había conseguido librar el peso de la existencia. Pero supe que esto era lo que ahora me tocaba a mí. Con cansancio, con miedo, incluso como un nuevo desafío, me dije irónicamente: creo que me va a encantar conocerme ahora que he perdido mi trabajo; y pensé que había llegado el momento de ir a acarear —como decía mi abuela— leña para encender la chimenea, y pisar la tierra con fuerza.

Capítulo 14

Tras recordar estos hitos fundamentales de mi vida, advertí que desde siempre yo había albergado una desazón de tipo espiritual que solo se vio mermada durante mi matrimonio con Pedro, que fue también cuando pude disfrutar de mi estabilidad laboral. En el plano sentimental me sentía calmada porque ya no estaba sola y la compañía de Pedro era para mí como un bálsamo de aceite y sentí mucha tranquilidad. En el ámbito profesional durante esta etapa fui profesora y transmitir todo un mundo lleno de conocimientos, que era hasta ahora lo que yo había aprendido, me satisfacía muchísimo, llegando a completarme y a realizarme como persona. Yo en las clases intentaba que mis alumnos pudieran conocerse mejor a sí mismos para que encontraran cuál podría ser su lugar en la vida o su misión o su sueño. Y lo que yo sentía por la Literatura era placer y eso mismo procuraba que ellos llegaran a sentir.

Pero durante mucho tiempo, quince años de mi vida, había estado ayudando a que se realizaran los sueños de otras personas y aunque esto era un sueño también para mí, me olvidé de mí, de mis sueños que todavía seguían ardiendo en mi interior y me acoplé a la vida estancándome en una demoledora monotonía, que solo la pérdida de Pedro y aquel terrible y revelador hallazgo del lapicero de memoria de Irene pudieron sacar a flote, descubriéndome que algo más por la vida podría hacer yo. Y ese algo consistía en poner la mirada en mi interior, en mi alma, en ese mar que bullía dentro de mí y que durante varias épocas de mi vida había estado gritándome a gritos desde lo más hondo de mí y que lo había tenido tan desatendido por lograr la supervivencia en este sistema socioeconómico en el que me había tocado vivir, por lograr mi independencia. Pero la que había conseguido era una independencia económica, pero no de pensamiento ni de alma.

Después de leer los escritos de Irene y de intercambiar con ella aquellos correos electrónicos comprendí que en nuestra vida nos hallamos inmersos en un mundo en el que a pesar de los grandes avances científicos y culturales y a pesar de las grandes revoluciones sociales por la lucha de la libertad que se habían llevado a cabo en distintas épocas de la historia de la humanidad y a pesar de que ahora vivíamos en un estado democrático y liberal, todavía no

nos sentíamos libres. Pensé entonces que habíamos conseguido, al igual que yo en mi vida, una libertad material pero que todavía nos quedaba mucho camino para conseguir la anhelada libertad espiritual.

Quizás no era yo la única que atravesaba una crisis, quizás éramos todos: Irene, Alberto, mi hermana Carmen y su marido, Marta, Francis y Ángeles, Juan. Todos estábamos en crisis. La vida no esperaba a nadie, pero todos la esperábamos a ella.

Por todo ello, yo decidí lanzarme al abismo de mi espíritu. Y creí que la mejor manera de poder hacerlo era poniéndome a escribir. Pensé también que en la vida nos faltaba más alma, más espíritu. Más alma para la política, más alma para el amor, más alma para el trabajo, más alma para la salud, más alma para el pensamiento, en definitiva, más alma para la vida.

Así que me dediqué a la escritura con voluntad. Escribía tanto poemas como novelas o relatos. Con la poesía profundizaba en mis sentimientos e intentaba conectarlos con mi alma y mi pensamiento. Creí que a través de la poesía se podría llegar al conocimiento más absoluto de la vida, es decir a la intuición y al descubrimiento del ser. Un ser libre e independiente. Un ser total. Y con la novela y los relatos analizaba esos sentimientos y pensamientos intentando dismantelar esa superficie sociocultural que nos alejaba de la verdadera sabiduría.

Mientras escribía me fui conociendo mejor a mí misma. Al principio fue muy duro porque tuve que sobrevivir de mis ahorros, pero luego comencé a ganar algún concurso literario y esto me animó a seguir escribiendo. Continué viviendo en Torre vieja. Nunca volví a retomar mi profesión de profesora. Pude subsistir de mis escritos. Pedro y yo vendimos el piso que teníamos en común, nos repartimos el dinero y eso me ayudó a tirar para adelante los primeros años.

Continué mi relación con Juan, salíamos a andar, dábamos largos paseos, manteníamos largas conversaciones, íbamos al cine, cenábamos juntos. Juan era un hombre muy reflexivo y discreto y tenía un pensamiento muy personal, forjado de su experiencia que ya tenía sobre la vida. Un día hablando con él, le conté que mi vida pendía ahora de un sueño, como de un hilo, y Juan con un brillo en los ojos me aventuró que el sueño nos hacía libres y nos permitía mantenernos vivos. Nos cogimos mucho cariño y afecto, y aquello acabó

convirtiéndose en amor. Un buen amor sencillo y prudente.

Marta y Francis también continuaron con su relación, aunque desde la distancia por la exigencia de sus trabajos y pudieron cumplir uno de sus sueños, pues tuvieron una niña. Yo me alegré muchísimo por los dos y en especial por Marta y por la experiencia del amor que estaba viviendo.

Irene nunca llegó a enterarse de que los correos electrónicos se los había enviado yo en lugar de Alberto. Alberto no pudo encontrar el trabajo que estaba relacionado con sus estudios pero aprobó unas oposiciones de correos y encontró trabajo. Irene continuó estudiando y continuó trabajando para mi hermana, que tuvo otro niño, y consiguió licenciarse en Humanidades, después se presentó a las oposiciones para profesora de instituto y consiguió trabajo, pero no dejó por ello de abandonar su carácter inconformista, pues entonces comenzó a criticar que había muchos alumnos por clase y así era muy difícil llegar a todos, que los libros de texto algunos eran demasiado complicados y otros muy sencillos, que faltaban expertos en psicología en los institutos, que la filosofía era una asignatura importantísima y se impartía poco en secundaria, que se habían aumentado las horas lectivas de los profesores y eso los hacía ir hasta arriba de trabajo, que cada vez les complicaban más su labor, pues ahora tenían que evaluar con muchísimos indicadores.

Y yo ahora recuerdo aquella frase de Ilé Eroriak de la novela *Pequeño teatro* de Ana María Matute que Irene me recordó en uno de aquellos correos: "*pero la vida existe, yo estoy seguro de que la vida existe*".

En mi labor de escritora y lectora descubrí que la Literatura era la realidad misma, era la vida misma y por ello también era la Historia, y era el Amor —¿por qué no habrá unos estudios científicos dedicados exclusivamente al Amor?—, porque a través de los textos literarios los seres humanos dejaban constancia de su realidad y de su historia y de su amor. También deduje que la memoria tiene una labor muy importante en el descubrimiento del ser, pues la memoria es representación de esa realidad y es representación del yo, a través de ella, nos ponemos en contacto con nuestro ser, con nuestros orígenes, e incluso con aquel origen con el que llegamos al mundo y que ya hemos olvidado. Hacer el esfuerzo por recordar nos puede ayudar a descubrir el amor y el sueño por el que llegamos a la vida.

Así que, mediante la Literatura, podemos comprender y acceder a la verdad

y también se nos revela una ilusión. La ilusión por saber quiénes somos en este mundo donde la distracción del ser se ha convertido en un estilo de vida.

Y ahora, tras esta reflexión, pienso decididamente que fui una mujer fuerte al abandonar el trabajo de profesora que me permitía una estabilidad económica aventurándome en este mundo tan difícil de la escritura. Pero mis exigencias del alma me lo estaban pidiendo a gritos y les hice caso. Y escribir esta novela sobre estas etapas de mi vida me ha revelado la gran voluntad que siempre he tenido. El motor que siempre me ha impulsado a seguir adelante con mis proyectos o sueños ha sido la voluntad y a ella le debo lo que hoy soy. Y por ello ahora la admiro y me contemplo a mí misma con humildad, y estoy conforme conmigo misma porque conseguí adherirme a algo muy profundamente y ese algo es el Amor y yo lo encuentro en todos los seres que me rodean, en mi familia, en mis amigos, en mi nuevo compañero de vida, y también, sobre todo, en la Literatura.

He de decir también, que ahora que observo desde la distancia y desde la lejanía aquellos momentos tan críticos de mi vida, pienso que fueron necesarios para poner a prueba mi voluntad, porque la vida es dura. Tan duro es llevar una vida sin voluntad donde la realidad se pliega a nosotros y la opresión y la falta de libertad nos acucian, como llevar una vida llena de voluntad.